Isabel Bono

EL MAL DE LA RISA

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada

Portadilla

Cita

Salí dispuesta a comprar queso

Todo cambia cuando algo cambia

No somos superhéroes, dudamos, sudamos

Ojalá me dolieran las muelas

Agradecimientos

Créditos

El mal de la risa

Isabel Bono

TUSQUETS EDITORES

No creo que exista ninguna familia feliz que afirme falsamente que es infeliz.

JULIAN BARNES

Salí dispuesta a comprar queso

Si alguien se cruzara conmigo por la acera y me preguntara qué guardo en el puño, podría responder sin mentir, tres semillas de naranja amarga.

De los naranjos de la calle solo uno da unas naranjas tan pequeñas que parece que alguien las haya colocado una a una de adorno.

Así como mi avanzada edad me permite decirle, qué requeteguapo eres, al chico que vende manojos de espárragos en la puerta del mercado sin que crea que estoy ligando, me tomo la licencia de cruzar la calle sin esperar a que el semáforo cambie o de ponerme de puntillas para alcanzar una rama y coger una de esas naranjas.

Intento arrancarla suavemente, girándola, se resiste, tiro y la rama protesta volviendo a su lugar con un movimiento brusco. Una pareja me mira con asco. Mucha pinta de ecologistas no tenéis, me han entrado ganas de decirles. Bah.

Observo la naranja del tamaño de una nuez en la palma de mi mano. Es tan bonita que cierro los ojos, huelo el ombligo que la unía a la rama y después miro a mi alrededor para compartir con alguien esta alegría absurda. Nada. Hundo la uña, la huelo de nuevo y me meto dos de sus diminutos gajos en la boca. La esperaba amarga. Es ácida. Siete gajos, tres semillas.

Salí dispuesta a comprar queso y vermú, pero vuelvo con semillas en el puño. Y es que las calles me parecieron mansas y varié el camino porque aquella en la que está el supermercado parece una procesión a cualquier hora.

No hay nada mejor que una calle secundaria, esas calles a las que ni siquiera han puesto farolas porque se han olvidado de que

existen. Por esas calles nadie parece tener prisa. Todo sucede a cámara lenta. Me detengo y leo en una fuente AÑO 1790. Lo leo dos veces. Esta fuente aquí, escondida, siglo tras siglo. Supongo que en algún momento tuvo agua.

La plaza está vacía, los naranjos cargados. Solo en una de las esquinas varias chicas han bajado de casa sus propias sillas. Hablan y ríen. Van en zapatillas y pijama. La plaza es su terraza particular. Eso es, hay que tomar las plazas y arrancar naranjas de los árboles y cruzar cuando nos venga en gana.

Dos gatos muy quietos ni se inmutan cuando paso a su lado. No me importaría tener gato si me aseguraran que iba a ser tranquilo, un gatocojín que se dejara acariciar y no les sacara la espuma a los brazos del sillón. Me detengo frente a ellos, les digo, ¡fuu! Nada, estarán jugando a ser estatuas y el que se mueva pierde.

Mira, otros dos raros que prefieren las calles sin luz y sin aceras. Una mujer de mi edad pasea dos perros enormes. Un chico habla apasionadamente por teléfono en un idioma que no soy capaz de reconocer. No hables tan rápido, muchacho, que esta es la calle de los lentos, ven, mira qué tres semillas de naranja llevo en el puño.

Y qué barbaridad, esa fuente ahí escondida desde 1790. Quizá por eso haya aguantado tanto.

Eh, vosotras, cuando paséis por la fuente echadle cuentas, que es muy vieja, más vieja que yo, les diría a esas dos rubias con ganas de verano. Dos chicas en pantalón corto con los muslos color rojo carabinero de haber pasado el día jugando, también, a ser estatuas sobre la arena. Untaos bien de aceite de oliva antes de acostaros, niñas, que mañana os va a picar de lo lindo.

Me ha parecido que llevaban las uñas de los pies pintadas de verde.

Una tristeza repentina me ha invadido columna vertebral abajo, con tal fuerza que me ha hecho abrir el puño y he perdido una de las semillas. A punto he estado de dejar caer las otras dos.

Si alguien se cruzara conmigo por la acera y me preguntara qué guardo en el puño, podría responder sin mentir, la juventud perdida.

Todo cambia cuando algo cambia

Qué barbaridad, qué manera de llover. Y eso que ya parecía verano. Pobres los que hayan convertido los garajes de sus chalecitos adosados en cuartos de estar. A quién se le ocurre llenar de muebles el espacio donde termina una rampa. Cuando los veo en las noticias achicando agua y sacando barro me dan pena, pero también pienso, ¿no habéis aprendido nada?, ¿no veis que siempre sois los mismos teniendo que tirar colchones y frigoríficos?

Por eso nunca quise vivir en un chalecito adosado ni en nada que estuviera a ras del suelo. Yo en mi piso, a salvo de calamidades. Ni el primero ni el último. El primero oscuro, el último goteras. Me quedé con el cuarto. Ahora pienso que la Tere fue más lista al comprar en el primero, tendrá menos luz pero el día que se estropee el ascensor subirá el carrito tan campante. Ya encontraré a quien me ayude con las bolsas de la compra, seguro que si se lo digo a Nandy lo hace encantada por un paquete de tabaco.

Nandy aparca coches y no se llama Nandy, se llama Fernanda. Una mañana le dije que tenía tipo de modelo. Respondió sonriendo que lo había sido. En Londres. Su hermana trabajaba allí cuidando niños, ella fue de visita y le hicieron unas fotos. En fin, que allí la llamaban Nandy. Me hubiera gustado saber más, pero ni ella me contó ni yo soy de entrometerme. Aunque es fácil imaginar por qué acabó en la calle.

No tiene visos de que escampe. Hoy lavadora ni pensarlo. Descansa, *Currita,* te doy el día libre.

Qué manía esto de ponerles nombre a las cosas. Me viene de mi madre. Al ventilador le llamaba *Tontín.*

¿Tontín por qué, mamá? ¿Pues no lo ves?, ahí dando vueltas a lo tonto todo el día.

El ventilador se lo regalé yo, con mi primer sueldo. Ella era de abanico, no quería trastos nuevos en casa, pero cuando el aire le dio en la cara se rindió a las bondades de la modernidad y empezó a pedir. Que si a ver para cuándo una lavadora que no sea de turbina, que de tanto escurrir a mano se me van a deformar los dedos; que si a ver si miras una nevera de las de verdad, no esta, que estoy harta de ir a comprar barras de hielo. Así todo.

Yo soy de ahorrar. No soy de dinerito dinerito, como dice Marquitos juntando las yemas de los dedos, no. Soy de no tirar para que no me falte, pero no acumulo.

Marquitos es don Marcos, pero decir don Marcos me da risa. Toda la vida siendo don Marcos para acabar siendo Marquitos, protesta sin ganas, cabeceando.

Don Marcos es cura (capellán, me corregiría). No te pongas medallas, que me parece que eso a tu jefe no le gusta un pelo. Humildad, humildad siempre. Y a Marcos (el amigo, sin don, sin sotana encima ni iglesia detrás) por dentro se lo comen los demonios, pero me absuelve y no me da la bendición de milagro.

Y no escampa.

Cómo echo de menos aquellos días de agosto, qué lentos y qué dulces. Mi madre con el abanico y el ventilador, todo a la vez, y quejándose a cada rato.

Pero que no me hablen de invierno, eh, que si me dan a elegir preferiré siempre el verano aunque me ase y tenga que dormir en el suelo, decía con los ojos cerrados, echada en el sillón cubierto por una sábana.

Tontín tenía las aspas blandas, tres, de color vino, y el morro gris. Sin enchufar parecía un perro triste. Un perro de tres orejas. Perro

nunca tuvimos. Ni gato. Como a mi compañera de banca su tío le trajo un chucho del campo, yo pedí otro.

Culo veo, culo quiero, lo que me faltaba, un perro en casa, ¿no sabes que las casas con perro huelen a perro? Pues un gato. Ni hablar.

Muy pesada tuve que ponerme, porque mi madre accedió a buscarme un pájaro.

Pájaro no quiero. Pues mejor, déjate de pamplinas y ponte a estudiar, que es lo que tienes que hacer, y después te haces maestra y te colocas en un colegio, que la independencia económica es muy bonita, y cuando tengas tu casa te compras un perro o un dromedario si te da la gana, pero ahora estudia, ya verás qué bien cuando seas maestra, con tantas vacaciones, Navidad, Semana Santa, los puentes, y en verano tres meses para irte de viaje y ver mundo, no seas tonta como yo, que me casé siendo una niña y todo lo que sé lo he aprendido en las revistas.

Al final no sé quién nos regaló un canario. Lo maté de un susto. Podría decir que sin querer, pero fue adrede. Bah.

Yo creo que mi madre nunca quiso tener hijos, era como yo, pero ¿qué iba a hacer?, a los veintitrés si no estabas casada ya eras un loro.

A mi hermana la tuvo a los nueve meses y nueve días. La tuvo porque vino. Yo tardé once años en llegar. Ya no me esperaban. Esta es un redrojo, decía.

Mi hermana hizo también de madre, o yo de su muñeca.

Mi hermana es la mujer más inteligente y más buena que he conocido en mi vida.

Eduardito me dijo que su hermana había encontrado trabajo.

—Hijo, ya era hora.

—Sí, bueno, ¿tú podrías llegarte a hablar con mi madre?, está muy mal, no ha querido ni comer.

Eso va a ser que quiere seguir teniéndola bajo sus faldas, pensé, y le dije que iría esa misma tarde.

Hice unos roscos, no llamé y abrí con mi llave. La tele no estaba puesta, las cortinas echadas.

—¿Y este funeral?

—La que faltaba.

—Pero ¿a qué viene esto? —Corrí las cortinas—. Venga, os pongo un café. Mira qué roscos he traído. A ver, ¿qué os pasa?

—Nada, que Martita ha dicho que se ha casado.

—¿Cómo?, ¿que Martita qué?

—Y con una mujer. Es americana, se llama Angel, pero sin acento ni nada.

—¡Sin vergüenza! ¡Sin acento y sin vergüenza! —Mi hermana se levanta y entra en el cuarto de baño. Portazo.

—Como lo oyes —mi cuñado baja la voz—, que la niña se va a Florida porque su mujer le ha encontrado allí trabajo. Yo no entiendo nada.

Muy mal, Eduardito, muy mal, me has echado a los leones. A tu hermana se le cruzan los cables, se casa con una americana, y tú me dices que tu madre hoy no ha comido. Ya te vale.

—A la niña habría que decirle como Dédalo a su hijo Ícaro, mal camino llevas.

—Otro tonto. —Aparece mi hermana—. Eduardo, déjate de tanta intelectualidad, a la niña lo que le hace falta es una jaula.

—¿Una jaula?, ¿para qué?

—Porque tiene muchos pajaritos.

Dos semanas duró la pantomima, el drama y las monsergas. Nunca llegó a irse. Yo creo que ni se llegó a casar, pero ahora dice que es una mujer divorciada, como si eso fuera una condecoración. Desde entonces a mi hermana la ha atrapado un gesto de indiferencia. Cada día está más sarcástica.

Para adornar el pastel, Martita apareció con un perro enano y temblón. Mi cuñado puso cara de asombro y preguntó si era de verdad.

—Todavía no sé cómo llamarle.

—Pero ¿se va a quedar?

—Por supuesto. Lo necesito para superar mi situación.

—¿Y por qué tiembla tanto?

—Para mantener el calor. —Martita lo levanta como si fuera a ofrecérselo a los dioses—. Te vas a llamar *Cool* porque eres muy friolero, ¿verdad que sí, mi amor?, ¿verdad que sí?, ¿verdad que eres muy friolero?, ¿verdad, mi *Coolito?*

—¿Qué le ha puesto, *Culo* al perro?

—Calla, hombre.

Todavía no he tenido sensación de año nuevo, vida nueva. Quizá nunca la he tenido. Ya me pasaba de niña. Vida nueva con seis años significaba algún cambio. Ahora es distinto. Vida nueva significa que todo permanezca igual menos los problemas.

El problema es uno, mi familia. Mi hermana y mi sobrino no son un problema, son víctimas de los problemas de mi cuñado y mi sobrina. El problema de mi cuñado es que es tonto. Qué asco le tengo. Ojalá pudiera hacerle, ¡buh!, como al canario. Qué a gusto nos quedaríamos.

Mi hermana es la mujer más buena que conozco. Si no fuera buena e inteligente no habría sido capaz de ser feliz con la vida que le ha tocado.

Que le ha tocado. ¿Eso existe? Eligió mal, supongo. Pero cómo juzgarla. Chico guapo (y romántico) se enamora de chica guapa (sin mucho interés por casarse). Ella le sigue el cuento porque dice que él se parece a Gary Cooper (en nada). Ella quiere estar en casa con su madre, con las tías del pueblo, y no responde a las cartas cursis que él le escribe a diario. Él decide romper. Las tías del pueblo lo llaman. No, hombre, si ella te quiere mucho. Y él recoge velas y se casan.

En los sesenta parecía que no había otra salida. Si no de qué vas a vivir, piensa un poco, mujer, mira lo bueno que es, y con un buen trabajo por las mañanas y otro trabajo por las tardes, que vas a vivir como una reina, anda y escríbele una carta diciéndole cuánto lo quieres. Bah.

He visto fotos. Él embelesado, ella mirando fuera de plano. En fin, no voy a juzgarla. Una vez me dijo que era feliz, que le gustaba ser ama de casa y bajar cada mañana a comprar fruta al chino.

¡El chino se llama Alejandro!, me dijo una vez con cara de ilusión.

Mi hermana me lleva once años clavados, no cumplimos el mismo día de milagro. Yo no me he casado, estudié, trabajé, he viajado al extranjero y hasta he llevado minifalda.

Viajar al extranjero. ¿Quién diría algo así ahora? Ahora se dice viajar. Antes, viajar no existía. Ibas a visitar a la familia o viajabas al extranjero.

Los chinos tampoco existían. Si alguien te traía algo *Made in China* lo metías en la vitrina y lo custodiabas como oro en paño.

Alguien me regaló un llavero *Made in Japan.* Por aquel entonces, era un nivel inferior a *Made in China* porque no existían los chinos. China era un país comunista y lo que saliera de allí era puro milagro. Japón era solo una isla.

¿De dónde ese deseo por lo lejano, de dónde la superioridad de lo lejano? Eso es justo lo que le pasa a mi sobrina. Cuando deja a un novio, al cabo de unos días solo recuerda los arrumacos, las frases de telenovela y las copas de helado con sombrillitas de colores. Y vienen los lloros y los portazos. Y mi hermana, que ya no pisa la calle, no puede ir a desahogarse con el chino Alejandro ni con nadie. Y así todo.

Mi sobrino estaba de viaje. Supongo que por eso a su hermana le dio un parraque de envidia y dijo que ella también necesitaba oxigenarse. No dije nada. Solo le dije, vete. Y allí me quedé viendo cómo me miraba el perro temblón.

No me gusta dormir en la habitación de mi sobrina, vaya que después no encuentre algo y me diga que si yo, que si tú, que si nada. Así que preparé la cama en la que dormía Eduardito.

El día no fue mal. Nadie discutió con nadie. Nadie sacó ningún tema feo. Nadie habló de Martita, ni de dónde estaría ni con quién.

Que haga su vida. Eso dice mi hermana (desde el episodio del casamiento) cuando la niña cierra la puerta. Pero yo creo que en el fondo estaba triste. Se acostó pronto. Lo único malo fue que olvidé sacar al perro y se hizo sus cosas en la terraza.

Estaba ya en la cama cuando pensé, unas almendras, me comería unas almendras. No había. Llené un vaso de agua, cogí dos galletas y de vuelta a la cama sentí un desamparo desmedido al ver mi sombra sobre las cortinas.

Qué feo es este cuarto. Qué feo es todo en esta casa.

Mi nieto me roba. Robar es mucho decir. Y nieto también. Técnicamente sería hurtar, y no es mi nieto, es mi sobrino.

No sé cuándo decidí que prefería ser viuda. No es que pensara que me daba más empaque, es que evitaba preguntas incómodas.

¿Soltera?, pero ¿soltera soltera?

Y yo sabía que lo que estaban preguntando era si no me había acostado nunca con nadie. Pues os vais a quedar con las ganas. Viuda, y se acabaron las preguntas. Y mis sobrinos, mis nietos.

Os merecéis que os mientan.

La que más pregunta es esa vecina que siempre lleva el carrito delante, ¿cómo se llama?, da igual, yo también podría preguntarle cosas pero me limito a saludar.

No sabré cómo se llaman mis vecinos, pero de puertas adentro sé exactamente todo lo que hay en esta casa. Y ayer, limpiando el polvo, noté que me faltaba el abrecartas. Técnicamente tampoco es un abrecartas, es un cuchillo. Formaba parte de un juego de cuchara, tenedor y cuchillo tallados de una sola pieza de madera que alguien trajo de Marruecos. Tenía su mérito. El aro de la cuchara que los unía se rompió y las tres piezas quedaron sueltas. Solo conservo (conservaba) el cuchillo, lo usaba de abrecartas porque no me gusta que las cosas no sirvan para nada, y lo tenía en la bandejita de la entrada donde dejo las llaves. Ni siquiera he mirado detrás ni debajo del mueble, estoy segura de que mi nieto se lo ha llevado. No me importa, al revés, me hace ilusión que le gusten las cosas viejas y quiera conservarlo, pero hubiera preferido que me lo pidiera.

Tía, ¿me puedo llevar el abrecartas? Claro que sí, hijo, pero llámame abuela, que ya sabes que me gusta más. Eso.

Cuando mis nietos eran pequeños, peleaban por él para jugar. Lo llamaban el llavero. Por eso acabó desbaratado. Yo les contaba el cuento (inventado) de que un moro había entrado una noche en mi casa porque lo perseguían, lo había escondido, le había dado de comer, había dormido en el sofá, y él, agradecido, me había regalado el llavero.

Eduardito escuchaba con los ojos muy abiertos. Martita no, Martita siempre pasó de todo. Resoplaba varias veces durante el relato (y eso que la historia era corta) porque lo único que quería era que su tía le diera la merienda y algo suelto para largarse corriendo a gastarlo en el kiosco.

Martita sigue igual. Solo que ahora no se larga, es que no viene.

Sobre el pedal de la máquina de coser tengo una caja de zapatos llena de porquerías. Porquerías no son, pero son cosas que se guardan por si acaso. Dentro hay de todo. Gomas de borrar usadas, bolígrafos que no pintan, rotuladores sin capuchón, carretes de hilo de bordar a máquina, un abanico roto, trozos de cable, zapatillas de grifo y hasta chinchetas. Cajas de chinchetas había dos. Una con chinchetas verdes y otra con chinchetas amarillas. Las amarillas también han desaparecido.

No sé cómo se las gastará mi nieto de sincero. No sé si me diría la verdad si le preguntara, hijo, ¿para qué quieres chinchetas?

No quiero retraerlo, quiero que siga viniendo a verme, así que no voy a decirle nada. Voy a dejar que vaya desvalijando mi casa hasta que quede vacía.

El reloj no, ves, el reloj de mi padre no pienso dejar que se lo lleve. A veces (no sé con qué intención) me ha dicho, tía, ese reloj te queda grande, ¿lo llevo a que te lo achiquen?

No, hijo, gracias, me gusta así, así lo llevaba tu abuelo y así lo pienso llevar yo, tal como está, porque quitarle una sola pieza a la

correa sería convertirlo en otra cosa, no sé si me explico, las cosas mejor dejarlas como son, y si un día me quedo tan reseca, tan en los huesos, que el reloj se me llegara a escurrir, lo guardo en un cajón y a volar.

El reloj será para él, pero ya se lo daré en mi lecho de muerte o cuando a mí me dé la ventolera. Antes no.

Mi Eduardito es muy dulce. Después de escucharme atentamente me coge las manos entre las suyas y me dice que muy bien, que lo entiende, pero que al menos me lo ponga encima de la manga del jersey para que no se me salga sin querer.

Ay, niño, si es que lo que me gusta es sentir el frío de la correa en la muñeca. Si es que ese frío es lo único que me queda de mi padre, pensar que este frío metálico que siento es el mismo que sentía él.

Y Eduardito cabecea y sonríe de lado, y me da dos besos y se va (segurísimo) con algo de esta casa en el bolsillo.

Lo que no comprendo es para qué se habrá llevado mi peluca.

Mi Eduardito se llama Eduardo por su padre. Aunque yo a mi cuñado le llamo Pascualet, porque cuando se toma dos tintos se queda medio traspuesto, le salen coloretes, y me recuerda al Pascualet de *La barraca*. Por eso, cuando nacieron sus tres hijos, al que vino muerto lo bauticé Pascual.

Bautizar es mucho decir. Nacieron en casa, salieron dos, primero el niño, después la niña. El tercero, muerto. Lavé su cuerpo en el barreño y le dije, sin nombre no te vas a quedar. Coloretes no tenía, pero le puse Pascual porque fue el primer nombre que me vino a la cabeza.

Martita se llama Marta por su madre. Marta Adela se llama mi hermana (como nuestras abuelas). Mis padres no se lo pensaron

mucho. Menuda juventud pasó la pobre. Podrían haberle puesto Marta y a mí Adela. Se ve que no querían más descendencia. Yo llegué por accidente.

Mi nombre no me gusta, así que cuando me preguntan digo que me llamo Noelia, por la canción.

Hace tiempo que sueño con ellaaa, y solo sé que se llama Noelia. A veces me pregunto si alguien habrá soñado alguna vez conmigo.

A mi hermana habría que buscarle un novio, porque como se le crucen los cables es capaz de llenar la casa de perros enanos, así que he pensado una cosa, dijo Eduardito.

Y por fin me contó lo de mi peluca.

—¿Dices que vas a disfrazarte de mujer para camelarte a un tipo, y después darle el cambiazo?

—Eso es.

—Yo pensaba que la loca era tu hermana.

Es verdad que se parecen muchísimo. Martita, con el pelo corto, podría pasar por su hermano. Al revés, no. Mi sobrino pretende disfrazarse de su hermana, entrar en una aplicación de citas, charlar con unos y otras (con mi peluca puesta), y una vez que haya enamorado a alguien, quedar y que a la cita vaya su hermana.

—¿No es más fácil que se apunte ella?

—No quiere.

—Nada, absurdo.

—Verás, lo tengo todo pensado. Le digo a la niña que es un amigo mío, que quiere jugar a que se han conocido en una aplicación, que le siga el rollo en todo lo que le diga.

—Nada, completamente absurdo. Además, mi peluca es rubia.

Revisando cajones, a ver qué más me faltaba, encontré tres fotos mías de niña. Dudo si romperlas. Por si acaso un día me da la ventolera y lo tiro todo, voy a enviárselas por *mail* a Marcos, que sé que lo guarda todo.

Recibo respuesta por la noche.

«En la primera veo una niña precoz, por la que ya rondan serias preocupaciones. En la que llevas gafas (esta es la que más me ha llamado la atención), veo una revolucionaria con ideas claras y coraje para llevarlas a cabo, en serio, veo auténtica determinación, y una mirada que desarma cualquier hipocresía. En la de las hojas, aunque todavía eres una niña, veo una de esas actrices de los años treinta, lánguida, ambigua, misteriosa.»

Ahora miro esas fotos con curiosidad, intentando ver lo que él ha visto.

El cuponciiito de la Ooonce para hoooy, vamos a tentar a la suerteee, el cuponcito de la Once para esta nocheee.

Deme uno, pero que me toque. Mira qué lista la señora, como quien pide un melón que no le salga pepino.

El veintiséééis para esta noche, el pooollo para esta nocheee. También llevo el borracho y la gallinaaa.

Pasa una gitana con romero, me ofrece. Cómo habrá sido mi no, gracias que la pobre no ha insistido. Ahora me arrepiento. Di tú que ese romero me hubiera dado suerte para el pollo, el borracho y hasta para la gallina.

Cada día me pesan más las bolsas. A este paso voy a tener que arrastrar un carrito. ¿Y esas que los llevan delante? Estoy segura de que los llevan vacíos. Menudas presumidas. De la compra vengo. No,

hija, tú eres tan vieja como yo y vienes de darte una vuelta para bajar el azúcar, pero no quieres que te vean con un andador. Bah.

Vieja. Qué mal suena. Suena a lija, a gastado, a carne blanda, a colgajos, a olor a manzanas pochas. Pero lo prefiero. Lo demás son ñoñerías. Que si tercera edad, que si chicas de oro, ¿qué tendrá que ver el oro con la vejez?

Cuando el chiguato que me hizo el bonobús me dijo, aquí tiene su tarjeta dorada, le pregunté, ¿dorada por qué?

—Porque es gratuita.

—¿Y qué tiene que ver el oro con lo gratis?

—Porque es para mayores de sesenta y cinco años.

Podríamos haber estado así dos horas. Yo te lo voy a explicar, dorada porque es el color del ocaso.

No me dijo ni adiós. Ahora me arrepiento. Qué culpa tendría él, todo el día aburrido haciendo abonos a viejas locas.

Háblame del mar marinero, dime si es verdad lo que dicen de él, desde mi ventana no puedo *lloverlo,* desde mi ventana el mar no se ve.

Así la cantaba yo. Y le veía toda la lógica. Como ella (quien fuera) no podía verlo, lloraba y sus lágrimas de secano no llegaban al mar, no *lo* llovían.

A veces pienso que en mi vida todo ha sido construir sobre malentendidos.

Mira que me gustaba Marisol, aquella niña despierta, embaucadora, pilla y encantadora a la vez. Qué guapa estaba en *Marisol en Río*. En Río o donde la mandaran a rodar, ella con antiojeras, siempre pizpireta. Es verdad que parecía un rayo de sol.

Un rayo os parta a todos, pensaría ella cuando se quitaba el maquillaje.

He leído barbaridades. Cualquiera sabe la verdad. Ella no ha dicho esta boca es mía. Elegante hasta el final. Con lo que le pagarían en un polígrafo. Por eso, cuando alguien dice que todos tenemos un precio, le hago la doble peseta china desde el sillón. Si Marisol no tiene precio, habrá más como ella. ¡Sois vosotros los que os venderíais por nada y menos!, le grito a veces a la tele.

Nada y menos. Siempre me ha gustado esa expresión. Un día le pregunté a Eduardito qué pensaba y me pilló al vuelo. Nada y menos vendría a ser como infinito menos uno, dijo. Es más listo. Pero no le sirve de nada. Cómo sufre. Bueno, le sirve para tener un buen trabajo. Desde chico le inculqué el amor por la enseñanza. Pero tú no seas maestro como yo, tú estudia Exactas y te haces catedrático.

De momento es profesor de Estadística en la facultad de Económicas. Yo me quedé en maestra, que es lo que había entonces.

Cómo ha cambiado todo, qué fácil era terminar la carrera, que tu madre hablara con fulanito que conocía a menganita y ya tenías trabajo. No hice ni oposición, entré en el colegio a mitad de curso porque la chica que daba primero de EGB se casaba. Parece que les gusté a las monjas y allí he trabajado toda mi vida. Primero con las pequeñas, después fui tutora de las mayores.

Así fue como conocí a Marcos. Don Marcos era el capellán del colegio. Entramos a la vez. Yo sustituyendo a aquella chica y él a su tío. Cuando me lo presentaron me gustó de inmediato. Su manera de dar la mano, seca y firme. Ojalá la fe pudiera medirse en apretones de mano, pensé.

Nunca he sido creyente. Se lo dije a la superiora en la primera entrevista. Volvió a llamarme. Al parecer le había gustado mi

franqueza. Dijo que la sinceridad era una gran virtud, pero que tampoco hacía falta ir cacareándolo por ahí. Esto queda entre nosotras, dijo. Era una mujer con estudios, grande y colorada. Yo creo que en el fondo guardaba la esperanza de que yo me cayera del caballo.

Cambié mi forma de vestir, no falté jamás a las misas de los viernes ni a los ejercicios espirituales con las alumnas. Y, aunque nunca comulgué, nadie sospechó nada (creo). Solo don Marcos lo sabía.

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida.

—No creo en Dios.

—Eso no es ningún pecado.

—Eso ya lo sé, es para que usted lo sepa.

A partir de ahí empezamos a tutearnos. Ahora, cuando alguien nos pregunta de qué nos conocemos, decimos que desde el colegio. Y nos reímos.

He buscado por si tenía fotos con Marcos. Solo una, de cuando (rara vez) se sentaba conmigo bajo el eucalipto, a cuidar los recreos. Se la mando.

«Me imagino a ese par de listillos sentados bajo aquel árbol, con sus caras relucientes e ilusionadas, un poco desquiciados por una vida que les desborda, que se les sale por los ojos. Me imagino a ese par de listillos intentando compartir lo desconcertante que es todo, lo gracioso que es todo, impacientes, fascinados, desdeñosos, con esa hambre de existir que los mantiene delgados y dispuestos. Me imagino a ese par de listillos y me viene una de esas sonrisas que se nos escapan cuando un mocoso nos sorprende con sus monerías. No

recuerdo aquel momento, y eso lo vuelve aún más legendario. Me veo guapetón en la foto, no sé muy bien en qué he invertido mi juventud, pero tengo la sensación de haber hecho bien el idiota. De todas formas, gracias.»

Mi sobrino de espaldas parece un japonés. De frente también. El pelo liso y los ojos achinados. Cuando se ríe los ojos desaparecen. Como se empeña en llevar los pantalones sueltos, tobilleros, y las camisas con cuello mao, todavía lo parece más.

Las camisas se las hago yo. Un poquito maniático también es. Es que nada le gusta, a todo le pone un pero. Nada, a coser se ha dicho. Algodón o lino, mangas largas, cuello mao y sin bolsillos. En verano se recoge las mangas doblándolas tres veces, ni una más. Las manías las ha sacado de su padre. Para ellos todo tiene que ser de una manera concreta. Qué tiranía vivir así. Qué mérito tiene mi hermana, aguantar a estos dos loquitos de atar. Digo loquitos porque les tengo cariño. Bueno, a mi Eduardito cariño no, a mi Eduardito lo quiero con locura. A mi cuñado no puedo verlo.

Nunca entendí cuando alguien decía tener aprecio a otra persona. Decir aprecio es no decir nada. Ahora lo entiendo. Desde que trato con Nandy, lo entiendo.

Nos saludamos cada vez que nos vemos aunque nos crucemos cuatro veces al día. Siempre me pregunta por la familia. Me dice, hoy vas muy elegante, hoy hace calor, hoy ha refrescado, según toque. Una de cada tres veces me pregunta si llevo algo suelto. No dice me das un euro. Dice, ¿no llevará algo suelto? He llegado a pensar que no me pide cada día para dar credibilidad a sus

comentarios. No digo que no me aprecie, pero me aprecia porque casi siempre le doy.

Yo la aprecio porque me da pena, tan joven, tan mona, lo guapa que habrá sido, y porque siempre me ha tratado con respeto. Tampoco la he visto nunca insultar a nadie que no le diera una moneda.

Esta mañana al mirarme en el espejo del ascensor pensé, no la apreciarás tanto cuando no le has dicho dónde vives. Ahí me di cuenta.

—Qué calor hace hoy, ¿no?

—Mucho. Más en casa que en la calle.

Y cuando me preguntó si mi casa daba a este lado o al de atrás, le respondí que de tanto trajín que tengo yo ya no sabía ni adónde daba mi casa.

Sé que ha pillado la indirecta y no volverá a preguntarme.

La aprecio, le seguiré dando una moneda de vez en cuando, pero no quiero que sepa cuál es mi casa.

Esta tarde me encontré a mi amiga Loli. Me dijo que había salido a la caza de un libro. Se alegró de verme, me pareció que necesitaba disculparse con alguien por estar en la calle y no con su madre. Y qué mejor que confesarse con quien sabes de sobra que no te va a juzgar. Niña, escapar debería ser una obligación, quise decirle, pero le di un abrazo.

Loli es mucho más joven que yo. Hace años coincidimos en una lectura de poemas. Ella era asidua. Yo pasaba por allí, entré a oler y me quedé. Nunca he sido amante de la poesía, toda me parece afectada. Estuve por levantarme a la mitad, pero vi al fondo copas alineadas en una mesa y platos de plástico con frutos secos.

Ojo, yo no era un pulpo en una cacharrería, que a mis alumnas las he llevado mil veces a museos y a todas partes. Pero cómoda, allí sola, tampoco estaba. Así que me acerqué a Loli.

Tomamos dos copas de cava. Nos alegraron. Y a la tercera copa, y para despedirnos, nos abrazamos como si fuésemos amigas de toda la vida. En ese momento unos cacahuetes saltaron a su escote.

¡Cacahuetes sexuales *apretujaos!,* dijo una de las dos (como si hubiéramos estado bebiendo desde por la mañana), y reímos con ganas y volvimos a abrazarnos.

Desde entonces decimos para despedirnos, ¡un abrazo *apretujao!,* una clave que nadie más entendería si le escribiera una carta y la firmara UAA. Como cuando le escribo un correo a don Marcos y firmo UAV. Cosas tontas pero fundamentales, cosas sin las que no sabría ni querría vivir.

A veces me gustaría abrazar a Marcos (el amigo, no el cura), y en vez de escribir UAV darle un abrazo verdadero, de verdad, estrujándolo. Nunca nos hemos atrevido.

Esta mañana, Loli me ha enviado un mensaje donde dice que ayer lo pasó de maravilla, que volvió caminando a casa y que por el camino fue comiéndose un helado de pistacho, y que ya me contará qué tal el examen. Y es que, encima, se ha puesto a estudiar.

Seguro que hoy se siente culpable. Un lujo que se permitió después de meses cuidando a su madre, su marido, sus hijos, su nieto.

Un helado de pistacho.

¿Y yo? ¿Cuál sería mi recompensa culpable?

Mi madre no era de mimarnos. No nos faltó nunca de nada, pero mimos los justos. A veces nos daba una moneda para un bastón de

arropía. Poco más.

Una tarde, mi madre me dio dos monedas. Compra un par de cucuruchos de altramuces para tu hermana y para ti, dijo. El hombre, supongo, por no gastar dos papeles, metió los dos en uno más grande. Volví a casa comiendo. Cuando llegué no quedaba ni uno. El calor me subió a la cara. Yo, con aquel cono vacío en la mano. Lo arrugué, lo tiré y me encerré en mi cuarto avergonzada.

Ni mi madre ni mi hermana supieron nunca de aquello, pero todavía hoy me siento culpable.

Se lo cuento por *mail* a Marcos, a don Marcos, a modo de confesión.

«Te sugiero lo siguiente: vas a casa de tu hermana comiendo altramuces y, en cualquier momento, le dices, ¿quieres? Estaría bien que fuese así de fácil. No hace mucho estaba con una pareja, charlando en plan confidencia, y ella preguntó, ¿os sentís culpables de algo? Recuerdo que contesté, con la tranquilidad del que cuenta lo que hay, que sí, que me sentía culpable de no haber vivido. Creo que quería saber cómo sonaba en voz alta y el caso es que al nombrarlo casi se convirtió en un hecho. De niño, al confesarme para la primera comunión, estaba preocupado porque se me había olvidado no sé qué pecado y, ahora, al recordarlo, siento nostalgia de aquella ingenuidad, de aquella época en que se ocupaban de mí. Estando en uno de esos talleres de formación sentí de repente la necesidad de echar mi cabeza en el hombro de un compañero en busca de cariño, él entendió mi gesto y me trató con ternura. Me abandoné como un bebé. He pasado casi toda mi vida llevando las riendas de mi existencia y ahora me doy cuenta de que tengo que soltarlas un poco para hacerme cargo de verdad. Tal vez esté aún a tiempo de morir con la conciencia tranquila.»

Mi sobrino me enseñó a usar una aplicación. Para conocer gente de tu edad, dijo.

Había varios grupos con nombres insufribles que incluían el término oro y dorado en todas sus variantes. Un grupo se llamaba Carca_Males. Mira, al menos parece que tienen sentido del humor. Al final resultó que el nombre no mentía, eran muy carcas y solo hablaban de enfermedades. Qué tristeza un chat donde, en vez de preguntarte qué llevas puesto, te entran diciendo de qué color es la pastilla que tomas con el desayuno.

Pero hay un tipo que ha intentado cambiar de tema varias veces, hablar de cualquier otra cosa, de si hemos visto tal película (nadie) o leído cuál libro (solo yo). Se hace llamar Vremya.

Veo que eres más de Tolstói que de Dostoievski, dije. Y me abrió un privado.

Yo me he puesto Noelia_No porque Noelia no me llamo. Él cree que el No es por mi apellido. Bah.

Desde esa noche nos escribimos y hablamos de libros. También me cuenta los pasos que da, camina kilómetros hasta casa de su madre, ida y vuelta. Ya le he dicho que prefiero que me cuente los paseos, no los pasos, pero resulta que también tiene un sobrino que le ha regalado un reloj que le controla los latidos y hasta el azúcar. Es profesor, como yo, solo que él estrena jubilación anticipada.

Cuando se lo he contado a mi sobrino, ha aplaudido y hasta pataleado.

No te emociones, niño, que su madre tiene mi edad, con eso te lo digo todo.

No parece quemado como otros profesores. Quizá se haya jubilado por gusto. O quizá sea millonario.

Eduardito ya nos ha imaginado a los tres en su yate. Dice que esta noche le pida una foto.

Mejor voy a escribir al súper, que tengo algo pendiente.

De: Noelia_No
Para: Supermercados
Asunto: Indumentaria adecuada

Hola:

Cada vez veo más turistas sin camiseta comprando en el supermercado. Dejando a un lado la estética, resulta sucio, no solo no se ponen guantes para coger fruta, es que pueden caer pelos o sudor mientras están sobre ellas.

Sé que el supermercado no tiene ninguna culpa de la zafiedad de estos individuos, pero no estaría de más poner un cartel en la puerta que prohibiera entrar sin camiseta.

En algunos bares/restaurantes ya lo están haciendo.

Por lo demás, el supermercado me parece estupendo y los empleados encantadores.

Gracias.

Los Goris no están. Todo cambia cuando algo cambia. De repente, el silencio. Las interferencias molestan. Que alguien desde el piso de abajo grite, insulte y maldiga influye. No es lo mismo un fin de semana escuchando improperios que no oír nada. Y, de repente, me dije, qué bien va la mañana. Así, tan fácil. Eran los Goris, su ausencia.

Los llamo los Goris por su peso sonoro, porque lo que es pesar pesan poco. Como decía una compañera de algunas personas, no es que estén delgadas, es que están espirituadas. Yo creo que son veganos. Ella, él. Sus hijos. Unos niños rubios, encantadores y sensatos. Los niños solo gritan para decir a sus padres que no griten. Y aun así gritan flojito. Alguna vez he coincidido con ellos en el ascensor cuando vuelven del colegio o llevan a la cobaya al veterinario. Siempre deseo abrazarlos, decirles, denunciad a vuestra madre, mandadla a tomar viento aunque todavía le tengáis algo de cariño, porque con los años irá a peor y llegaréis a odiarla, denunciadla porque no es normal lo que vuestra madre os llama, no es normal que os humille de esa manera.

También tienen una iguana. Los niños se parecen mucho pero tienen gustos antípodas. Un día oí griterío y me asomé. La iguana había saltado desde la terraza y estaba en la acera. El mayor bajó corriendo a recuperar lo que quedara de ella. Mientras yo veía la cabeza intermitente del pequeño (solo se llevarán un año), queriendo y no queriendo mirar. Un señor que pasaba le dio unos golpecitos con el pie. El niño la tomó entre las manos. Desde arriba vi que la iguana había cambiado de verde a marrón. Reventadita por dentro, pensé.

A los pocos días me crucé con uno de ellos en el portal, y me interesé por el animalito. Al parecer volvió a su color habitual, pero murió a las pocas horas.

Los Goris no están y el silencio impera en el edificio. Antes había fiestas en el primero, pero acabaron pronto. Una pareja que estrenaba relación, supongo. Todo se gasta, hasta las ganas de fiesta. Un 31 de diciembre estuvieron más de doce horas con la música a todo volumen. Los oía como si estuvieran en mi salita. No quiero imaginar la noche (y el día) que le dieron a la Tere, que vive

al lado. La canción que más se repetía era una con estribillo, que os den, que os den, san Vito para todos. Pues nos dieron a base de bien, sí señor. Desde entonces a esos vecinos los llamo los Sanvito.

La Tere es la veterana del bloque. No sé echarle edad, puede que cien. La Tere llevaba el pelo blanco y largo en una coleta. Nunca me vi con la suficiente confianza para decirle, Tere, córtese el pelo, que estará más cómoda y más guapa (o menos desaliñada). Hasta me hubiera ofrecido a cortárselo. Desaliñada sí, pero los labios muy rojos. Antiguamente a las barras de labios se les llamaba carmín. En la Tere cobra sentido. Ese carmín hace que su piel y su pelo parezcan aún más blancos.

La Tere fuma. Fuma y alimenta gatos. Un día me contó que se dejaba un dineral en jamón cocido. Los gatos no comen cualquier cosa como todo el mundo se piensa, me dijo. La Tere no bajaba al callejón a llevarles la comida, se la echaba desde la terraza. A la hora acordada te encontrabas en la puerta a varios gatos mirando hacia arriba, como si fueran a cantar *Clavelitos*.

Me acuerdo y todavía me río. Cuando el confinamiento, afloraron más banderas de España que cuando el Mundial. La Tere puso una en la terraza y subió (sin mascarilla) a pedirme un lazo negro. No le abrí, hablamos a través de la puerta.

—Es que quiero ponerle un crespón a la bandera por todas esas criaturas que están muriendo.

—Pues lo siento, no tengo lazo. Si quieres te presto un calcetín —dije de broma.

Cuando a los pocos días salí a comprar, vi que había cosido un calcetín negro a la bandera. Qué risa y qué pena.

A veces ni los Sanvito ni los Goris, era ella la que hacía ruido cuando venía su hermana de visita. Menudas peleas. Quizá por eso los Sanvito ponían la música tan fuerte.

Hablo en pasado de la Tere porque hace tiempo que no la veo. Los Goris han vuelto.

El dormitorio de los niños está debajo del mío. No se oye una mosca. De vez en cuando la Gori grita sus nombres, a lo que los niños responden con resignación y tono apagado, ¿quéééé? Después sigue un interrogatorio absurdo. Que si qué estáis haciendo (naaada), que si recoged el cuarto (vaaale), que si sois unos guarros (...), que si os creéis que voy a hacerlo yo todo en esta casa (...), y un largo etcétera de más de una hora.

Los niños no rechistan, habría que canonizarlos.

A veces es el Gori quien grita. Le dan ataques de histeria, la voz se le pone muy aguda y lo imagino arañándose la cara. Los niños lo consuelan. Tranquilo, papá, le dicen, cálmate, papá, le dicen. He llegado a la conclusión de que es por culpa de algún videojuego relacionado con el fútbol. Perder a veces nos vuelve locos. Yo, sin ir más lejos, tan sensata, tan impasible, me pillaba unos berrinches tremendos (aunque silenciosos), que derivaban en un abatimiento desproporcionado, cuando perdía al comecocos. Un comecocos en blanco y negro que venía en el primer ordenador que me trajo mi sobrino.

Así que comprendo al Gori. Lo que no comprendo es que siga jugando. Yo juré no volver a hacerlo la tarde que acabé llorando ante el monitor.

Los Goris dejaron de hablar a todos los vecinos de un día para otro. Desconozco el motivo, no me interesan esas cosas. A pesar de todo, una vez que olvidé las llaves de casa puestas en el buzón, la Gori tuvo el detalle de quitarlas y dejárselas a un vecino para que me las diera. Podría haberlas dejado allí a merced de cualquier ladrón o meterse en mi casa a cambiar el azúcar por la sal, y cosas

así. Le dejé una nota de agradecimiento. Tuve que mirar en el buzón cómo se llamaba.

Mira que llevo años aquí, pero todavía no me sé el nombre de ningún vecino, solo el de la Tere. No me gusta meterme en casa de nadie, no me gusta el cotilleo, no me gusta hacer ruido, no me gusta molestar a nadie. Por eso, nada más entrar en casa me descalzo, si me levanto de madrugada varias veces a orinar no le doy a la cisterna (lo hago por la mañana) y si tengo que usar el secador antes de las nueve, no lo uso, me voy con el pelo mojado.

Me dan pena los Goris. Debe de ser muy triste vivir así, sin hablarse con nadie, sin un cómo ha refrescado, sin un felices fiestas, sin un qué mayores y qué guapos están los niños.

Las pocas veces que nos cruzamos (y no dicen ni pío) me acuerdo de la película *Buenos días,* de esos protocolos de andar por casa, de esa cierta cordialidad tan necesaria para que la Tierra siga girando sin que oigamos su eje oxidado.

Me dan miedo los Goris. No es miedo, no sé qué es. El sábado pasado el Gori peleaba con alguien por teléfono. Estuvo dando voces casi tres horas. Yo oía la música pero no la letra. Me levanté de la cama y me puse a mis cosas. Al rato salí a la compra. Mi vecino el Gafitas salía también. Buenos días, buenos días, usted primero, y todo ese requilorio de vecinos bien avenidos. El ascensor bajó un piso y se paró. Entró el Gori y se puso de espaldas sin decir ni mu. Al Gafitas, que será muy listo pero parece tonto, no se le ocurre otra que decirle a un Gori encerrado en un metro cuadrado de ascensor, y que ha pasado tres horas metido en ácido sulfúrico dando voces, que si le parecía normal lo de esa mañana. Yo quería morirme. Gafitas, qué poca vista tienes.

Y ahí se enzarzaron, el Gori sacando trapos sucios de hace más de diez años y el Gafitas respondiendo con monosílabos, intentando

razonar.

Mientras me alejaba, oí que el Gori se quejaba, decía que él también aguantaba ruido de tacones y arrastrar muebles. Cuando no se tienen argumentos se recurre al tópico. Javier, el amigo de don Marcos, a eso le llama tirar de repertorio.

Pero qué tonto eres, Gori. Estuve a punto de volverme para decirle, ¿de verdad te crees que yo me pongo tacones en casa? Bah.

Supongo que se referiría a alguna amiga que haya llevado a casa mi vecino el Gafitas.

Gori, observa y piensa un poco antes de hablar, hombre. Si no hay más que ver de refilón al Gafitas para darse cuenta de que debe de ser del Opus o algo parecido. No creo que haya llevado a ninguna mujer a su casa, y menos con tacones, como mucho llevaría esos mocasines de suela blanda que hacen las piernas gordas.

No he pasado bien la mañana. Vuelvo sin las naranjas y he traído los yogures que no eran.

No sé por qué me preocupo, nunca he sido ruidosa, pero de repente me da miedo hasta encender la cocina. Uso un encendedor que suele prender a la tercera, clac clac clac. Demasiados clacs, así que no pienso volver a usarlo. Arrastrar la cerilla también hace ruido, así que a partir de hoy usaré un mechero, encenderé con él la cerilla y luego la hornilla. He intentado encenderla directamente con el mechero, pero me quemo. No quiero que los Goris puedan decir que soy ruidosa. Me da miedo que la tomen conmigo y me pongan silicona en la cerradura o metan bichos muertos en mi buzón.

El miedo me da hambre. Me he comido la media tableta de chocolate con almendras que quedaba. Hoy hace viento. Acabo de poner el papel del envoltorio bien dobladito en el marco de la persiana para que no haga ruido. Es época de exámenes y seguro que los niños están estudiando.

—¿Y esto? —pregunta mi sobrino con un gesto entre la incredulidad y la guasa.

—¿El qué? —me hago la tonta.

Me ha pillado. Dejé a la vista el cuenco de barro donde tengo las cerillas usadas y la caja. Hasta ahí, todo bien. El problema ha sido que, desde que el Gafitas y el Gori discutieron por quién hacía más ruido, no me atrevo ni a pensar (vaya que me oigan).

Como empecé a encender las cerillas con un mechero para evitar el ruido, me pareció absurdo no usar cada una dos veces. Supongo que así empiezan las manías, pensé, pero me dio igual. En mi casa estoy y hago lo que me da la gana.

No conté con tener visita. Visita acusatoria. Qué vergüenza. Cómo explicarle a mi sobrino, que si el Gafitas, que si el Gori, que si el clac clac clac de mi encendedor, que si soy una cobarde, que si no le doy a la cisterna si me levanto de madrugada, que dejo las puertas de los armarios sin cerrar del todo para no hacer gcloc al abrir y gblum al cerrar.

He preferido pasar por cutre, decirle que soy muy rata y uso las cerillas dos veces. Manías de vieja, hijo.

No ha hecho comentario alguno. Me ha rodeado el hombro con el brazo y me ha dado un beso en la sien. Eso es lo mismo que decir, qué loca estás, pero te quiero igual.

Sí, definitivamente estoy loca. Pero, sobre todo, definitivamente, prefiero pasar por cutre y por loca que por cobarde.

De: Supermercados

Para: Noelia_No

Asunto: Re: Indumentaria adecuada

Estimada Noelia, muy buenas tardes:

Soy Mariluz del Dpto. de Atención al Cliente, encantada de atenderla.

Lo primero pedirle disculpas por las molestias causadas, al igual que agradecerle inmensamente compartir con nosotros su opinión. Voy a proceder a abrir una incidencia al respecto para hacer un seguimiento y evaluar la situación que nos comenta.

Me despido sin más, volviéndole a agradecer compartir con nosotros sus comentarios y disculpándome por las molestias causadas.

Un Cordial Saludo.

Vaya, qué amable es esta Mariluz. No esperaba que me respondieran, la verdad.

He puesto su nombre, apellidos y trabajo en el buscador y hasta le he visto la cara. A esto le llamo yo haber llegado al siglo XXI.

No se me han caído los lagrimones de milagro. Al pasar por calle Panaderos he visto una cuba hasta arriba de cajas y papeles. También había algún mueble desvencijado, revistas de los años cincuenta, archivadores A-Z llenos y vacíos, cajas de zapatos, qué sé yo. Con menos años me hubiera sentado en un escalón a repasarlo todo. He cogido una revista y un listín de teléfonos, y me he marchado sin mirar atrás.

Teléfonos de cuatro cifras escritos a lápiz con trazo apretujado. Qué maravilla.

Qué pena.

Cuando morimos solo pueden suceder dos cosas. Una, que nuestros descendientes llamen a una de esas empresas que vacían las casas; dos, que escruten cada objeto minuciosamente queriendo encontrar un significado.

Conmigo van listos. Lo guardo todo. Un clavo que encuentre por la calle, al cajón va, y cada cajón de esta casa está lleno de naderías. Quizá debería facilitarles el trabajo haciendo un inventario, pero tendría que inventar más que inventariar.

Por ejemplo, la cuenta que llevo en el aro de las llaves. Sé que la encontré en la acera, pero no sé cuándo ni en qué calle ni en qué ciudad. Podría inventar (como con la historia del moro y el llavero), y dejar por escrito que me la regaló un anciano ciego o la compré a un niño pobre en un viaje que hice de joven a la India. ¿Se lo creerían?

Es que nunca me gustaron los llaveros, ¿habrá objeto más absurdo?, lo que ocupan en el bolsillo o en el bolso, cuando con un aro es más que suficiente. Pero esa cuenta tenía el tamaño perfecto, ni chica ni grande, era de rayas y los colores me parecieron serenos y alegres a un tiempo. Me gusta mirarla, suena estúpido y cursi, pero me gusta la vida que da a mis llaves. Las he vestido de fiesta. Es como si esa cuenta me sonriera. Algo así siento cuando la miro. Ponte tú a explicar eso a alguien.

Solo son seis colores y no son exactamente los del arcoíris, pero si a alguien le da por poner en marcha el magín, pensará que era lesbiana soterrada o, como mínimo, mi manera de apoyar discretamente al colectivo LGTBI. Bah.

Mis descendientes. Voy lista. Ya estoy viendo a Martita revolviendo en busca de dinero o joyas. Eduardito sí, Eduardito pensará que esa cuenta significaba algo (que en cierto modo significa) y quizá la añada a su llavero durante un tiempo, quién sabe. Quizá cuando

encuentre en un cajón el listín de teléfonos piense que era mío y también lo guarde.

—Vaya, se ha perdido un gato.

—¿No es un perro? —dice don Marcos achinando los ojos.

—Gato perdido, pone. Pero tienes razón, no se sabe lo que es. Me recuerda a una alumna que tuve, una alumna malísima, suspendía todo, hasta labores y gimnasia, un desastre. Normalmente las malas estudiantes suelen ser populares, simpáticas, algo provocadoras. Pues esta no, esta siempre sola. En los recreos la veías pasear cerca de algún grupo. No podías decir, esa chica va sola, no, solo parecía que iba algo rezagada pero nada más, no llamaba la atención, lo hacía muy bien. Un sábado la vi por mi barrio pegando carteles. Cuando se alejó leí: Gata perdida, responde al nombre de *Alice,* es un poco arisca. La foto podía ser de una gata o una palmera. Si te fijabas mucho, podría ser un gato como hay mil. Una mañana, al salir de clase, le pregunté si su gata había aparecido. Se puso como un tomate, los ojos se le llenaron de lágrimas (la gata apareció muerta, pensé). Me contó que no existía ninguna gata, que dejaba aquellas fotocopias por si alguien encontraba cualquier gata, y pensaba que era la suya, la llamarían y así tendría alguien con quien charlar un rato.

—No me lo creo.

—Como te lo cuento. Le dije que seguro que en el colegio, y hasta en su misma clase, habría alguna otra chica con la que se llevara bien. Se sorbió los mocos, se dio la vuelta y se fue. ¡Cualquiera querría tenerte como amiga!, le dije cuando se alejaba.

—¿Y qué pasó?

—Creo que destinaron al padre a algún sitio y a mitad de curso se fue del colegio.

—¿Y no sabes qué fue de ella?

—No.

—¿Y para qué me cuentas esta historia sin final?

—Me he acordado al ver ese cartel de gato perdido.

No me sienta bien ir al médico, por eso procuro que lo que tengan que mirarme lo hagan de seguido.

Hoy análisis, mañana campimetría. Tampoco pretendo vivir hasta los cien como quiere mi hermana. Una vez llegó a decirme, si me muero, me disecas. Por otra parte, le da igual si se muere en cualquier momento, ahora mismo. Qué maravilla, qué mujer.

Yo no soy así, parezco fuerte pero no. Me vengo abajo por naderías. Los cambios de estación no me van. Es llegar el otoño y entro en un túnel. De diciembre ni hablamos. Todo ese fun fun fun me pone enferma. No hay Navidad que no piense en tirarme por el morro. Pero no sé nadar y el agua debe de estar muy fría, así que me digo, vamos a esperar hasta agosto. Pero agosto es un mes optimista. ¿Quién querría morir en agosto?

También he pensado en tirarme por la terraza, pero vivo en un cuarto y lo mismo me quedo bacalao en una cama de por vida.

Pues aquí estoy en ayunas esperando a que me llamen.

—¿Aquí es para sacar sangre?

—Sí, señor.

—Antes era en la primera planta, ahora en la segunda. Esto cambia cada día. Así va todo.

No me gustas, señor Dramático. Además, ¿a quién se le ocurre llevar el cuello del polo levantado? Mejor voy a hacer que leo y así

no me hablas más.

Llegan dos hermanas con su madre. Una la cuida. La otra intenta colarla sin dejar de mirar el móvil. Le da explicaciones a la auxiliar. Cuantas más explicaciones, más falsa parece. Le explican que hay que seguir el orden de la lista. La otra hermana, avergonzada, baja la cabeza y le dice a su madre que se siente, que todavía falta un ratito. La madre rebusca algo en el bolso. Saca un cupón.

—Mira a ver si ha tocado.

Su hija lo mira en el móvil.

—No.

—¡Ya no creo en los médicos, los taxistas, los curas ni en la lotería!

Un tipo tirando a esquilmado con riñonera en bandolera, pitillos desflecados y rotos por las rodillas, zapatillas de deporte sin calcetines, y con tic de tener muchas ganas de fumar, explica de muy malos modos a su novia de pelo planchado hasta la cintura que quince minutos es más que media hora. Ella protesta poco o nada.

Pienso que la está poniendo a prueba. Algo así como, si me da la razón en esto, me la dará en todo. Ella, quizá, solo pretenda librarse de un bofetón. Se parecen, solo que ella sí usa calcetines.

Están alejados unos siete metros de los demás pacientes que esperan en la terraza de oftalmología. Aun así, oímos todas las sandeces que él le dice. Su necedad nos impregna. El viento no se lleva nada, pienso.

Ella se cruje los dedos de tanto en tanto como única respuesta. Eso es, amiga, prepara los puños para devolvérsela si te toca. Yo lo haría. A doña María, la vecina de mi madre, su marido le pegaba a diario. Doña María era del norte, grande y fuerte. Cuando se casó

tuvo que dejar de trabajar. El marido, al salir de casa, cerraba por fuera con llave. Si al volver encontraba la puerta abierta porque ella había ido a comprar pan o a saludar a una vecina, la acusaba de haber recibido a algún hombre. Un día doña María lo empujó y le devolvió el golpe.

Nunca más volvió a tocarme, contaba.

Hay hombres así de insignificantes. Por eso me río cuando me preguntan por qué no me he casado.

Qué distintas las salas de espera desde que hay móviles. Antes nos contábamos nuestros achaques y criticábamos al personal sanitario. Ahora cada uno mirando su pantallita. Por eso estáis aquí, por malgastar la vista en majaronadas. Yo prefiero miraros a vosotros, mirar el cielo y sus vencejos, que no sé si son vencejos, golondrinas o esos que llaman aviones. Una vez aprendí a distinguirlos pero se me ha olvidado. Y qué alegría que desde la pandemia la sala de espera sea esta terraza y no el pasillo.

Hay listos porque hay tontos.

Lo dice una chica con los brazos cruzados y el ceño fruncido. La Eva, Ernesto, el Tete y ella. La Mariví, la Conchi. Tete debe de ser el menor de los hermanos. Las dos hermanas le explican al padre que ya está bien, que todos tienen que aportar dinero y trabajo. Al parecer el Tete se lo ha chupado todo.

El padre dice que eso siempre ha sido así, respondiendo al rato a lo de los listos y los tontos. Los padres siempre defendiendo a sus hijos. Si en vez del Tete fuera la Eva, la defendería igual.

Me estoy poniendo triste. Mejor escuchar los chillidos de los vencejos (o lo que sean). Ya están aquí los chillones, decíamos. Cada año llegan antes. Como el calor. Ayer treinta y un grados. Mi hermana dice que ponga aire acondicionado. Bah. No quiero

contribuir al calentamiento global. Como estoy delgada sudo poco, con un buen pericón echo el verano, total solo son tres meses.

Tres meses son más que medio año, diría el esquilmado para convencer a su novia de poner aire, como si lo viera.

La familia del Tete debe de tener campo. Hablan de cuándo van a recoger la fruta. La Eva o la otra dice que cuando va se come las frutas más chiquitillas para que nadie se moleste, que las grandes las deja. El Tete solo va a comer, no a desbrozar.

No me gusta que vaya al huerto la Conchi, dice el padre. La Conchi de huerto no sabe, cuando se mete nunca sabes cómo va a dejar las plantas.

Qué aburrimiento. Adiós, familia del Tete, ahí os dejo con vuestras cuitas. Voy a preguntarle a la chica del mostrador si han dicho mi número (que no lo han dicho) por cambiar de panorama. Lo entenderá porque la megafonía es ratonera. Hay auxiliares que piensan en los pacientes y vocalizan al decir el número y la letra. Hay un chico que hasta lo repite, y la segunda vez lo hace lentamente, con más claridad. Pero hay una estúpida que lo dice una sola vez y a todo correr. Cuando lo hace, los pacientes se miran asustados unos a otros. Qué pena hacerse viejo.

—Mírala, qué bien se conserva.

Y mira qué bien estás tú al solecito, *apoyá* en el quicio de la mancebía, le hubiera dicho a la panadera. Pero vamos a tener la fiesta en paz, aunque su comentario no fuera inocente. Por el tono me ha soltado entre líneas que nunca le compro nada. Rara vez, si a mi cuñado le apetece algún dulce y yo estoy de buenas para complacerlo. Matarratas les metería a los merengues que tanto le gustan.

No me gustan los dulces ni las pastelerías. Cuánta tentación por metro cuadrado. Prefiero hacer yo los bizcochos para saber lo que llevan. Y prefiero no comer pan. Pan con pan comida de tontos, decía la vecina de mi madre. También decía, alavés falso y cortés.

No dejéis nunca de dar los buenos días, las buenas tardes, de preguntar qué tal está usted y me alegro de verla, aunque luego maldigáis a toda su estirpe para vuestros adentros. Si os ofrecen algo no lo rechacéis, dad las gracias, sonreíd y si no os viene bien tiradlo a la basura. Sobre todo recordad que no debéis mostrar interés ni gratitud en exceso, ser cortés no significa adular. Se trata de equilibrio, equilibrio para poder seguir conviviendo. En esta vida todo es teatro, sentenciaba.

Y no había sombra de tristeza o desencanto en sus palabras. Creía firmemente que las apariencias ayudaban a vivir en comunidad.

Vivía sola y se aburría. Siempre hacía comida de más. Si os ofrecen algo no lo rechacéis, recordaba yo un paso detrás de mi madre cuando doña María aparecía con una fuente de croquetas. Y mi madre, que no era alavesa pero era inteligente, le daba las gracias ladeando la cabeza y al cerrar la puerta me miraba aguantando la risa. Las croquetas eran piedras.

Mi madre de apariencias también sabía. Las cosas según quién las lleve, solía decir. Estoy segura de que si en algún momento no hubiéramos tenido para comer, entonces sí hubiese rechazado aquellas croquetas o habría puesto agua con tierra a calentar, como en aquella película japonesa, para que los vecinos creyeran que estaba cocinando.

—Hermana, ¿qué haces ahí?, anda, ven, que vengo a verte y no me echas cuentas. Pero ¿qué golpes son esos?, ¿qué hace tu mujer en

la cocina?

—Pelearse con el pan.

—Cada vez os entiendo menos.

—Nada, la niña, que cuando hace la compra lo congela todo, lo empuja ahí, a la fuerza, y lo mismo te congela un pollo entero sin limpiar que un pan cateto de dos kilos, y cuando toca comerlo tu hermana tiene que partirlo a martillazos.

—Sois de tebeo, perdona que te diga.

—El tebeo se queda corto con nosotros.

—Calla, ¿qué ha sido eso?

Corro a la cocina. Mi hermana en el suelo.

Dice que no sabe qué hace en el hospital, que a qué viene tanto lío por un traspié de nada. Dice que se mareó. Después dice que se subió a la banqueta para alcanzar no sé qué. Dice que no sabe qué pasó y que para el caso es igual porque está bien.

¿No me ves?, mejor que tú, dice con cinco grapas en la frente.

El médico dice que ha tenido suerte de no romperse nada, que ya ha visto que es rebelde (añade con media sonrisa), pero que sería bueno tenerla vigilada para evitar un mal mayor.

—¿Qué te ha dicho?

—Que te vigilemos.

—Lo que faltaba. En mi casa no se queda nadie.

—¿Ni yo?

—De visita, pero después te vas. Yo me valgo muy bien sola.

—Ya lo sé. Pero ¿y el perro? —se me ocurre—, el perro es un peligro. Seguro que se te enredó entre los pies y por eso te caíste.

—Claro, el perro. Porque yo estoy estupendamente.

—Claro.

—Si vas a ir, que sea para vigilar al perro, no a mí.

—Claro.

—Oye, ¿y aquí no dan merienda?

En las habitaciones compartidas no hace falta poner la tele, los seriales están al otro lado de la cortina.

—Le voy a decir a la prima y a su niña que no vengan más.

—¿Por qué no?, a mí me distraen.

—Que se vayan a distraer a su madre al cementerio. Ea, míralas, aparcando están, la loba y la zorra, cuánto han madrugado. No van a dejar que te mueras tranquila.

—Yo estoy muy tranquila, no noto que me vaya a morir. Ignacio, cuando suban te vas a dar un paseo y así te despejas.

—Mejor me voy ya, prefiero no verlas.

—Sí, hijo, vete.

Cuando la puerta se cierra la madre canturrea. Al poco llegan la loba y la zorra.

—Buenos días, tía. ¿Estás sola?

—Ignacio acaba de irse. Lo he echado, para qué vamos a decir otra cosa. Quería hablar contigo. Verás, Ignacio es un trapisondas, quiere que le dé un poder, y yo no le doy un poder a nadie, yo te lo daría a ti, que has sido más que una hija, pero Ignacio se enfadaría. Mira, hacemos una cosa, cuando salga de aquí te vienes conmigo sin que él se entere, saco todo el dinero, y cuando me muera le das lo que quieras y el resto para ti, ¿por qué lloras?

—Eso no puede ser, tía, pensaría que te lo había robado, me denunciaría, no quiero líos.

Después, el silencio. Mi hermana duerme, no tengo con quién comentar aunque sea con mímica. No estoy segura de si saben que estoy aquí, tras la cortina. Intento respirar lo justo, como me venga un acceso de tos o un estornudo la que se va a morir, pero de vergüenza, soy yo. Lo mejor en estos casos es hacerse notar desde el principio, diría mi hermana. Tenía que haber carraspeado, al menos, cuando llegaron la loba y la zorra.

Mi hermana tose, como si me hubiera leído el pensamiento. Aprovecho y toso también, quizá exageradamente. Una cabeza asoma tras la cortina.

—Buenos días, ¿las hemos despertado? —tantea la loba.

—No se preocupe. Buenos días.

—¿Qué tal va la cosa?

—Bien, muy bien, gracias.

Mi hermana me mira como diciendo, ¿muy bien?, y yo me golpeo tres veces los labios con el índice. Mi hermana encoge la nariz y vuelve a cerrar los ojos.

—Ignacio tarda mucho.

—Lo habrán metido en la cárcel por estafador.

Imagino que la loba acaba de hacer ese mismo gesto de golpearse tres veces los labios, porque ya no dicen nada más. Ni siquiera las oigo despedirse.

—Buenos días, ¿cómo has dormido?

—Como siempre. ¿Ha dicho algo el médico? ¿Cuándo me voy? Estoy harta de hospital.

—Nada, vendrá luego, imagino. También te digo, solo llevas aquí dos días.

—Muchos son.

—Tengo que decirte una cosa, es una noticia triste. Se ha muerto Adela, vuestra vecina. No quería decírtelo, pero como al volver te ibas a enterar de todas formas...

—¿Y por qué no querías decírmelo?

—Por si te afectaba.

—¿A mí?, nada. Le tenía aprecio, pero ya está.

—¿Y qué muerte te afectaría?, lo digo para no decírtela.

—La mía.

—Buenos días.

—Buenísimos. Joaquina se ha ido antes que yo.

—¿Se ha muerto?

—No lo sé, cuando me desperté no estaba. Viendo cómo era el hijo igual se la ha cargado para heredar antes.

—Preguntaré a ver.

—Pues ya de paso pregunta cuándo me voy yo. Oye, cuéntame un secreto.

—¿Cómo?

—Cuéntame algo que no me hayas contado nunca, ni a mí ni a nadie. Es que cualquier día de estos me muero y quiero poder decir ahora mismo, me llevaré tu secreto a la tumba.

Exagera abriendo mucho los ojos, se ríe. Mi hermana y su humor negro. Acerco mi cabeza a la suya.

—Me gusta la salsa rosa —le digo en un susurro.

—Tú eres tonta.

—Es un gran secreto. Siempre he dicho que no me gusta, pero me gusta.

—Pues muy bien. Con eso ya me voy tranquila al otro mundo.

—¿Y tú?, ¿tienes algún secreto?

—No.

—Si no te hubieras casado, ¿qué te habría gustado ser?

—Violinista —responde como un resorte dejándome a cuadros.

—¿En serio? No me lo habías dicho nunca.

—Suenan tan bien. Pero estudiar solfeo, ir a clase..., demasiado trabajo. Pero algo que me hubiese gustado mucho también es haberme ido a Londres, a cuidar niños.

—¿De *au pair?*

—Eso. Por ver mundo, aprender idiomas y porque me gustan los niños. —Lo dice tranquilamente, sin nostalgia, sin resentimiento, con una sonrisa.

—Marta, ¿estás despierta?

—No.

—¿Te acuerdas de aquella postal que encontré en la calle? «Muelto moño, y vrino a las orillitas del río, y vrino y le dogo, tú aquí no debes de toqué, que es el santo de tu amiga de tu olmona y la tienes que felicité, tu olmona que te quiere, Victoria Correa.» Me la aprendí de memoria. Nunca supe quién era Victoria Correa.

—Búscala en el móvil y déjame dormir.

—Estoy hecha un siete en la butaca, no tengo sueño.

—Pues vete a tu casa, aquí no haces nada.

—Marta, ¿estás dormida?, ¿apago la tele?

—La estoy viendo —abre los ojos—, ¿qué es, un documental?

—De ciervos. Me estaba acordando de cuando tito se cruzó con una piara de cerdos, cogió uno, lo metió en el coche y apareció en casa con él. Mira lo que te traigo, dijo. Y mamá no se lo pensó, le

metió un cuchillo en el cuello. Yo no hacía más que estorbar, así que me dijeron que le diera vueltas al rabo para que la sangre no coagulara. Otro día dijo, hoy nos vamos a comer un pollo. Fuimos al gallinero, eligió el más gordo y le cortó el pescuezo en la cocina. ¿Te acuerdas?

—El pollo salió corriendo sin cabeza por todo el pasillo.

—Esa casa era bonita. ¿Qué será de la vecina? Paquita Pichardo, se llamaba.

—Estará sacando nabos con el cogote.

—Se creía que su niña era Shirley Temple porque llevaba dos tirabuzones en la frente. Y voy yo y se los corto. Cuando la niña apareció con los rizos en la mano, le dio una paliza...

—Por no dártela a ti. ¿No te gustaría berrear como esos ciervos de la tele? —mi hermana abre la boca y saca la lengua—, ¡buaeeehg! Míralos ahí, dándose con los cuernos. A ver si se les rompen.

—¿Por qué te gustan las catástrofes? Si son caballos, a ver si se desbocan; si ciclistas, que se caiga todo el pelotón; ahora los ciervos.

—Mujer, un aliciente.

Las noches de hospital me destrozan la espalda, pero me gusta estar con mi hermana, las dos solas, como cuando éramos niñas.

El otro día me arrepentí de no haberle contado un secreto auténtico. Odio a tu marido, eso tenía que haberle dicho. Le deseo la muerte desde hace años, desde que nacieron los niños. Y ahora que es viejo, y todas las manías, la soberbia y la estupidez se le han multiplicado, más. Le deseo la muerte cada día.

Eduardito llega puntual.

Anda, vete a comer, dice, y hace un gesto de no sabes cuánto te agradezco todo. Yo le respondo con otro de qué me vas a dar las gracias por nada, ¿no ves que es mi hermana? Y así seguimos unos segundos más en una conversación telepática para no despertar a su madre. Nos lanzamos un beso.

Hace calor. El sol me hace achinar los ojos. ¿Cojo el bus o me voy dando un paseíto?

Un hombre empuja la silla de ruedas de su mujer. No sé si es su mujer porque el hombre lleva camiseta y gorra con el mismo logo. Intento leer pero la vista ya no me llega. Quizá sea un voluntario. O simplemente alguien que se viste con lo primero que pilla sin discriminar si está haciendo publicidad de algo que no sabe lo que es. Bah.

La cuestión es que ese hombre empuja la silla y de repente se para dejando a la mujer sola. Un enajenado más, he pensado, verás que me toca llevar a esa mujer a su casa. Pero no. El hombre se ha acercado en tres zancadas al seto de adelfas que separan la acera del asfalto. Agachado, tira de unas cuantas flores, le cuesta, tira y le cuesta. Lo consigue. Tres flores blancas y algunas hojas verdes. Las hojas verdes las quita y las tira al arriate, no las deja en la acera, mira qué bien. Estoy a punto de decirle, eh, cuidado, buen hombre, que son venenosas, pero estoy extasiada contemplando la escena desde la parada del bus.

Qué cara de ilusión mientras arrancaba hojas verdes para dejar limpias las flores.

Si no es su mujer, quiere que lo sea.

El hombre se acerca a la silla. El bus se acerca a la parada. El hombre acerca su improvisado ramo a la mujer de la silla de ruedas que en ese momento busca algo en su bolso. El bus llega. La mujer de la silla de ruedas mira de refilón las flores con mucho asco y hace

un gesto de desprecio con la mano. Yo también vuelvo la cabeza. El bus se ha ido. Camino sin mirar atrás. No quiero saber qué ha pasado. Si el hombre ha seguido empujando la silla a pesar de todo o si ha dejado a la mujer y a las adelfas tiradas en mitad de la acera. A esto he estado de volverme y decirle, regálemelas a mí aunque sean venenosas.

Pues nada, me iré andando.

Adelfa. Si no hubiera decidido llamarme Noelia, me habría puesto Adelfa.

De: Adelfa_No
Para: Supermercados
Asunto: Decepcionada

Buenos días:

Llevo mucho tiempo comprando en sus supermercados porque me gusta apoyar a las empresas locales, pero me apena comprobar que, por norma, algunos productos tengan un precio en las estanterías y otro cuando pasan por caja (suelen ser nueve o diez céntimos más en caja).

Digo por norma, porque a estas alturas dudo mucho que sea un accidente. Pasa desde hace años en distintos comercios de la misma empresa.

Unas veces me he dado cuenta en casa, otras en la misma caja. Alguna vez le he dicho a la cajera (a título informativo) que el precio no coincidía.

Otras veces ofertan productos a un euro, cuando normalmente cuestan menos. Nueve o diez céntimos más no suponen nada para mi economía, afortunadamente. Aunque una se va a casa, tan

contenta, pensando que ha pagado un euro, y ha pagado uno con diez.

Al supermercado sí le supone ventaja, claro, diez céntimos sumados cada día por cientos de productos...

Lo que más me molesta es la sensación que se me queda de... nos toman por tontos.

Esta carta es también a título informativo. Ni voy a enviarles tickets ni a reclamar nada. Simplemente me gustaría que tomaran nota de que algunas clientas nos damos cuenta de su estrategia y no nos gusta nada de nada. Una pena, la verdad.

Un saludo.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Pues como cada día. No me asustes. No vayas a perder la cabeza ahora.

—¿Te han dicho algo? ¿Cuándo me voy?

—Nada. Olvídate. ¿Te acuerdas de cuando veíamos películas de Ginger Rogers y queríamos hacernos aquellos vestidos porque pensábamos que así nuestra vida sería distinta?

—Sí, cambia de tema. Yo nunca he pensado eso.

—¿Cómo que no?, ¿entonces para qué dibujábamos aquellos vestidos?

—Porque eran bonitos y elegantes.

—Pues eso digo, que soñábamos otra vida, una vida bonita y elegante.

—Yo no.

—Vale, pues no. ¿Y te acuerdas cuando de niña ponías los zapatos de papá bajo la cortina para que pareciera que había alguien escondido y yo me llevara un susto?

—No lo hacía por eso, lo hacía para creerme que papá no estaba de viaje, que estaba allí cuidándonos.

—Pues vaya, se ve que no me enteré de nada. ¿Algún malentendido más?

—Tú sabrás.

—Vamos a dejarlo. He traído crucigramas.

—Así te entretienes.

—Son para ti, atiende. Emperador romano de siete letras. Empieza por C.

—No me acuerdo.

—Hay un gallo que se llama igual.

—De morón.

Por fin le han dado el alta. Con la edad que tiene más no se puede hacer.

No solo son los hematomas de la caída. Acumula varias anginas de pecho, dos ictus, azúcar, colesterol y todos los etcéteras de la edad.

Ocho pastillas al día y para casa.

Al menos a partir de hoy el sillón será más cómodo.

Como no sabía cuánto iba a durar, el primer día de hospital comencé a apuntar tonterías, anécdotas para contárselas a Marcos. También le dije, mitad en broma mitad en serio, que si mi hermana moría no sabía qué iba a hacer con sus blusas, tan llamativas que podíamos poner un mercadillo.

Marcos responde:

«Se me ha escapado una sonrisa con lo de las blusas de tu hermana. Con lo de las blusas he querido más y he vuelto a leer lo que me habías mandado anteriormente, he acertado, es casi como si lo hubiese leído por primera vez y tengo que insistir en que el diario te va como un guante, quiero más días, quiero más de esa ligereza indolente y cariñosa que me hace sentir que al fin y al cabo todo está bien, que el mundo no pesa tanto. Los dos lo sabemos, el mundo resulta ligero y amable si nos da la gana, y no por eso menos profundo, incluso la amargura puede resultar hermosa y la pena feliz, los dos lo sabemos, y sonreímos sorprendidos una y otra vez. UAV.»

Respiro hondo. Cierro los ojos y respiro hondo.

Es curioso, en persona no hacemos más que picarnos el uno al otro. Por escrito es otra cosa. Quizá para escribirme se ponga su vieja sotana. Marcos, Marquitos, se viste de don Marcos y serena ¿mi alma? Y de repente puedo con todo y no me siento sola en el mundo.

Desde que está en casa ha revivido. Hasta canturrea cuando me ve. Aunque le noto la cabeza regular. El médico ha dicho que la caída fue por un ictus. Da igual que estuviera subida a la banqueta, que el perro enredara, o lo que fuera. La memoria cada vez peor. Aunque sospecho que la mitad de las veces se hace la tonta a propósito.

—Buenos días, ¿me has traído algo rico?

—Fruta.

—Pues vaya. Yo quería una copita de anís. Buena cara tampoco traes.

—Se anuncia jaqueca. Y tengo las piernas que son dos sacos de arena.

—Te irá a venir la regla.

Es capaz de decirlo sin que se le escape el más mínimo tono irónico. Todo lo dice así, con los ojos cerrados. Nunca los abre para reírse de mí (de cualquiera) ni para decir cosas serias. Solo cuando quiere recalcar algo o reír abiertamente como diciendo, pero qué idiota eres. Entonces sí, entonces los abre bien abiertos y te mira fijamente.

—No creo que sea eso porque estoy embarazada.

—Es lo que nos faltaba.

—Me he quedado preñada de un profesor jubilado con el que chateo cada noche.

—Pues enhorabuena, vete haciendo la canastilla.

—¿Te acuerdas cuando mamá nos contó lo que era la regla?

—A mí no me contó nada. Cuando le dije que me había venido, me dijo, ya eres una mujercita, así que cuando te sientes junta las rodillas y no te levantes las faldas.

—¿Y ya está?

—¿Qué más quieres?

—Pues a mí un día me dice, a tu amiga Julia le ha venido su primera menstruación, después de lavarse estaba poniéndose polvos de talco con la borla y la manchó de sangre.

—¿Polvos de talco con la borla? —Mi hermana abre los ojos, se incorpora.

—Cualquier día te toca a ti, dijo. Yo había oído algo, pero no sabía ni media, así que me atreví a preguntarle qué era la menstruación. Me dijo que era un desahogo de los riñones. Eso dijo. Un desahogo de los riñones.

—¿Polvos de talco con una borla?

—¿Con eso te has quedado?

—Me dirás. ¿Tú te has empolvado *eso* alguna vez con una borla?

—Yo qué sé, cada una tiene sus costumbres. Siempre me pregunté si mamá de verdad creía que la regla era un desahogo de los riñones o salió por peteneras.

—Tú eres tonta —ha vuelto a cerrar los ojos—, cómo no iba a saber mamá.

—Yo qué sé.

—¿Y nunca le preguntaste a Julia por la borla?

—No. ¿Para qué?

—Por curiosidad.

—Sí, bastante confusa estaba yo ya como para decirle, oye, que me he enterado de que te lo empolvas.

—Qué poca curiosidad.

—Mamá me dijo que la madre de Julia le había dicho que usaba una borla blanca.

—¡Lo sabía!, ¡sabía que había más detalles! Si alguien usa una borla es para que se sepa.

—Creo que la borla tenía un lazo rosa a modo de asa para meter la mano y que no se le escapara —invento, porque me gusta verla contenta, interesada por algo—, la guardaba en el baño, junto al bidé, en una bolsa rosa a juego con el lazo.

—Qué maravilla. Ay, Julia, Julia...

Y mi hermana se cruza de brazos y cierra los ojos satisfecha.

La veo ahí sentada. Qué bondad irradia. Pues mi hermana robaba. Hurtaba. No era por enfermedad ni por ser transgresora, ni por la adrenalina ni por nada, simplemente le parecía tonto pagar por algo que podía llevarse.

Cuando abrieron aquellos grandes almacenes, fuimos volando. Todo nos pareció maravilloso, al llegar a casa me dijo, ten, y puso en mi mano un espejito de bolso, lo sacó del suyo sin envolver. Estaba claro.

Cada año organizaban la semana de un país. Mañana empieza la semana de la India, dijo entusiasmada. Lo miramos y toqueteamos todo. Me fijé en unas cajitas de plata.

—¿Te gustan?

—Son tan pequeñas que no les veo utilidad —respondí viéndole la intención.

—No todo tiene que servir para algo —dijo con desprecio, y siguió andando. Por los pelos. Pero al llegar a casa...

—Toma, doña Práctica, puedes usarla de pastillero.

—Pero, Marta...

—Tú eres tonta, ¿qué son para ellos doscientas pesetas? Miré el precio, la pegatina estaba doblada.

—¡Es de plata, cuesta dos mil!

—¿Dos mil pesetas por esa birria? ¡Qué ladrones!

En otra ocasión, no sé cómo, se trajo un retal de más de un metro. Como excusa, que los colores eran muy bonitos. Y en el supermercado, si ponían cestos de pistachos o nueces, metía la mano y se echaba un puñado al bolso. La maceta que puso Adela en el rellano, junto a la puerta, acabó en la suya.

Y así todo.

Cuando empecé a ir a exposiciones, lo único que le interesó fue si después daban una copa.

—A veces.

—Pues cada vez que vayas, la copa me la traes.

Ahí las tiene. Son las que usamos en Navidad.

Ahora que no sale, cuando le traigo algo le digo que lo he robado para ella. Se le ilumina la cara. Y sé que en ese momento me quiere más que a nadie en el mundo.

A pesar de haber dejado atrás los días de hospital, desde la caída de mi hermana vivo con la sensación de tener siempre a alguien a mis espaldas vigilando todo lo que hago, aunque esté sola en casa, en la cocina pelando una patata. Oigo el ascensor y pienso que vienen a por mí. O esa otra sensación de no estar nunca donde debo estar, incluso cuando estoy en la cama, agotada, a punto de dormirme, siento que no estoy donde debo estar.

Al pasar por la parroquia he metido la cabeza.

—Buenos días (toc, toc), vengo a apostatar.

—Don Marcos ha salido —cómo me conocen, ya ni gastar bromas puedo—, bajando la calle, igual lo encuentra en el café.

Ahí los veo. Marquitos y su amigo san Javier. Así le llamo, para fastidiar un poco y, a la vez, porque de verdad me parece un santo.

—Ave María Purísima.

—No empieces.

—San Javier —hago una pequeña reverencia—, ¿qué tal todo?

—¡Hoy no me duelen las muelas!

Lo dice con un gesto pícaro. Sabe que sé a qué se refiere. Marquitos nos mira como diciendo, ¿me he perdido algo?

Javier me contó una vez que nos quejamos todo el tiempo de lo malo que nos pasa cuando nos está pasando, pero que no somos capaces de celebrar de algún modo los días sin dolores, sin penas. Por eso él, mientras se cepilla los dientes, le dice al espejo con gran regocijo, ¡hoy no me duelen las muelas!, como aquellos otros decían, ¡qué grandes estamos esta mañana!

Yo también lo hago, se ha convertido en costumbre.

Les cuento las últimas novedades en casa de mi hermana, que si mi cuñado y mi sobrina son iguales, que si ya no sé qué hacer con ellos, que ni por las buenas ni por las malas, y que cada día me vuelvo a casa con disgusto.

Marquitos me pregunta si, a mi edad, todavía no estoy curada de espanto.

—No es que no esté curada de espanto, lo estoy, lo que pasa es que igual que me sigue asombrando que los aviones vuelen o los cruceros no se hundan con toda su mamarrachada dentro, mi cuñado y mi sobrina siguen sorprendiéndome. Siempre me digo, empeorar ya no pueden, pero pueden, ¡y de qué manera! —No dicen nada—. Bueno, ya está, qué más da. Todo está roto desde siempre. He leído sobre budismo y dicen que el verdadero budista ni siquiera sabe que lo es —he añadido sin venir a cuento.

—Va a ser eso —ha respondido Marcos cerrando los ojos y levantando demasiado las cejas.

—Oye, tú, que el budismo no es religión, es filosofía y, si me apuras, la filosofía es matemáticas, así que ojito con las cejas y con tanta condescendencia. Si a mí me ayuda a seguir tirando pensar que todo está roto desde siempre, ¿qué tiene de malo?, porque todo me cuadra, eh, que si haces el bien recibes bien, que si en el momento de morir alguien nos acompañara repitiéndonos, no tengas miedo, no estás sola, vete tranquila, ¿no sería maravilloso morir?, pero no, lo que nos meten en la cabeza es que si el infierno, que si el pecado, siempre metiendo miedo, ¡vamos, hombre!

No ha dicho nada. Amén, le ha faltado decir.

Pobre Marquitos. Si yo sé que él de la misa la media, si yo sé que él no es así, que es de los de verdad, de los que desean hacer el bien, sosegar. Pero ¿levantarme las cejas a mí? Eso sí que no. Hago ademán de levantarme.

—Veeenga, mujer, no te vaaayas —dice Javier alargando vocales como si yo tuviera tres años. Marcos no ha dicho nada.

¿Qué hago, Marcos?

No he llegado a preguntarle porque capaz es de decirme, rezar. Capaz eres, Marquitos, capaz eres.

Javier no sabe por qué le llamo san Javier.

Aquí llega san Javier, dije sin pensar al verlo aparecer. Me arrepentí de inmediato. Se le escapó una mueca, una especie de puchero, echó la cara hacia atrás sacando un poco de papada. Sonrió. Me gusta, dijo, y fue a la barra a por una cerveza sin alcohol, sin pedir más explicaciones.

Quizá crea que es porque el día que nos conocimos ayudaba a don Marcos a levantarse de un charco. El muy tonto había resbalado por los escalones de la iglesia. Digo el muy tonto porque le pasa lo mismo día sí, día también.

—Eso por llevar los zapatos demasiado pequeños. —No pude evitar reírme.

—La que faltaba. Calla y ayuda.

Tirando, Javier de un brazo y yo del otro, conseguimos levantarlo.

—Mira cómo te has puesto. Menos mal que ya no llevas sotana. —Yo no podía dejar de reír.

—¿Sotana?

—Aquí donde lo ve, este hombre coqueto que usa un número menos porque se cree que los pies pequeños son más elegantes, es cura.

—A mí siempre me han gustado los pies grandes. Lo que no me gusta nada es llevar calcetines. Por cierto, me llamo Javier. —Nos tendió la mano, primero a mí, después a Marcos, que seguía sacudiéndose la ropa.

—Encantado. Y muchas gracias por... En fin, ¿quiere usted un café?, qué menos.

—Otro día, tengo prisa, pero gracias. —Volvió a darnos la mano—. No se asuste si mañana le aparece un cardenal en el culo.

Solté una carcajada y Javier aguantó la risa. Acompañé a Marcos a su casa.

—¿Tienes alcohol de romero?, te vendrían bien unas friegas. Y compra unos zapatos en condiciones, hombre. De tu número y antideslizantes. Si es por el voto de pobreza, yo te los regalo.

—Vete ya, anda.

—Mañana te llamo, a ver si te ha salido en el culo un cardenal o el Papa.

Qué majo ese chico. Aquí no decimos majo, pero Javier tenía un leve acento del norte, así que majo.

Otro día, había dicho. ¿Otro día, cuándo?, si no sabemos nada de él. No me dio la impresión de que fuera de esos que dicen las cosas para quedar bien, me pareció que lo decía de verdad.

Tan vieja y tan tonta, dijo mi hermana cuando se lo conté.

—Te estás volviendo tan desconfiada como tu marido, que lo sepas.

—Mejor desconfiada que rijosa.

—Mira, voy a colgar antes de mandarte a tomar viento. Buenas noches.

Será una santa, pero a veces me saca de quicio con tanta pose de señorona. Que un tipo que podría ser mi nieto me haya parecido majo, ¿es malo?

Al sacarme las zapatillas di un traspié. Castigo de Dios, habría dicho mi hermana (y don Marcos). Ya en la cama imaginé a Javier levantándome del suelo, diciendo, Noelia Noelia Noeeeliaaa, duerma tranquila, que me quedo en el sofá por si necesita algo.

San Javier, mascullé justo antes de quedarme dormida.

¿Verás que al final va a ser verdad que soy una vieja verde?

De: Supermercados
Para: Adelfa_No
Asunto: Re: Decepcionada

Muy buenas tardes:

Soy Mariluz del Dpto. de Atención al Cliente, encantada de atenderla.

Siento profundamente la sensación que dice experimentar y puedo asegurarle que las situaciones descritas son debidas en su mayoría a errores técnicos, informáticos o bien humanos que se producen puntualmente y que no deberían producirse. Actualmente nos encontramos migrando de CRM y ERP, por lo que en ocasiones se producen ciertos errores técnicos, que intentamos corregir y solventar en cuanto se detectan.

Los precios del lineal siempre deben coincidir en la línea de caja. En caso contrario, suele deberse a un error de la etiqueta de precio, o que no se haya actualizado el etiquetado en el lineal. Sin embargo, SIEMPRE se le respetará el precio anunciado en la etiqueta y así deberá proceder nuestro personal.

Voy a trasladar la información a los supervisores asignados así como al departamento competente, para que se tomen las medidas necesarias para evitar que vuelvan a suceder tales errores. Le agradecemos la confianza depositada en nosotros y que nos traslade dicha información, ya que nos ayuda a mejorar e identificar errores.

Reciba un cordial saludo.

No soy de quejarme, pero alguna vez se me ha escapado algún que otro qué asco de vida, solo porque se acabó el butano o se pegaron las lentejas.

Mi vida era maravillosa. La vida más aburrida del mundo. Me levantaba cuando me venía en gana (a las diez en punto), desayunaba en la cocina repasando el periódico del domingo (me duraba toda la semana) y después de quitar los cacharros me duchaba tan a gusto con un gel que huele a frutas. Unas veces salía y otras no. Si había que comprar dos cosas, compraba solo una para tener tarea para la mañana siguiente. A la una y media un refresco sin azúcar y dos picos de pan con un par de aceitunas aloreñas. Y así todo.

Ahora me levanto a las siete para estar a las ocho en casa de mi hermana. Me tomo un café bebido sin duchar y salgo pitando al bus.

Las mañanas no me pesan, me gusta charlar con mi hermana, aunque tenga que aguantar al tonto de su marido. Pero después llega la sobremesa. Qué absurda, qué imbécil te sientes, y apuntas con el mando a distancia hacia una serie que has visto mil veces solo porque esas voces son viajes en el tiempo, y viajar en el tiempo es no estar, es suspender la vida durante media hora.

Durante media hora tu cuñado no parece tonto y tu hermana recuerda lo que comió ayer. Tú llevas minifalda y alguien te besa en un portal. La música suena a música. Tu hermana mayor cuida de ti y no al revés, tus sobrinos acaban de nacer y decides que vivirás por ellos, no por un hombre que puede que te quiera ahora pero que sin duda dejará de quererte, y en ese momento renuncias a tu vida, a tener tus propios hijos, porque tu hermana ha dado a luz a tres criaturas que necesitan cuidados, al menos dos, el tercero ya descansa, o eso dicen cuando alguien muere, que descansa, como si

fuera a despertar, a estirar los brazos sobre la cabeza y decir, qué a gusto he dormido.

Mi hermana duerme. Apago la tele. Cierro los ojos. Qué jóvenes éramos y cuántos sueños teníamos. Supongo.

Cuñado, ahora que estás dormido, te lo digo: igual vas a tener razón al decir que la vida es una estafa.

Cuñado, la vida es esto. Los tres aquí sentados mirándonos las caras. Tanto buscar la trascendencia, ¿para qué? Nuestra trascendencia es la repetición. Estas tardes de mesa camilla, ventilador y cucurucho de helado. Quien sea capaz de creer que crea en esa vida que han inventado para ellos. Supongo que esas personas que piensan que aquí solo estamos de paso, y que hemos venido a sufrir y a trabajar, no se quejarán nunca. Menuda fiesta les espera. Los que no somos capaces de creer tenemos que intentar encontrar algo de calma y disfrutar de lo que tengamos a mano. Mira qué bonita es tu casa, y la tienes pagada desde hace años, por ejemplo. O mira qué cómodo estás con esas zapatillas. Placeres pequeños. Cuñado, ¿tú no creías en Dios?, pues si creías ya tienes medio camino hecho. Vuelve a esa inocencia e intenta agarrarte a ella, creo que te vendría bien. O hazte budista. No hace falta ni que te hagas budista, simplemente con que pienses en la posibilidad de que en el momento de la muerte lo entenderás todo por unos segundos... Sí, luego te irás para siempre, pero tienes que volver a agarrarte a algo para que estos días, que puede que sean los últimos, sean más llevaderos.

Y también más llevaderos para los demás, añadiría.

Ni yo me lo creo. ¿Cómo voy a decirle todo eso? Una vez perdida la inocencia, ¿se podrá recuperar? Lo dudo. Quizá sí, porque a mi

hermana la noto cada día más infantil, se ríe como una niña si alguien dice culo, si alguien dice caca. Es otro tipo de inocencia, me temo. Lejos de reconfortarme me entristece profundamente saberla tan inteligente, y ahora verla reír por nada y evitar, barriendo el aire con la mano, cualquier conversación medianamente seria.

Recuperar la inocencia. Quizá esa sea la única tarea, la última tarea.

—A ver, ¿qué queréis que busquemos hoy en el móvil?

—Mira a ver qué ha sido de Pedro Botero.

—¿De quién?

—Su jefe.

—Mi jefe no se llamaba Botero.

—Ya lo sé, pero debería.

—Pues sí. Muy mala persona. Y un imbécil. Llegó y se cargó la empresa.

—¿Lo busco?

—Búscalo. Se metió en política, decía que era un chollo, que solo tenía que ir a Madrid una vez al mes, votar lo que le dijeran y adiós muy buenas. Los políticos solo van a llenarse la andorga.

—Tu jefe no era político.

—Desde luego que no. Era un sinvergüenza.

—Pues no generalices.

—Aquí está —corto la discusión—, qué casualidad, murió el mes pasado.

—Pues era más joven que yo.

—Dice que murió rodeado de su familia y que era un gran caballero.

—¡Un gran caballero!

Y de repente, por primera vez en mucho tiempo, veo reír a carcajadas a mi cuñado.

Vaya paseo más bueno me he dado. Salí por estirar las piernas y llegué hasta el río. Más, me canso.

¿Le pregunto al hombre de la muleta que está con el otro hombre (lía que te lía un porro) a la recachita de las puertas de la rampa de lo que parece un garaje, pero no se sabe qué es? Porque he bajado y por más que he mirado no había nada, solo persianas metálicas bajadas. Una estaba a medias sobre lo que asomaba de un cuatro por cuatro hecho misto. Sobre el capó un pedazo de gomaespuma roída no quiero saber por quién ni desde cuándo. Qué pena todo. No me puedo ir así como así, es que eso era justo lo que venía a buscar, gomaespuma.

En la zapatería me dijeron que en la misma acera, bajando una rampa que parece un garaje, tapizaban muebles y vendían gomaespuma.

Le cortan a medida la que necesite, llevan ahí más de cuarenta años, dijo.

Se ve que tengo que pasear más. En fin, que no, que persianas cerradas y un coche asqueroso (al menos bichos no he visto), y le pregunto al hombre de la muleta aunque les corte el rollito del porro que están a punto de compartir.

—Disculpe, ¿sabe usted si aquí venden gomaespuma?

—Sí, señora, ahí abajo venden gomaespuma y lo que usted quiera, yo mismo he comprado hace poco un colchón muy bien de precio, lo que pasa es que es sábado y está cerrado, si no tiene prisa venga el lunes que ya verá que merece la pena.

Muy bien tienes que dormir en ese colchón para hacer tan buena publicidad.

Claro, que, si te fumas un porrito antes, no me extraña.

—Pues muchas gracias, caballero, muy amable.

—Gracias a usted, señora.

Suena clasista, pero me gusta la luminosidad del gesto de esas personas que no esperan que nadie les llame caballero. Quizá no sea luminosidad, quizá sea ese destello de dignidad que perdieron o les robaron. Quizá no suene clasista sino todo lo contrario, porque ese hombre, que esperaba a que lo convidaran a medio porro, se ha comportado conmigo como un auténtico caballero. Más que los Goris que, al cruzarme con ellos hace un rato, no me han dirigido la palabra.

Entiendo a los alcohólicos. A mí a veces también me entran ganas de tomarme un anís. Vamos, que ahí hay una botella sin estrenar. Pero me da pereza. Lo dulce da pereza. A mi hermana le encanta. Siempre está pidiendo una palomita. Le doy un licor sin alcohol y sin azúcar que sabe a colonia.

—¿Tú estás segura de que esto es anís?

—Es lo que hay.

Digo que entiendo a los alcohólicos porque cuando te tomas algo la cabeza descansa, llega un vaivén a la sangre que te mece y todo te da lo mismo durante unos minutos y quieres mantenerte ahí, para siempre, en ese estado de mansedumbre.

Sofrosine, dijo un día el cursi de mi cuñado. Lo malo es que alcanzar el estado de placidez y no pasarse es imposible. ¿Cuándo y cómo parar? ¿Pues sabes lo que te digo?, llegada a una edad no pares. Muera Marta, muera harta, decía mi madre.

Hoy mi cuñado ha dicho (otra vez) que mi hermana no piensa. ¿¡Que no piensa!?

Me han entrado ganas de tirarle el café hirviendo a la cara.

Mira, cuñado, tu mujer es lo mejor que te ha pasado en la vida, porque cualquier otra mujer no te hubiera aguantado ni media. Y ella, a pesar de todo, ha sabido ser feliz.

¿Que no piensa mi hermana? Una mujer que ha pasado por la pérdida de un hijo, por aguantar a un marido hipocondríaco que nos va a enterrar a todos, por varias anginas de pecho, dos ictus, y ahí la tienes diciendo con alegría, cada vez que el 112 se la lleva, estoy estupendamente, pero si me muero me enterráis.

—Cuñado, voy a bautizarte el café (con cianuro, si tuviera).

—Me da igual, como quieras.

Bebe, bebe. Muera Marta, muera harta. En este caso que Marta no muera. Mejor muérete tú, mohíno, que eres un mohíno.

Eduardito no puede más. Dice que su agenda está llena de tachones, que su hermana le cambia horarios y días a su antojo.

Con mi hermana hay que vivir a lápiz, dijo y se echó a llorar.

¿Vivir a lápiz?, ¿ahora se ha metido a poeta? Demasiado sensible. Y esa manía de registrarlo todo no ayuda.

Yo he vivido sin agenda, mira, todo aquí, en la cabeza, sin tachones, le dije. Aunque solo sirvió para que llorara más. Nada, desahógate y no te preocupes, yo te cubro, si te cambia una hora o un día yo iré por ti. Eso le dije.

Así comenzó este trajín de autobuses y paseos hasta la casa de mi hermana. Antes iba cuando me daba la gana y era distinto, aunque fuera todos los días. Ahora, al saber que es una obligación, me pesa. También me pesa el alma, que la tengo repartida en las dos piernas.

Antes de decir, no puedo más, me acuerdo de cuando era ella quien me cuidaba.

Se caen los higos, bajo una higuera que da sombra y que da higos, perdidos en la sombra están, dice la canción.

En la sombra están, como yo.

Anoche me llamó mi sobrino. Dice que no quiere volver a dirigirle la palabra a su hermana.

Te entiendo, no te lo crees ni tú, pero te entiendo. Mientras tus padres vivan no te queda otra, y después, seguro que aunque no os veáis pensarás en ella, en si está bien o mal, le he dicho.

Eduardito es muy bueno. No puede escapar de lo que es. Venimos con unos genes que nos marcan el camino. Venimos y caemos aquí o allá, a este lado del mar o del desierto, en una familia bien avenida o en una donde solo saben quejarse. No hay que luchar contra la genética, los genes buscarán brillar igual que esas hojas relucientes que crecen entre la acera y el asfalto.

Mi hermana y yo no nos parecemos pero nos queremos mucho. Mis sobrinos no se parecen nada, y en eso de quererse todavía menos.

Hoy no tendría que haber venido. Espero que no aparezca Javier, no me gusta que vea mi parte fea, que oiga mis quejas. Hoy no podría decirle alegremente que no me duelen las muelas.

Hoy no es un buen día. Anoche otro rifirrafe con mi sobrina. Cada vez que bajo la guardia, que pienso que me da pena porque la veo inútil, que acabará sola o algo peor y me ofrezco a sustituirla, más me exige. Si le doy diez quiere cien, si le doy cien quiere mil. A veces antes de dormir me acuerdo de ella y me digo, ojalá se muera.

Sentir eso, aunque solo sea un segundo, es como vivir podrida de carcoma.

Me pregunto qué pasaría si le contara a Marcos que a veces deseo la muerte de alguien, así en general.

Marcos estudió teología, pero lo que le interesó siempre de verdad fue la psicología. Cuando me suelta alguna que no me conviene oír le digo, claro, como tú eres psicoanalista... Él dice que decir psicoanálisis es no decir nada. A él le interesa la Gestalt. Me explicó la diferencia pero ya no me acuerdo, así que le sigo llamando psicoanalista solo por hacerlo rabiar.

—¿Tú crees en la interpretación de los sueños? Yo no. El otro día soñé que estaba en tu casa. Mi sobrina llegaría en unos minutos porque eras su psicólogo. Hablábamos de cómo debías abordar que ella se hubiera enamorado de ti. Me pedías consejo. ¡Tú eres su terapeuta! Mi sobrina llegaba, yo me escondía. Ella te perseguía por toda la casa como hacían en aquella serie, *Benny Hill*, ¿te acuerdas? Tú venías a mi escondite y te quejabas, ya no querías consejos. Yo te decía que la única opción era deshacernos de ella.

—Si vuelves a soñar sobre el asunto, no te quepa duda de que apareceré otra vez para decirte, tú no puedes y además no debes salvar a tu familia. Y acto seguido desapareceré ostentosamente para dejarte con esas palabras flotando durante un buen rato en la habitación, impregnando las paredes.

—Tú estudiaste teología.

—Sí, señora.

—Y psicología.

—Más o menos.

—Yo creo que tienen mucho que ver. Estudiar teología viene a ser como estudiar la psicología de Dios, ¿no? —Ni me contesta—. ¿Sabes?, a veces le deseo la muerte a alguien, a algún asesino, a

algún político, a algún grosero en la cola del súper, a mi cuñado... —No cambia el gesto—. A veces pienso, voy a sacarlo a dar un paseíto por el rellano y, cuando esté cerca de la escalera, lo empujo y adiós muy buenas. Eso no es bueno, ¿verdad?

—¿Imaginarlo o hacerlo?

—Pensarlo.

—¿Bueno para qué?

—En general.

—¿A ti te hace bien pensarlo?

—No.

—¿Crees que te haría bien hacerlo?

—Me siento culpable solo de pensarlo. Pero es que hay personas... El mundo estaría tan bien sin ellas... Si pudiera matarlas con la mente...

—Si pudiéramos matar con la mente no quedaría nadie. Ni tú ni yo.

—¿Yo?, yo habría caído la primera. Mi cuñado nunca ha podido verme y de cuánto tiene que odiarme mi sobrina, ni hablamos. A mi sobrina también le deseo la muerte algunas veces. Pero ¿sabes qué es lo peor?, que se la deseo justo el día después de que mueran sus padres. Si muere antes que ellos, y a mí me pasa algo, el peso de los cuidados recaería sobre su hermano, y eso sí que no. A mi Eduardito, si pudiera desearle algo, sería que no se muriera nunca. Mejor, que no envejeciera nunca. Si el problema no es morirse, es envejecer. Bueno, no morirse a tiempo también es un problema. Mi cuñado aquí ya no hace nada. Nos saca de quicio a todos, hasta a mi hermana, con la paciencia que tiene y ha tenido siempre con él. No es por no valerse por sí mismo, es por haber perdido la capacidad de disfrutar con..., no sé, con lo que sea, ¿que hoy hace sol?, pues del solecito, ¿que le llevo una biznaga a mi hermana?,

pues de lo bien que huele la casa, ¿que le compré los cucuruchos que le gustan?, pues eso. Yo qué sé. Y luego mi sobrina que nunca tiene suficiente. Y no creas que no la entiendo. Querría tener su vida, un marido, un novio, un algo. No sabe cuidar, no sabe hacer nada. Una niña mimada de cincuenta años. Todo el día en la calle, vale, pero no la veo feliz. Es como si parcheara su vida, ¿sabes lo que te digo? A veces me entran ganas de agarrarla de los hombros y sacudirla, decirle, ¡no le pongas más parches a esa rueda de hámster en la que te has metido, cómprate una bicicleta nueva! Bueno, tú ya me entiendes. No le sirve estar todo el día en la calle sacándole fotos a lo que come, ni hacerle cuatro arrumacos al perro feo ese que se ha comprado. A veces me pongo a pensar qué ha aportado a la vida, o a la familia, y no hay. No hay. Estás muy callado.

—Te escuchaba.

—¿Como teólogo o como psicoanalista, Marquitos?

—No me toques los cojones.

Y por primera vez en mi vida le oigo decir un taco a don Marcos.

Todos llevan mochila y todos parecen tristes. Penitentes de ciudad.

La vida debería empezar para todos a las diez de la mañana, no a las siete. Las siete solo para los deportistas que vuelven a sus casas cuando yo salgo. Ellos sabrán.

Las cuidadoras que cogen el autobús a la misma hora que yo también llevan mochila y pijamas blancos. Me hace mal efecto que lo lleven por la calle. No me gusta cómo hablan de sus usuarios. Así les llaman, usuarios. Lo critican todo, las casas, a las hijas. No dejaría yo que ninguna de esas se acercara a mi hermana. Hay una que

habla por todas con un tono de voz agudo sin entonación. Y cuando entona es peor.

Adiós, guaaapa, le dice a una rubia bajita con gafas. Todavía no se ha cerrado la puerta cuando ya está diciendo, adiós, adiós, hija de puta.

La morena, más flamenca, le ríe la gracia. Hablan a gritos de lo que le harían a este o aquel actor. Deben de creer que su zafiedad es para troncharse. Qué asco me dan.

Hay una pelirroja muy prudente o muy cansada que no suele contar nada. Hoy ha dicho que ha conocido a un islandés en una aplicación. El islandés la invitó a la boda de su hermano, y allá que se fue. Todas ven las fotos entre la envidia y el jolgorio.

—Este es millonario —dice la flamenca.

—Qué va, allí todos viven así, en casas de madera con sauna.

—Te lo mereces, guapi —dice la rubia que no entona, con la voz apagada.

Cuando la pelirroja se baja del autobús espero un hija de puta al cerrarse las puertas. Pero la rubia repite muy bajito, se lo merece.

La miro un segundo, ella mira al suelo y calla por primera vez.

Quizá debería comprarme yo también un pijama de esos, un uniforme, porque en la casa de mi hermana hay algo que impregna mi ropa de un olor que no me gusta. Un hedor dulzón a carne blanda y vejez.

En mi estómago, el ladrido de un perro, el zumbido de una lavadora centrifugando y ese olor, ese olor penetrante y nauseabundo de las mañanas.

Menos mal que no creo en dioses, porque hoy me he ganado todos los infiernos deseándole varias veces seguidas la muerte a mi

cuñado.

A las diez y media empieza el *show*. Pregunta a mi hermana a voces si está despierta, abre la persiana de un golpe, la sube y baja varias veces, le pregunta si no se va a levantar, golpea la puerta como sin querer, le echa en cara que lleva toda la mañana durmiendo. Y si ve que acabo de llegar le dice que llevo toda la mañana esperándola.

Mientras bajo la persiana con cuidado, le digo que solo llevo cinco minutos y que la deje dormir.

Nada, en cuanto me descuido está otra vez en el dormitorio subiendo la persiana con más brusquedad si cabe.

Lo hago por ella, para que no se pase el día dormitando, dice con voz de cordero. Yo, ni caso.

—Lo hago por ti, ya que has venido. —Cambia su versión y vuelve al dormitorio.

—¿En serio?, ¿otra vez?, ¡quieres dejarla dormir!

—Es que si no se levanta ya, no sabemos a qué hora entrará en el cuarto de baño, y el cuarto de baño tiene que estar libre para mí por si lo necesito.

Salió la verdad. Me doy la vuelta, lo maldigo. No le escupo en el café de milagro.

Ojalá te mueras. Ojalá te mueras ahora mismo sentadito en la taza del váter.

Es un gran necio, un estúpido engreído, egoísta y caprichoso, un payaso vanidoso, inconsciente y presumido, falso, enano, rencoroso, que no tiene corazón.

Enano no es, y corazón tenemos todos. Otra cosa es de qué lo llenemos. Hay quien lo llena de semillas y quien lo llena de basura.

O quien lo deja hueco.

Qué absurdo pensar que se ama con el corazón.

Da igual, da igual con lo que amemos. Lo único que sé es que no puedo con él. Qué tirria te tengo, cuñado. Míralo, roncando, el que no duerme. Si pudiera hacer que le explotara la cabeza... Aunque después me tocaría a mí limpiar las paredes. Mejor darle un buen susto, como a aquel canario que tuve. Un grito a destiempo mientras duerme la siesta y, zas, al otro mundo. Qué tranquilas nos quedaríamos mi hermana y yo. Qué a gusto viviríamos sin ti, payaso, más que payaso.

Hay personas que necesitan las desgracias de otros para revalorizar su vida, personas que nacen queriendo ser las viudas del mundo.

Mi sobrina es así.

Mi amiga se atragantó con una almendra y casi se muere, nos cuenta. Solo mi hermana le hace caso, le responde, ¿ah, sí?, con falso entusiasmo. Conozco a mi hermana, un casi no es nada para ella.

Me gusta dar malas noticias, me dijo una vez. Cierto. Si se enteraba por la radio de la muerte de cualquiera medianamente famoso (ya fuera político, ciclista o actriz del destape), me llamaba a primera hora expresamente para contármelo. ¿Sabes quién se ha muerto? Y a mí me daba un vuelco el corazón y las tripas.

Lo dicho, un casi no es noticia para ella. Pero a Martita le tiene devoción. Solo una vez que estaba desesperada me contó que se había equivocado en todo con ella, que no había sabido educarla. La protegí en exceso, me dijo llorando. Llorando. Mi hermana.

Mi hermana tenía dolores, corrimos al hospital, como era primeriza no la tomaron en serio, la mandaron a casa y al poco dio a luz. Para

cuando llegó el médico, mis sobrinos ya estaban lavados y tomando el pecho. Les conté que la niña había tardado en salir. El médico le dijo a mi hermana que quizá tendría problemas.

Y por eso la mimó.

Criaste a una completa inútil, quise decirle. Supe de lo culpable que se sentía por no haber apretado lo suficiente. Supe de lo culpable que se sentía por haber dado a luz a un tercer niño muerto. Pero nadie sabía que venían tres.

Por aquel entonces no existía tanto artilugio. Ni siquiera se sabía el sexo del bebé. Decían que el médico te decía una cosa y escribía lo contrario en su informe. Si acertaba, bien. Si no acertaba te enseñaba sus papeles. Mire, señora, aquí está escrito, usted entendería mal. Se quedaban tan anchos, y la pobre señora con una canastilla del color equivocado.

Cuánto hemos progresado, diga lo que diga mi cuñado. Para él todo va a peor. Ayer le recordé que ya Ramón y Cajal, en sus *Charlas de café,* habla de lo mal que estaba todo. Por eso, por eso, respondió. Si ya estaba mal entonces, imagina ahora. Ni le contesté. Es el mismo repertorio de los cenizos de cada generación. Bah.

Como anoche le dije a Martita que no pensaba quedarme hasta las tantas con sus padres mientras ella se iba de farra, sabía que hoy me esperaba alguna sorpresa.

Me ha soltado varias retahílas sobre lo joven que es y lo poco que sale.

Al volver de la calle (que dice que no pisa) ha vuelto a hacer el numerito del desmayo. El primer día me asusté, el segundo sospeché y al tercero ni caso. Al entrar en la cocina y verla tirada en el suelo en pose sofisticada, he abierto el congelador y volcado en

un trapo el agua de unos cubitos de hielo que estaban más blandos que duros.

—El perro se ha escapado, después de buscarlo durante un buen rato ha aparecido de la nada, ha dado un salto a las faldas de tu padre, tu padre le ha pegado en la cabeza con el mando de la tele y ha vuelto a desaparecer —Martita revive de golpe (también), se incorpora, abre mucho los ojos y aprovecho su pronta recuperación para darle el trapo mojado—, así que ya tienes tarea. Te he dejado la comida en la mesa. Hasta mañana, niña.

—Eh..., hasta mañana —ha dicho.

Sé que es inmadura, mentirosa, egoísta, agresiva pasiva de manual. Sé que se escaquea todo lo que puede y lo poco que hace (como dice su padre) lo hace mal, deprisa y corriendo. Pero cada vez que se cierran las puertas del ascensor y la veo despedirse con ese gesto vacío, no viendo más allá, no entendiendo más allá, sin nada en la cabeza que no sea, ¿a quién podría llamar mañana para tomar café?, me siento culpable.

Quizá sea porque soy una vieja que no tiene amigas ni nunca tuvo ganas de tenerlas, porque vivo en mi propia casa, cobro mi pensión, no le debo nada a nadie y, sobre todo, tengo la satisfacción de llevar (y haber llevado) la vida que he querido.

Y ella no tiene nada.

No tiene nada porque es un completo desastre, pero no tiene nada.

Hoy encontré en el congelador una bolsa con cáscaras de gambas y raspas de pescado.

¿Estaré perdiendo la cabeza? Caí inmediatamente. Son de cuando recomendaban que no se bajara la basura todos los días. Llevan ahí

desde el confinamiento. Por no bajar cada día, y que no oliera la basura en la terraza, las congelé.

Si no llega a ser por el susto que nos llevamos con Martita, hubiera sido totalmente feliz aquellas semanas de encierro.

No me cae bien, pero todavía recuerdo cómo contaba las horas junto al teléfono. No sé cómo nombrar aquel dolor, no recuerdo a qué lobo de qué cuento le abrían la barriga para llenársela de piedras. Pues ese lobo con sus piedras dentro se pudría en mi estómago.

Eduardito intentaba animarme.

—El médico se llama Bentabol, ¿verdad que suena a inhalador de eucalipto? No te preocupes, he hablado con ella por teléfono y está feliz, en modo hotel, me ha dicho, le he dejado abajo, a una enfermera, el cargador del móvil que me pidió. Seguro que lo ha agradecido más que las bragas de repuesto que le ha enviado mamá.

—Ya.

Nada podía arrancarme una sonrisa. Ella en modo hotel, presumiendo por wasap de que quizá tenía el virus, y yo con una bola de sebo en el estómago como el dragón del bíblico Daniel, haciéndome la fuerte.

Al final decidí hacer bromas, yo también, y le dije a Eduardito que viniera a por mí, que me iba a meter en el maletero de extranjis para llevarle un bizcocho.

Creo que él también se rio por compromiso.

El virus de la niña resultó ser una bronquitis sin pedigrí.

Mi hermana me dijo que sus vecinas (dos hermanas que parecen estrellas de Hollywood en decadencia) dijeron que había sido gracias a ellas porque habían rezado mucho.

Si cuando muere un paciente es culpa del sistema sanitario, y si sobrevive es gracias a Dios, mal vamos.

Martita volvió sana y salva, exactamente igual que cuando se fue (es decir, sin sentido del humor). Cuando le conté que me iba a meter en el maletero de su hermano para llevarle un bizcocho, me dijo escandalizada (es decir, teatralmente) que me informara porque estaba totalmente prohibido ir dos en un coche y que, en todo caso, tendría que llevar un salvoconducto.

La imagen me pareció impagable. Todavía me río cuando me acuerdo. Un policía abre el maletero y aparezco yo con el chubasquero rojo, abrazada al bizcocho, entregándole un salvoconducto escrito a boli que dice: Señor Lobo, tenga compasión, que el bizcocho es casero.

Fueron días raros. Todo aquel silencio. No pasaban coches. Los Goris ni respiraban. Qué maravilla.

Una mañana, por hablar, le pregunté a mi hermana qué echaba de menos.

Nada, no noto ningún cambio, dijo. Como salía poco, estaba igual. Corrigió, estaba mejor porque ahora tenía el aliciente de salir cada tarde a la terraza a aplaudir. El edificio de mi hermana tiene forma de herradura, se ven con los que viven enfrente. Por lo visto la voz cantante la llevaban unos argentinos que viven en el segundo. Son músicos y tocan por los bares disfrazados de mejicanos (ellos sabrán). Cuando el argentino lo decidía, levantaba los dos brazos y se acababan los aplausos.

Mi hermana tampoco hacía nada que no hiciera normalmente. Yo sí, pero no se lo dije. Una tarde saqué el collar de perlas que heredé de mi madre y desde ese día me lo pongo cada noche para cenar.

Si me muero, elegante.

Cada vez que los miro siento rabia y pena. Hagan lo que hagan.

Por ejemplo, ahora están tan a gusto relamiéndose con las natillas que preparé esta mañana. Él las engulle, ella las saborea. ¿De dónde la rabia? De pensar que podrían haber sido felices, cada uno por su lado, con otras personas. Él con una mujer más expresiva y ella con un tipo más simpático.

Creo que ninguno de los dos quería casarse. Él habría sido el perfecto solterón, con alguna amiga de vez en cuando, mariposeando a lo tonto sin llegar a nada mínimamente serio. Ella, como yo, con un trabajo que le hubiera permitido una vida conmigo, viajar juntas, ver cumplido algún sueño. Los sueños de mi hermana, quién los conoce.

La pena viene después, cuando pienso que no fue culpa de ninguno de los dos, que su vida juntos no es más que lo que les impuso aquella época fea e hipócrita.

Tu hermana nunca me ha querido, me dijo una vez Eduardo (y lo dijo con pena). Tu hermana se casó como hizo la comunión, porque es lo que hacían todas las niñas y todas las mujeres. Y cumplió a la perfección su papel, no digo que no, pero tu hermana no me ha querido nunca.

Eso me dijo. Y no pude responder nada porque estaba de acuerdo. Nunca, ni de novios, mostró ningún entusiasmo. Pasión cero. Es verdad que, cuando me preguntó, la animé a que se casara (y eso que yo era más joven). Pero sin una formación, sin un trabajo, ¿qué otra cosa podía hacer ella más que casarse?

Ahora me arrepiento. Podría haberle dicho, no te cases, con mi sueldo podemos arreglarnos.

En el fondo, no creo que hubiese resultado. Nos queremos mucho pero la convivencia mata lo más sagrado.

Tampoco sé si quería tener hijos. Antes nadie se planteaba nada. Te casabas, tenías hijos y aguantabas lo que viniera. Yo pude haber seguido su estela, muchas de mi generación lo hicieron. Yo elegí el trabajo, la libertad.

La libertad. La soledad.

No me quejo. Me gusta mi vida. No imaginaba este futuro, pero, si miro hacia atrás, me gusta mi vida.

—Las natillas, ¿qué tal?

—Riquísimas.

—Pues mañana arroz con leche.

Al oírlo, mi hermana mira el fondo del bol vacío, lo aparta, se recuesta, cruza los brazos, cierra los ojos y repite con una sonrisa, arroz con leche.

Los miro y pienso, ¿qué ha pasado?, ¿qué os ha pasado a todos?

Hoy le he hecho caso a Vremya, he decidido hacerlo todo lentamente.

Pescado a la plancha, una ensalada de aguacate y una naranja. El pescado en la sartén, despacito, no como otras veces que lo meto en el microondas y me sabe a zapatilla. No me he comido el aguacate con una cuchara, en pie, en cuatro bocados, no, lo he colocado cortado en gajos en un plato. He puesto hasta mantel. Y aquí estoy, sentada frente a la ventana. Y me siento bien.

Hoy no soy un animal, he llegado a pensar por una milésima de segundo. Pero sí soy un animal, lo reivindico. Soy un animal sofisticado.

Me gustaría que alguien, desde esos edificios, estuviera observando con prismáticos cómo como a pedacitos esta merluza con el tenedor y la pala.

Qué bonito es hacer ciertas cosas sin que nadie lo sepa nunca. Esta noche se lo contaré a Vremya.

Mi querido desconocido, hoy te he hecho caso y he pasado una mañana a fuego lento. Un día sin horas. O sin horario. No, sin horas.

El perro temblón de mi sobrina sale a recibirme. Por su reacción cuando me agacho a acariciarle la cabeza sé si tendré que limpiar algo debajo de algún mueble. ¿Dónde está la caca, perro del demonio?

Detrás del perro, Martita con el mismo gesto.

Prefiere que a partir de ahora vaya un señor para quedarse con sus padres. Así descansas, ha dicho disfrazada de cordero.

—¿Un señor?

—Es un amigo, me cobra muy poco.

—Pero ¿un señor?

—Por si se caen y hubiera que levantarlos, los hombres tienen más fuerza.

Está claro que así podrá volver a la hora que le dé la gana, ya que conmigo tiene que estar en casa a las nueve y media.

En un principio me ofrecí a quedarme hasta la hora que hiciese falta, pero se me hacía largo. Además, quiero cenar a mi hora y chatear un ratito antes de irme a la cama.

No entiendo esa vida que lleva. Desde que dijo que se había casado (o lo que fuera aquello), mi hermana no se mete en nada. Como si su hija no vuelve a dormir.

Mejor, dice, más libre estoy. Por eso mi hermana nunca ha discutido con nadie, nunca se ha metido en la vida de los demás aunque saliera perjudicada.

A estas alturas también a mí tendría que darme igual si vuelve o no, o con quién se quede. De todos modos me ha venido bien lo de este señor, protesto por protestar.

Debería alegrarme, pero hay algo que no me cuadra, hay algo que chirría en todo esto. ¿Dónde está la caca, Martita?, ¿dónde está la caca?

Tengo el ánimo fluctuante. Ayer estaba feliz. Mi sobrina dijo que no fuera, que estaba resfriada y se iba a reservar para el fin de semana. Me faltó tiempo para tomar el tren de cercanías.

El sol en la cara a través del cristal, los ojos cerrados como cuando allá por los años setenta tenía una mañana libre y me iba a Torremolinos a mirar tiendas donde vendían vestidos de bambula y zuecos de corcho.

Por primera vez en mucho tiempo pensé que tenía mucha suerte de que, dentro del caos impuesto en el que vivo, tengo algunas mañanas libres y duermo casi todas las noches en mi casa.

¿Qué es lo que llevo mal? Me gusta pasar tiempo con mi hermana. No es eso. Todo se tuerce al abrir la puerta y verle la cara a mi sobrina. Eso es. Su gesto también fluctúa entre el miedo, la seguridad fingida y un toque de desquiciamiento. Miedo a que le diga que no a algo. Seguridad fingida precisamente por ese temor (mejor imponer para que la asustada sea yo). Desquiciada ha estado siempre.

Mi cuñado tampoco ayuda. Siempre hablando mal de mi hermana cada vez que cree que ella está dormida y no puede oírlo.

Pero, quizá, lo que más me molesta es la sensación de tiempo perdido cuando estoy en mi casa. Cuando estoy en mi casa no hago

nada de provecho. Cuando estoy en mi casa siento que mi tiempo es solo tiempo de espera.

Hay casas que están pidiendo a gritos una cerilla.

Mire donde mire, un nido de cables, de pilas, de limas de uñas, de barras de labios a medio gastar, pastillas sueltas, imperdibles, nueces con purpurina, piñas con purpurina, alfileres, rotuladores sin capuchón.

Eso es la casa de mi hermana, una colección de nidos. En eso se ha convertido. Por más que ordene, que meta los bolígrafos en cajas y los sobres del banco en carpetas, al día siguiente todo es vuelta a empezar. Ahora, además, huele a perro.

Me da pena llegar y me da pena irme.

Me daría menos pena si tuviera una cerilla como aquellos otros llevaban cianuro en el dobladillo de la manga.

Me pareció que iba a llover, recogí la ropa tendida y al llevarla al cuarto de mi sobrina, vi en la mesita de noche un folleto de una residencia.

No puede ser. ¿Será capaz?

Mi primer impulso ha sido romperlo en pedazos.

Pues la ropa la vas a doblar tú, bonita. La he dejado de cualquier manera sobre la cama.

Si mi hermana y mi cuñado fueran dos locos agresivos, yo sería la primera en buscar una solución. No sé cuál, pero ya se me ocurriría algo.

No me fío de las residencias. Me pasa lo mismo con los buzones. Por muy amarillos y relucientes que parezcan por fuera, metes una carta y lo mismo nunca llega. Nadie sabe lo que hay dentro de un buzón, una trituradora de papel o ratones.

Con las residencias, igual. Mejor me voy.

—Me voy, que no llego.

—¿Dónde vas?

—A la peluquería, que parezco la perruchi. ¿Te acuerdas de la perruchi?

—¿Que los dueños vivían en un sótano? ¡Qué birria de perro!

—¿De qué raza era?

—¿Raza? —La risa de mi hermana—. Si no tenía nombre, ¿iba a tener raza? Cómo sería de birria que le llamábamos la perruchi.

—Vaya, cómo te ríes conmigo.

—Debo reconocer que eres muy graciosa, muy fea pero muy graciosa. —Ahí se queda riendo a carcajadas. Me llama fea y se queda tan ancha.

Entro en el ascensor y me miro al espejo. Soy, talmente, Fernando el Católico.

Mi cuñado me ha dejado a cuadros.

Suele hablar del universo y de esas cosas. Siempre le pregunto cómo está aunque su respuesta es siempre la misma, muy deprimido, sin ilusión, que ha llegado a la conclusión de que la vida no tiene ningún sentido, que como decía Calderón, que como decía Unamuno, que como decía no sé quién.

Le digo que por lo menos, al ser creyente, tiene el consuelo de que le espera una vida mejor y eterna.

—Yo eso no me lo creo.

—Pero ¿tú no crees en el alma?

—Yo no.

—Pero ¿tú no crees en Dios?

—En Dios sí. Puesto que se ha demostrado que el universo tiene un principio, no tiene más remedio que existir una fuerza o una energía o lo que sea que lo creó todo, y a eso el hombre le ha llamado Dios. Pero eso que llamamos Dios no es el Dios de los católicos, ni el de los musulmanes, ni el de nadie. Sobre esa idea equivocada de Dios, el hombre ha inventado las religiones por miedo, por superstición o por negocio.

A cuadros. ¿Siempre ha sido así y yo no me había enterado o ha sido un cambio de última hora?

Mi hermana, con los ojos cerrados, relajadísima, dice que ella debe de ser muy insensible o muy rara, porque todo eso nunca le ha preocupado. Cuando me muera me enterráis, añade tan tranquila. Y de repente abre los ojos, se incorpora del sillón y remata ufanísima, pero que no pienso morirme nunca.

Mi cuñado siempre había dicho que si el hombre no trasciende la vida no tiene ningún sentido. Nunca me quedó claro si hablaba de una trascendencia del alma o de ser recordado a lo grande. Ya tuvimos una conversación parecida hace tiempo. No sé si recordárselo. Creo que ya entonces no sirvió de nada, como tampoco sé si le serviría una estatua en la plaza de la Marina. Mejor, junto a los columpios, que cambiaran al burrito del parque por él, para que los niños se retrataran. Como si lo viera, con la pose de Jovellanos pero en pijama. Mamá, ¿quién es este señor? Eduardo el *amargao*.

Ya en mi casa, no he podido concentrarme. Cuando he notado que el sol se iba, he cerrado definitivamente el libro que intentaba leer y me he puesto a esperar a que la habitación fuera oscureciéndose. He buscado en esa masa de sombra algo que le sirva a mi cuñado como empujón final. En el fondo me da pena. No es más que un viejo.

¿Cómo inocularle cierto entusiasmo? Podría convencerlo de que, aunque no crea en el alma ni en otra vida a pesar de creer en ese dios (o lo que sea), viva con la ilusión de una posible sorpresa. Esperar una sorpresa es más que no esperar nada. Bah, sé que no me va a servir de nada. Si llego a arrancarle media sonrisa, acabará llenándose de sombras como esta habitación. En cuanto no encuentre la tijera de las uñas en su sitio o vea la blusa del pijama sin planchar, volverá a su mundo lúgubre.

Cuánto me entristece no encontrar en algunas personas esa llave que activaría esa remota posibilidad de felicidad que todos guardamos.

Anoche me tomé un vermú (de más), abrí el chat y le solté a ese tal Vremya que acababa de meter una moneda de Uruguay en el congelador.

No es una moneda redonda, es un dodecaedro, perdón, un dodecaedro no porque no tiene volumen, bueno, volumen sí tiene, un milímetro o dos, como todas las monedas, quiero decir que tiene doce lados, que no es redonda, eso ya lo he dicho, es una moneda de Uruguay con un caballo al trote, al trote o al galope, eso no podemos saberlo porque está quieto, quiero decir quieto en la moneda, da igual, que la moneda tiene un caballo y me la regaló Nandy, Nandy es la aparcacoches de mi calle, me la regaló porque dice que siempre le doy algo, y se encontró esa moneda y pensó en mí, pensó que me traería buena suerte, no es un amuleto, dijo, buena suerte, dijo, y hoy me acordé de esa moneda y de que desde que la llevo parece que solo me pasen cosas malas, así que la he metido en el congelador.

Todo eso le solté a Vremya escrito en bloque. A estas alturas sabrá que he bebido, pensé. Bah.

«Como ves, todo de lo más racional», añadí al ver que tardaba en responder.

«Meter un objeto que trae mala suerte en el congelador es extremadamente racional», dijo al fin.

Me quedé en la gloria. Después hablamos de Uruguay, bueno, habló él porque había estado o quería ir, no me acuerdo.

Uruguay es el mejor país, le dije, y nos despedimos.

Supongo que esa especie de paz es la que sienten las beatas cuando van a confesarse a una iglesia que no es la suya con un cura que no es el suyo.

Al día siguiente se lo conté a Marcos.

—No lo dejes escapar.

—¿Pues sabes qué?, me decepcionó. Si de verdad cree que un objeto puede traer mala suerte...

—Habla la que congela monedas.

—Es distinto, lo mío fue por jugar, yo no creo en nada. No me mires así. No tenía que habértelo contado. Cuando llegue Javier, chitón. Secreto de confesión, don Marcos.

—Lo que tú digas. *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris...*

—Ay, mira, déjalo. Dime una cosa, ¿de verdad crees en Dios? —Por su cara, lo he pillado por sorpresa, traga, tose—. Quiero decir si crees como Marquitos, no como don Marcos, ya me entiendes.

Se alisa la pechera, después la frente, baja los ojos.

—Cada día menos.

No decimos nada durante un rato. No me atrevo a preguntar desde cuándo, si mientras fue capellán o después de jubilarse.

—De niño, ¿pensaste alguna vez que llegaríamos a esta edad?

—Esas cosas no se piensan de niño, ni siquiera de joven.

—Tú solo pensabas en Dios.

—Tampoco. Yo pensaba en una vida tranquila, en comprender el mundo. Comprender el mundo para llevar una vida tranquila, más bien. Y después el sol en la cara, pasear sin prisa, leer para seguir comprendiendo.

—¿Cuándo te llegó la vocación?

—Vocación es mucho decir. Cuando mi padre murió y mi madre se fue a vivir al campo como una indígena, cuando mis hermanos dejaron de necesitarme, me vi en el aire. No levitando, cayendo. No sé cómo me vi. Sentí que necesitaba algo urgentemente, algo real.

—Hombre, real real...

—Ya me entiendes. Me puse a leer. Más a estudiar que a leer. Y aquí estoy.

—Pues estamos buenos. Yo estoy jugando a *San Manuel Bueno, mártir*. Intentando devolverle la fe a mi cuñado. La ha perdido precisamente ahora que es un vejestorio, cuando más se necesita. Le digo que crea, que él qué sabe, que igual se lleva una sorpresa. ¿Hago mal?

—¿Esto qué es, otra confesión?

Ayer, observando a mi cuñado como si yo fuera Félix Rodríguez de la Fuente y él un animal enfermo, me di cuenta de lo básico que es. Teniendo cubiertas tres necesidades es feliz (feliz no, dejémoslo en calmado): hacer caca a diario, sentirse limpio y obtener respuestas concretas.

Así de fácil es llevarse bien con él. A mi cuñado no le valen las respuestas de Martita, como cuando le pregunta, ¿a qué hora vuelves?, y ella responde, cuando llegue.

Los dos, mi hermana también, se han infantilizado. Ríen como niños cuando les cuento anécdotas bobas, como que el gato del vecino se orinó en el portal y me miraba con gesto avergonzado. Cosas así.

A mi hermana la tengo que llevar a hacer pis ofreciéndole bailar la conga por el pasillo, porque si no se pasa el día en la butaca y capaz es de hacérselo encima con tal de no levantarse. También hace como que baila sevillanas, sin moverse del sillón, cuando le hago la manicura.

Tengo dos bebés gigantes, les digo, y se ríen. Y así todo.

Al pasar por la puerta del chino he visto unos cestos colgados de unos ganchos, y uno de esos cestos me ha hecho soñar. Soñar, ¿con qué? Quizá con otra vida, una vida de días ociosos de playa o simplemente días de verano que parezcan verano, porque hay días de julio que parecen un zulo en invierno. Quizá me hayan hecho soñar con otra edad, volver a tener, no veinte, cuarenta años, cuarenta están bien. Con veinte no sabes dónde tienes la cara, pero con cuarenta estaría todavía fresca y fuerte, segura, y pasearía feliz con mi cesto al hombro.

Buenos días, caballero, ¿ha visto qué cesto más hermoso?, pues no llevo nada dentro, solo lo paseo por el gusto de lucirlo, como yo, que paseo sin rumbo por el placer de andar sin tener que correr de un lado a otro a atender enfermos ni aguantar monsergas.

Eso le iría diciendo a todo el mundo con mi cesto de cinco euros.

Dice mi cuñado que se le hace largo.

—¿El qué?

—La vida.

No sé ni para qué pregunto.

El tiempo pasa volando cuando lo divides, le explico.

—Por ejemplo, el día ideal es el uno de cada mes, ahí empieza todo de cero. Si has hecho algo mal no te mortifiques, como otros van al confesionario cada domingo, espera al día uno de cada mes para absolver al mes anterior. Si treinta días te parecen muchos, espera solo quince. —Ha cerrado los ojos—. Yo el quince de cada mes hago inventario. Antes tenía un libro diario y un libro mayor, como los contables, pero desde que vuestro niño me enseñó a usar una hoja de cálculo todo es mucho más fácil. —No me hace ni caso —. El ordenador y el móvil también hacen que el tiempo vuele. Te sientas a mirar cualquier cosa, juegas dos o tres veces al solitario, y ya es la hora de cenar.

—Pues a ver si te callas un poquito hasta la hora de cenar — remata mi hermana con los ojos también cerrados.

Quiero volver a mi casa, donde me espera la arena.

Qué canciones más tristes pone Eduardito. Para más inri, en vinilo, con sus saltos y ese arrastrar un saco de huesos por un camino de gravilla. Y es que ha sacado del trastero el equipo de música, unos discos, y lo ha traído todo a mi casa. Seguramente le ve las orejas al lobo y quiere salvar algunas cosas por si a su hermana le da por tirar a lo loco.

Se ha sentado frente a mí y escucha con la postura de *El pensador*. Después ha resoplado.

Te acompaño, ha dicho y me ha dejado en casa de sus padres. Allí se ha quedado el equipo, en mitad del salón. Esta noche lo empujaré hacia cualquier lado, vaya que me tropiece.

Mi hermana y mi cuñado siguen durmiendo. Mientras preparo las bandejas del desayuno pienso, yo también quiero volver a mi casa donde me espera un reloj de arena que acabará por tragarme.

Sé que me hice vieja porque ahora prefiero los días de sol. Vuelvo feliz de mi caminata.

Me gusta mi jardinero. No es mío, es el jardinero de los bloques de al lado. Me gusta porque pensamos igual sobre temas importantes. Cada vez que nos encontramos ahondamos un poco más. Hoy, no sé cómo, empezamos a hablar de los hijos y terminamos hablando del suicidio. Me cuenta que él tiene claro que no piensa suicidarse, que le gusta esto (y mira a su alrededor, las palmeras, el cielo).

—Cuando la crisis se suicidó mucha gente, como ese que se ahorcó en la autovía.

—¿Cómo?

—Hasta para suicidarse hay que tener cabeza, ya podría haberse ido al campo y colgarse de un olivo, no ahí, para que lo vieran todos los coches.

No quiero ni imaginar, pero imagino y veo. Aprieto los ojos para borrar algo que no he visto.

—Para suicidarse siempre hay que esperar al día siguiente —digo sin convicción—, hay que esperar aunque sea por curiosidad.

Sobre los hijos, hace tiempo me contó que su mujer y él habían adoptado a un niño. Hoy me preguntó si yo tenía hijos. Cuando me preguntaban eso mismo de joven, respondía que el mundo no estaba como para traer a nadie más, pero ahora digo la verdad: me gusta estar sola.

—Los que no quieren tener hijos para poder salir y hacer lo que quieran tienen un nombre, pero no me acuerdo.

—¿Egoístas? —digo, y se ríe.

—Búsquelo, búsquelo.

Iba a decir que la luz, cuando me voy a la cama, es extraña. Pero no es verdad.

Primero enciendo la lámpara de la mesilla de noche, desembozo la cama y después voy a cepillarme los dientes. Llevo un vaso de agua desde el baño y camino diez pasos como un penitente. Siempre temo derramarla, imagino que es un cirio y la cera líquida dejaría marca en el parqué.

La verdad es que es extraño todo, no la luz. Es extraño el momento aunque cada noche sea el mismo. Entro con mi cirio particular en esa penumbra anticipada y, siempre siempre, desde hace más de cincuenta años, pienso que quizá podría aparecer por arte de birlibirloque alguien esperándome. No es que lo desee, pero alguna vez habría estado bien. Por variar.

Quizá sean estas rayas que marean, como dice mi hermana, las culpables de tanta *chalaúra*. Mi cama parece la carpa de un circo. Vi la loneta azul y blanca, y pensé en la playa del Lido, en sus casetas tan alegres y elegantes. Para una cortina, me dije. Acabó siendo la colcha.

Un poco sí que marean. No sé cómo hay gente que gasta dinero para drogarse pudiendo hacerlo gratis mirando una colcha.

Mi única droga es el vermú. Yo me creía inmune a los anuncios, pero esas muchachas felices brindando cerca del mar, con el sol tan redondo de fondo, me cautivaron. Qué gratas mentiras venden los anuncios. Te dicen, esto será tu vida si compras vermú. Y lo compré.

Y allí estaba yo, en mi cocina, brindando con las sardinas del imán de espetos que me regaló mi sobrina. Por vosotras, sardinas ensartadas.

Las compañeras se reían de mí si alguna vez accedía a tomar algo con ellas después de las clases. ¿Unas copichuelas?, decían. Y yo pedía café con leche. Qué pazguata. No había descubierto el vermú. El primero lo compré en el supermercado. Ahora lo compro a granel. Comprar a granel. Me gusta cómo suena porque me recuerda a cuando acompañaba a mi padre al estraperlista. También me da pena y a la vez me fascina la palabra estraperlista. Acompáñame al estraperlista, decía mi padre, y me faltaba tiempo para ponerme los zapatos. La primera vez pensé que íbamos a la cueva de Alí Babá. Menudo chasco. Aquello no era más que un mostrador bajo el hueco de una escalera. Pero he tenido suerte de conocer todo eso.

¡Yo he visto cosas que vosotros no creeríais (gritaría desde mi ventana), he ido al estraperlista y ahora navego por internet cada noche!, ¿cómo os quedáis, milenials que no queréis tener hijos?

Me casé con un enano, salerito, para hartarme de reír.

¿Y qué hacer cuando despiertas con una canción en la cabeza y ya no te la sacas en todo el día?

Me casé con un enano, madre mía, y protestarán ahora cuando no decimos vosotros y vosotras. Al final va a tener razón el rijoso del tenor ese cuando dice que las reglas y valores por los que hoy nos medimos son muy distintos de los del pasado.

Pues nada, que siga la fiesta, a mandar otra vez pelirrojas a la hoguera. Por cierto, a ver si me tiño.

Mi hermana tiene los ojos cerrados. La miro respirar suavemente. Mi cuñado casi ronca con la cabeza hacia atrás y la boca abierta.

Cuánto le molesta a mi hermana que no la cierre. Cierra la boca, Eduardo, que pareces tonto, le dice muchas veces. Yo meneo la cabeza a modo de regañina (no le hables así, mujer) y ella, sin decir nada tampoco, encoge la nariz para hacerme callar lo que no he dicho.

Los miro. Parece que he respirado más fuerte de lo normal porque mi hermana ha dicho, vives en carne viva. Lo ha dicho con los ojos cerrados, como una médium.

Lo llevo en el ADN, cuando me noto en carne viva pienso en Bukowski, le diría.

—Hay un escritor que dice que hay que ser un gato. También dice, lo que más me gusta es cómo caminas sobre el fuego. Ojalá pudiéramos sumar esas dos cosas, ser un gato que sabe caminar sobre el fuego, ¿te imaginas?

—Tú y tus escritores. Tú sigue así que vas a acabar como este, con la boca abierta.

A mi hermana nunca le gustó leer más que revistas, y solo por las recetas. Con lo inteligente que es. Yo soy práctica, solía decir, tú sigue soñando. Quizá no pudo ser otra cosa. Eran otros tiempos, le vino una hermana a la que cuidar cuando tenía once años. No tuvo elección. Aunque también habría podido abandonarme y hacer su vida.

—Hermana, eres la mujer más buena del mundo.

—Si vas a empezar a hablar como una telenovela, mejor te quedas en tu casa.

Esa es mi hermana.

—¿Sabíais que hay tres tipos de lágrimas?

—No me digas —ha dicho mi hermana sin abrir los ojos, sin entonación ni interés.

—Lo dice aquí. —Yo a lo mío, para que no se pase la tarde durmiendo—. Basales, reflejas y emocionales. Las basales mantienen los ojos húmedos, las reflejas son provocadas, como cuando picas cebolla, y las emocionales dice que sirven para comunicar nuestros sentimientos.

—Yo hace mucho que dejé de picar cebolla.

—Aquí dice que no parece haber ninguna razón científica que explique el vínculo entre las lágrimas y los sentimientos, y que en esa incógnita reside su belleza.

—Sí, con ojos de croque está una bellísima. ¿Y los que lloran solos con quién se comunican? —le ha faltado añadir, bah, y a mí preguntarle si ella llora a escondidas, si toda esa indiferencia es solo fachada.

—Mamá decía mucho eso, ojos de croque, pero nunca he sabido qué es.

—Un pescado —apunta Eduardo.

—Aquí dice que las lágrimas de alegría son las más complejas, las más maduras.

—Pues cállate un ratito, doña Madura, que quiero dormir.

Los dos esbozan una sonrisa de conejo. Los dos tienen los ojos cerrados. Para una vez que están de acuerdo, y sonríen a la vez, no se enteran.

En esta casa hay demasiados muertos vivos.

No lo he dicho en alto, pero me he quedado con las ganas de decírselo a esa que me mira fijamente desde el espejo del ascensor.

Mañana será otro día.

Eso sí se lo he dicho en alto.

Esto es lo que nos ha traído la democracia, dice mi cuñado.

Ya ni lo miramos. Las setecientas mil primeras veces se las he replicado todas. Mi hermana ni eso, se ve que es más inteligente que yo. No creo que lo haga para provocarme, simplemente es tonto. La usa como comodín para cualquier cosa, ya sea la subida del precio de la luz o que un mono se ha escapado del zoológico.

Como no le hacemos caso, repite la frase dos veces más. No sé, ni quiero saber, a qué viene hoy.

Qué pena los cobardes. Los cobardes no aprecian la libertad. Una vez se lo dije. Le dije que la libertad era lo único. Respondió que la libertad no servía para nada, que lo único que importaba en la vida era tener trabajo, dinero y poder ponerte un reloj de oro sin miedo a que te lo robaran.

Además de cobarde, hortera.

Qué poca vista tuve al animar a mi hermana a que se casara con él. Una vez le pregunté si era feliz y dijo que sí, que lo normal, como todo el mundo. La verdad es que la miro y no parece sufrir, ni siquiera ahora que con noventa y cuatro años tiene un pie en el otro mundo. Siempre lo ha asumido todo con generosidad y elegancia. Hasta cuando Pascual nació muerto.

—Qué inteligente eres, hermana.

—¿Yo? —se ríe.

Mi cuñado nos mira con un ojo entornado, como miran los cobardes, sin comprender nada.

Sobremesa de domingo. Pongo la tele. Caserón con macollos de flores que parecen silvestres simétricamente puestos a cada lado de los escalones que suben a un espacio acristalado para quitarse los zapatos antes de entrar.

Miro el hall de la casa de mi hermana, muy parecido al mío (pero con más polvo). Espejo ovalado sobre mueble pasado de moda con tapete, bandeja rectangular de plata (regalo de boda, seguramente) para dejar las llaves (llaves no hay; una pila, un imperdible, un tapón de sidra) y el quinqué de la casa de mis padres.

El quinqué ¿tiene bombilla?, pregunto, pero no sabe. No sabe ni de qué quinqué le hablo.

—El del hall.

—¿Hall? La entrada.

—Mamá lo llamaba así.

—Mamá tenía muchos pájaros en la cabeza. También solía decir que dejáramos los abrigos en el *closet*. Ya ves tú. Ah, dices el quinqué de mamá. Bombilla no sé si tiene, está como llegó, no lo hemos usado nunca. ¿Lo quieres?, llévatelo.

No puedo decirle que ese quinqué me da pena, no es pena, es algo más, una tristeza muy honda, una soledad muy amarga se cuece en mi estómago cada vez que lo miro. El trapo del polvo tampoco lo has usado nunca, estoy a punto de decirle.

—Gracias, pero aquí queda mejor. ¿No te gustaría tener una entrada, como en esa película, para dejar los zapatos?

—Tú también vas bien servida de pájaros. Calla y sigue viendo tu peliculita.

En esas peliculitas el caserón suele estar junto a un lago, y el lago tiene embarcadero. Cuánto me gustan los embarcaderos.

Después de ver unas cuantas, hasta yo sería capaz de escribir los guiones. Chica y chico se cruzan en un mal momento (motor que

echa humo, pinchazo, adelantamiento peligroso, atropello sin consecuencias). El chico suele parecer un gañán, pero a los diez minutos se revela como dueño de un banco, millonario venido a menos o artista emergente. Y llega el drama, algún secreto, alguna sospecha (podrían ser hermanos o hasta el jovencísimo amante de su madre). Padres e hijas que se detestan pero al final se entienden con una mirada, adolescentes y hasta niñas sensatas de cinco años, hermanas que se adoran y abrazan aunque una le haya birlado el novio a la otra justo antes de subir al altar, finales felices para los traicionados, los abandonados, incluso para los que yacen en sus tumbas.

—Te parecerá más digno ver programas de cotilleo. En estas peliculitas, como tú las llamas, hay actrices y actores que ya quisiera Hollywood. ¿Sabes cómo se sabe si lo hacen bien?, le quitas la voz a la tele. Haz la prueba.

—Esta ya la han dado. —Vuelve a cerrar los ojos.

—¿Habrá pobres en esas ciudades?

—Tus peliculitas son los nuevos cuentos de hadas. Cómo te gusta perder el tiempo.

Cuentos de hadas para viejas que nunca soñaron ni creyeron en nada y ahora desean creer en cualquier cosa, pienso antes de cambiar de canal.

Mi sobrino me llevó a ver los fuegos. Lo acompañé por no hacerle un feo, pero fuegos artificiales ya he visto muchos y no me gustan, me producen desasosiego. Primero la luz, después el ruido, y otra vez la luz que parece que va a durar siempre pero dura unos segundos, se estira y se apaga, y esas esferas que parecen formar en el aire,

cuanto más grandes, más desasosiego. Desasosiego porque querrías que duraran para siempre, pero se desvanecen.

Tienen algo de *petite mort,* dije sin mirarlo.

Él no dijo nada. Me puso la mano en el hombro y no dijo nada.

Esa pareja, él trece, ella once, ella que se cansa y él, con solo una mirada, comprende y se agacha para cogerla a caballito, y él dice, aquí me estoy agobiando, prefiero ir a la piscina que ir a la feria, yo también, dice ella, y él dice, para el día 22 tendré dinero, tendremos comida, la nevera llena, podremos hacer lo que queramos, el día 22 tengo que estar a las diez allí donde te dije, dice ella, y él dice, yo te acompaño.

Después siguen su camino en silencio, ella bien agarrada a su cuello y él con los brazos bien sujetos a sus piernas.

¿Qué es el amor? Existir existe y sé que comienza sin más y porque sí, como imagino el principio del universo. Pero ¿cuándo deja de ser amor y se transforma en otra cosa?

Quiero a mi hermana, quiero a mi sobrino. No quiero a mi sobrina, no quiero a mi cuñado, solo me dan pena. Los he maldecido muchas veces. Sobre todo a ella. Todos pensamos que nos estorba aunque no digamos nada. No ha aportado nada bueno a esta familia. Sin embargo, no quiero que le pase nada malo. Incluso suelo desear que le pase algo tan bueno, tan tan bueno, que la saque de nuestras vidas para siempre. Saberla sana, feliz y lejos. Sobre todo lejos. Recibir una postal suya al año, dando señales de vida, sería más que suficiente.

Una vez leí que el amor a medias era el peor de todos. Tener que decir en alto lo estupenda que eres para que alguien te quiera. Tremendo. Supongo que eso solo tiene que ver con el amor romántico. La gente cree que si no tienes pareja no eres capaz de amar.

También leí una vez que no somos felices porque creemos que no nos quieren como merecemos.

—Mucho rato llevas tú callada.

—Marquitos, si no me sales con lo de la caridad te pregunto qué es para ti el amor.

—Si lo sé no abro la boca. Contigo es imposible tomarse un café tranquilo.

Un hombre sentado al borde de la fuente (pantalón remangado, camiseta de tirantes y las manos apoyadas sobre las rodillas abiertas) le dice a otro que llega con cara de sueño:

—Qué, ¿tú tampoco has podido dormir?

—Nada, los rocieros toda la noche con los bongos.

Los bongos, esa es buena. Llega a pasar un rociero en ese momento, oye llamar bongos a sus reverenciados tambores y la que se hubiera liado.

La vida es esto, mascullo al buscar la sombra junto a la tapia. Por eso madrugo y salgo con una hora de antelación para ir a casa de mi hermana. Siempre por caminos distintos, por el camino más largo, por el camino de las conversaciones de amueblamiento, el camino de las terrazas de los bares de barrio que no son terrazas, que son la acera misma, con palomas al acecho bajo las patas de las mesas y los alcorques llenos de colillas, y esos gatos soñolientos que pasan de largo como si la vida de los humanos no fuera con ellos, y el

dormitorio completo de un niño junto a los contenedores, y esa señora enorme que pide sentada en una silla de comedor a la puerta del supermercado, y hasta la silla vacía asegurada con cadena y candado cuando ella marcha a su casa a contar monedas.

Este es mi camino de la vida a la muerte. Cada día me cuesta más. Saber que es un día más para mí y uno menos para mi hermana.

—¿Ya estás aquí?

—En mi casa no hacía nada —le digo, y recuerdo de repente algo que leí hace años: las mujeres mienten por el camino más largo.

Me gusta la palabra atorrante. Suena bien. Aquí no se usa. Atorrante me recuerda a mi madre porque decía que le gustaba el pan torradito.

Hoy le he dicho a mi cuñado, Eduardo, eres atorrante, no me extraña que Martita huya, cualquier día no vuelve, y yo ya no estoy para cuidaros, así que cuidadito que nos veo a los tres en una residencia.

No ha dicho nada. Es un consentido, mi hermana siempre le ha seguido el cuento y así le va. Desde hace poco le contesta. Desde la falsa boda de Martita, además de indiferente se ha vuelto un poco agresiva. Y la memoria le va a ratos (cuando le interesa).

Hoy mi cuñado ha entrado en bucle a cuenta de la bombona. Habría que llamar ya para que traigan una. Habría que: sus dos palabras favoritas. El imperativo que se lava las manos.

Papá, hay dos puestas, la de la cocina y la del calentador, y dos llenas, la de la terraza y la del pasillo. Nada. Papá, si vienen no tenemos una vacía para darle. Nada. Y Martita, harta, ha pedido una bombona.

Cuñado, ven, ¿ves el tapón con el precinto?, llena; ahora vamos a la terraza, ¿lo ves?, llena también. Así que Martita ha vuelto a llamar para anular el pedido. A los cinco minutos, han llamado ellos. Que cuál era el motivo de la cancelación. Que mi padre es tonto, tenía que haberles dicho.

Evité cruzarme con una vecina. No hubo manera. Cada tres pasos se paraba a saludar a alguien. Acabé por alcanzarla.

¿De la compra?, digo (por decir algo) señalando su carrito.

La compra la pide su hijo por internet y se la llevan a casa, el carrito lo usa de andador, por eso no lo arrastra, lo empuja, para que sea más estable le mete dos botellas de agua de litro y medio a las que ha quitado la etiqueta por si entra en alguna tienda, no vayan a creer que las ha robado.

Lo dice mirando a un lado y a otro por si llega alguien más a quien saludar. La miro de arriba abajo. Antes no se arreglaba. Ahora lleva el pelo blanco reluciente con un corte moderno, gafas de sol color violeta, calcetines tobilleros y tenis con velcro.

No usa andador porque eso es de viejas, nunca fue coqueta, aclara negando con el índice delante de mis narices (como si quisiera hipnotizarme), pero desde que le pasó lo que le pasó le gusta arreglarse y está aprendiendo a vivir (no sé qué le pasaría ni se me ocurre preguntar). Avanzamos juntas unos metros, se para a saludar a un señor que arrastra a un perro que, por la postura y resistencia que opone, se ha quedado a la mitad de hacer sus necesidades. Aprovecho y me escabullo con la excusa de que llevo congelados (mentira).

—Vengo de buscar un asiento más alto para el váter porque me cuesta mucho levantarme. Esta semana cumplo ochenta y tres.

—Pues no lo diga —dice el tipo.

El perro ladra lastimero y no me queda claro si lo que el tipo no quiere que diga es la edad o que airee sus intimidades de tocador.

—Cincuenta y cuatro años ya en el barrio.

Casi me vuelvo. Echo cuentas. Llevo los mismos, tenemos la misma edad, seguramente somos las veteranas del bloque. La Tere y nosotras.

Me miro en el espejo del ascensor. Yo no llevaré gafas de sol ni calcetines tobilleros, pero no necesito andador ni carrito ni alza para el váter. De espaldas puedo pasar por setenta. Setenta y tres.

Hoy me ha vuelto a tocar bajar andando.

No sé qué pasa en el segundo, si es la puerta del ascensor o la desidia de los vecinos. Suele quedarse entornada. Hoy tenía el día coceador y he vuelto a casa a escribir una nota con letras mayúsculas y rotulador rojo. Cuando he bajado al segundo, en vez de meterme como otras veces, he pasado de largo dejando la puerta abierta, como estaba. Los de más arriba se van a poner negros, pero cuantos más protestemos, mejor.

Dejé la nota en la vitrina del portal y me fui a la compra, satisfecha.

Al volver, no me lo esperaba, el ascensor seguía donde lo dejé. He caído en mi propia trampa. Castigo de Dios, habría dicho don Marcos. El karma, me diría Martita. Karma no sé, lo que tengo claro es que si no pensamos en las consecuencias de nuestros actos nos tocará subir la compra a pulso.

Cuando le he contado a mi sobrino el episodio del ascensor, se ha burlado de mí.

Y tú que creías que por tu buena obra de anoche el karma te iba a sonreír, dice.

Mi buena obra de anoche no fue tan buena. Volvía de la casa de mi hermana y decidí no tomar el bus porque las noches de verano parecen inofensivas. Además, como es feria, había mucha gente por la calle. A mitad de camino veo unas piernas en la acera. Una chica monísima (minifalda de volantes con lunares, flor de pinza en el pelo) tirada en el escalón de un portal.

¿Estás bien? No estás bien, digo, y la chica niega con la cabeza sin mirarme. Le pregunto si ha bebido. Solo una copa que le dio un chico, solo una, y de repente lo vio todo negro, se despertó y el chico tiraba de ella. No recuerda más.

Voy a llamar al 112, digo, y me grita que no llame. Se echa a llorar. Solo quiere subir a casa, que ese es su portal, que vive ahí, que ya ha llamado a un amigo para que venga. Miro hacia un lado y otro de la calle, nada. ¡Váyase!, me grita.

Si me voy, tienes que esperar a tu amigo dentro del portal, le digo al ver sus muslos abiertos.

Me tiende las llaves, abro, entra arrastrando el culo hacia atrás. Me tiende su móvil, quiere que llame a su amigo, a ver por qué tarda tanto. Lo llamo. Le cuento. Estoy llegando, dice. Y llega (en pijama). Le explico lo que me ha dicho y que no quiere que llame al 112. ¿Y qué hacemos? Yo llamaría, pero ella no quiere. El chico cabecea, no dice nada. No sé hasta qué punto son amigos porque cuando ha llegado no se ha acercado a consolarla.

¿La subo y le doy una ducha? Al oírlo, la chica reacciona y dice que solo quiere irse a dormir.

Yo no la manipularía mucho, puede que mañana decida ir a denunciar, le digo mirándolo a los ojos para que entienda lo que le estoy queriendo decir.

Y allí los dejé, en el portal. Y no fue una buena obra como dice Eduardito, ni siquiera una obra, fue una intervención a medias. No pegué ojo. Tenía que haber llamado al 112.

Todo es teatro, escribió Vremya la otra noche para despedirse. Menudo es. Hablamos de cosas, jiji, jaja, y justo antes de cortar siempre suelta algo enigmático que me deja mirando la pantalla muda del ordenador como una idiota.

Creemos saberlo todo de los demás. Opinamos, envidiamos. Vemos a una pareja, mira qué bien se llevan, toda la vida juntos, cuánto se quieren.

Todo es teatro, pienso ahora al ver a mi hermana echando una cabezada después del desayuno, y a mi cuñado con los ojos cerrados pero despierto (según él).

Mira qué bien se llevan, toda la vida juntos, cuánto se quieren. Tururú.

Se soportan, y mucho es. En algún momento, me juego la vida, hubo una milésima de segundo en la que alguno de los dos pensó, ¿qué hago yo aquí? Pero cualquier cuestión cotidiana (hay que pedir butano, voy a tirar este par de calcetines así que cuando puedas me compras otros, la niña tiene sarampión) te devuelve al redil de los días. Y tampoco estamos tan mal, por lo menos no bebe, no es mala persona, los niños todavía son pequeños. Y va pasando el tiempo, y qué pereza mover trastos y papeles. Y total, ya, ¿para qué?

Para ser felices.

Porque solo hay una vida y es esta. Eso les habría dicho si me hubieran preguntado, si yo no hubiera creído saberlo todo de ellos. Bendito teatro en el que se sustentan las familias felices.

Y ahí están, muertos en vida, como dice mi cuñado. Con la losa de no haber perdido la cabeza del todo, siendo conscientes de que se han equivocado, que hubo un momento en el que un pequeño gesto de valentía, unas palabras sinceras y serenas hubieran cambiado sus vidas. Pero ¿hasta cuándo? Porque todo se gasta, y esa otra vida, esa otra familia que hubiesen formado también se habría descompuesto al cabo de un tiempo. Teatro y más teatro.

Los miro y me pregunto, ¿ahora mismo estoy actuando?, ¿para quién actúo yo? Se supone que soy libre porque nunca dependí de nadie, trabajé, viajé, nadie me dio órdenes, pero mi vida, ¿qué es?, ¿también teatro?, ¿teatro cuando camino erguida hasta la frutería para que no me echen la edad que tengo?, ¿teatro cuando me acuesto pensando lo bien que estoy sola sin aguantar a un hombre roncando a mi lado ni sudando sobre mí?, ¿teatro cuando canto los buenos días al entrar en esta casa que me asquea, o despido con sonrisa de conejo a mi sobrina, y al cerrar la puerta le deseo para mis adentros, ojalá revientes?

Maldito seas, Vremya, maldito seas.

Mi cuñado me ha dicho muchas veces que él nunca ha sido de mucho rezar, pero que desde hace poco reza cada noche para no despertarse.

Unas veces le digo que estarán un poco sordos o muy ocupados ahí arriba; otras, que siga rezando.

Mientras quito los platos me acuerdo de mi amigo Francis. Francis tenía un hermano con el que no se llevaba ni bien ni mal. Le

detectaron un cáncer, pensaron que se moría, pero lo superó con creces. Una de esas historias que te cuentan en una película y no te la crees. El hermano de Francis llegó a participar en un Ironman y quedó segundo. Empezaron a citarse cada jueves para comer, recordar viejos tiempos y, sobre todo, para reírse. Descubrieron lo bien que se llevaban.

Un día, el hermano de Francis le dijo, estoy en coma. Estoy en coma y todo esto es un sueño. Todo lo que ves a tu alrededor, mi vida, tu vida, todo lo bueno que nos pasa, está pasando dentro de mi sueño.

Eso le dijo y le regaló una pulsera. Le pidió que no se la quitara nunca (él llevaba puesta otra). Le dijo que mientras las llevaran permanecerían en ese sueño.

Todo eso sería de lo más normal si hubiesen sido aficionados a *Cuarto Milenio.*

Pero no, son las personas más racionales del mundo.

Cuando me lo contó, recuerdo que le dije que le pidiera a su hermano otra pulsera para mí.

Tengo que llamar a Francis, a ver si su hermano sigue soñando.

Hasta donde me alcanza la memoria siempre ha habido un día de agosto en el que al ducharme he sentido frío. Ese día ha sido hoy. A partir de ese momento dejo de sentir calor aunque los termómetros sigan marcando treinta y cuatro grados.

—Se acabó el verano, hermana.

—¿Todavía sigues con eso?

Cuando quiere se acuerda de todo.

¿Y si fuéramos todos inocentes?

Hoy quise ser yo la enigmática, la que dejara a Vremya fuera de juego.

Habíamos estado hablando de la culpa, de lo mal que me siento cada noche cuando me meto en la cama, aunque crea que merezco descansar porque he pasado todo el día en casa de mi hermana limpiando, organizando, haciéndolos reír.

¿La culpa va por otro camino? Hay personas que se sienten culpables por el simple hecho de nacer con la vida resuelta. Supongo que de esa culpa surgen esas personas que teniéndolo todo luchan por quienes no tienen nada. Qué mérito. Yo no lucho, solo me entran ganas de gritar.

¿Qué es mi hermana, gritona o luchadora?, ¿por qué nunca hemos hablado de nada de esto?, ¿por qué nunca hemos hablado de nada serio?, ¿por qué sigue siendo un misterio para mí?, ¿siempre fue así?, ¿mi hermana se dejó llevar cómodamente para no pensar? Ahora dice que no quiere pensar y la entiendo, quizá nunca quiso. No voy a juzgar a mi hermana. La quiero sin condiciones. Mi hermana es inocente.

A Vremya no le conté nada de esto, solo le dije que me sentía culpable de no hacer lo suficiente.

Respondió lo esperado, que no le diera vueltas, que demasiado hacía para la edad que tengo. Y fue cuando pensé, hoy vas a ser tú quien se quede pasmado ante el monitor.

¿Y si fuéramos todos inocentes?

Escribí mi pregunta y me dispuse a desconectar. Justo antes de hacerlo, él escribió: Zavattini.

Así, no hay manera.

La mentira es algo que se esconde para no tener que existir.

Como te pongas a analizar letras de canciones, mal. Eduardito solía cantarla mucho de joven. Hoy no me la saco de la cabeza.

Si me encontrara a Santiago Auserón le diría, ven hijo, ven. Ahora que eres un hombre, ¿sigues pensando que la mentira es algo que se esconde? Se esconden los mentirosos, pero es la verdad lo que se esconde bajo el manto de la mentira.

Con los poetas hay que hablar así. Lo del manto solo lo diría para que me tomara en serio y no pensara que solo soy una vieja loca.

Por la noche, después de soltarle una parrafada (de nuevo provocada por exceso de vermú), Vremya escribió:

«Todos mentimos, querida.»

«Todos no. Mi hermana no miente.»

«Si no recuerdo mal, alguna vez has dicho que tu hermana evita la confrontación, que en vez de contestar canta o calla, y callar es una manera de mentir, si me apuras la peor. Es la mentira de los cobardes y de los que no tienen imaginación. Estoy seguro de que tú también prefieres una buena historia, por falsa que sea, a la verdad.»

Sentí ira y cansancio. Si llega a añadir otro querida le escupo a la pantalla.

¿Mi hermana no miente? Pues claro que miente. Miente cada vez que cierra los ojos y dice que todo le da igual, miente cuando cambia de tema y acaba riendo a carcajadas para que olvidemos que estábamos criticando a su niña.

La risa de mi hermana.

No, la risa de mi hermana es limpia incluso cuando la usa para esconder algo. No, Vremya, no, eso no es mentir. Mi hermana no miente cuando ríe.

Marquitos va a acabar por odiarme. Todo lo malo se lo cuento a él.

Le hablé de la verdad y la mentira, de mi desasosiego, que de joven leer me acompañaba más que cualquier persona, y que ahora no, que ahora no encontraba ningún libro que me consolara.

«Hace tiempo leí a alguien que decía, la verdad radica en la autenticidad del sentimiento. Por eso, cuando leo, busco desde el primer momento, más con el olfato que con el intelecto, el aroma que desprenden sus palabras, ese perfume, a veces carísimo, que han ido destilando a lo largo de sus vidas, y me interesan aquellos escritores, casi inevitablemente de cierta edad, que parecen haber alcanzado esa transparencia poco frecuente, esa claridad emocional que guía su inteligencia y marca el ritmo y el tono de su discurso, esos escritores que, habiendo encontrado ese lugar real desde el que escribir, encajan en el mundo y viven sin culpa.»

Veo llegar a Javier. Se nota que le duele la cadera, pero aparece sonriente. Algo trae.

—¿Cómo estamos?

—Hoy no me duelen las muelas.

—Yo vengo más ligero. Ya resolví el tema de mi hermana. He repartido sus cenizas en tres sitios. Ha sido toda una aventura. No me preguntes dónde.

No le pregunto nada. Su hermana murió hace unos meses. Ictus por covid.

Ha dejado un libro sobre la mesa, *La cría del esturión.* Qué cosas más raras lee este muchacho.

—Mira que hay libros raros —dice como si me leyera el pensamiento—, pero lo más raro es que este libro lo encontré entre

las cosas de mi hermana. Nunca llegamos a conocer a las personas.

No le digo que mi hermana siempre ha sido para mí un misterio, que se va a ir de este mundo siendo un misterio.

Abre el libro. Saca una foto. Me la tiende.

—¿Tu hermana?

—Pili.

Pili se ríe con la boca abierta. Quizá alguien dijo algo. Quizá al fotógrafo se le escapó un pedo justo antes de disparar y todas rieron, Pili y las tres mujeres que hay sentadas detrás, y que parecen custodiarla con su alegría. Una de ellas es su madre. No sé cuál. Todas se parecen.

Están en el campo. Supongo que salieron a pasear y al cabo de un rato se sentaron. Las mujeres arriba, Pili unos metros más abajo. Quizá no se sentó por gusto, quizá alguien dijo, Pili, siéntate. Y Pili, del susto, cayó de culo y todas rieron.

El instante decisivo, decía Cartier-Bresson.

La foto es una minúscula parte de una historia. La imagen suspendida en el tiempo, la risa de Pili suspendida para siempre en blanco y negro.

Me gustaría ver el rollo de película completo. Cuántas fotos se dispararon antes y después. Si solo hubiera una, esta, sería asombroso. Tan asombroso que creería en los milagros.

Cuánto me hubiera gustado conocer a Pili, su alegría.

De repente la imagino asomada a la ventana. Pili grita, ¡las llaves!, y Javier, que no es más que un adolescente, se coloca justo debajo para que su hermana las deje caer. La imagino lanzándolas con suavidad, con tino. Hasta en cómo se lanzan unas llaves a otra persona se sabe qué tipo de relación hay entre ellos.

—Una foto preciosa.

—Preciosa.

—¿Y has aprendido algo sobre esturiones?

—Que son fósiles vivientes.

Como yo, pienso, pero no digo nada.

Las cenizas. Menudo tema. No sé cómo sacárselo a mi hermana.

—Me ha dicho una vecina (mentira) que tiene a sus padres en lo alto de un armario porque no sabe qué hacer con las urnas.

—Pues muy bien que estarán ahí.

Mi cuñado abre un ojo y dice que él no es muy partidario de la incineración.

—¿Prefieres un nicho? —pregunto realmente sorprendida.

—Este es tonto. Ni caso. Nos incineras a los dos. Y mis cenizas me da igual dónde vayan —dice mi hermana, cierra los ojos, recuesta la cabeza en la oreja del sillón y canturrea lo que me ha parecido *Casta Diva.*

—Pues si te parece bien, suponiendo que yo no me vaya antes, las mezclo con tierra en un buen macetón, planto algo bonito y te pongo en la terraza.

—Lo que tú veas —dice, y hace un gesto de sanseacabó sin abrir los ojos.

—Pues yo no soy partidario. Además, es una tontería, las cenizas ya no son nada, no son nadie. En realidad la vida no es nada. Esos grandes hombres que han muerto, ¿qué se han llevado?, nada. Habrán vivido, habrán disfrutado, pero no les ha servido de nada.

—Qué tonto eres, Eduardo, lo importante es el mientras tanto, por eso cuanto más disfrutes, mejor.

—Yo ya no disfruto con nada. Mi temperamento no me lo permite.

—Mira, no me amargues el día, que es muy temprano —termina diciendo mi hermana, que vuelve a cerrar los ojos y se abanica.

Me entran ganas de decirle, cuñado, tanto que te las das de intelectual y eres más tonto que Abundio. Mira a tu mujer, siempre has dicho que no piensa, pero sabe ser feliz con una mosca que pase (dicho por ella). Eso es ser inteligente, saber ser feliz con lo que te ha tocado, aunque te haya tocado un pusilánime con ínfulas de premio Nobel. Tanto hablar del sentido de la vida, de la trascendencia del alma. Bah.

Vonnegut decía que estamos aquí para ayudar a los demás a pasar por esto, sea lo que sea esto. Mi vida siempre ha tenido sentido y, ahora, mirando hacia atrás, más. Valió la pena disfrutar de mis padres y de los juegos de cuando era niña, valió la pena cuidar de mis sobrinos y ahora de vosotros, le diría, porque hasta estos ratos que parecen muertos, mirándoos dormitar o escuchando tus pamplinas, cuñado, tienen sentido para mí aunque no pueda haceros más jóvenes ni menos enfermos, pero sí puedo entreteneros y ayudaros a pasar por esto, sea lo que sea esto.

Eso le diría, pero después de preguntar dónde había ido Martita tan temprano (al dentista), ha cerrado los ojos y se le ha abierto la boca.

Esta noche tengo que preguntarle a Vremya si ha leído a Vonnegut.

La casa en penumbra. Mi cuñado en el sofá, tan absorto en la tele que no me ve entrar.

Ya estoy aquíííí, digo en tono alegre, alargando la i como si tuviera seis años.

Me mira con los ojos muy abiertos y, sin saludar, dice que le tome la tensión, que se encuentra falto de vida.

Qué raro, él nunca pone la tele porque dice que ni ve ni oye. Están hablando de la salud de Isabel II. Aaamigo, ya sé lo que te pasa.

—La tensión la tienes bien tirando a baja, ya sabes que el médico dijo que eso es un seguro de vida.

—La reina solo tiene unos meses más que yo.

—Te saca año y pico.

—¿Seguro?

Después dice con tono triste que no ha hecho nada con su vida, que haber sido agraciado con algunos talentos no le ha servido para nada. Como en la parábola, los he desperdiciado todos, dice.

Es verdad. Si tuvo inteligencia, no supo usarla para ser feliz, y si tuvo sensibilidad, la gastó en cursilería.

Me entran ganas de ponerle la mano en el hombro.

Tu hermana, sin embargo, que no piensa, es feliz con cualquier cosa, dice sin dejar de mirar la tele.

Me entran ganas de escupirle.

Talento no sé, pero sensibilidad, la de una almeja. Que mi hermana no piensa, dice. Claro, como no ha hablado nunca con ella no la conoce. Tampoco sabe que cuando mi hermana se escapa a la cocina a ver qué hay para picar masculla para nadie, todo el día quejándose y la que se va a morir soy yo.

Si hubiera un plan superior (como él dice), las personas vitalistas vivirían cien años y las pusilánimes cincuenta. O, mejor, no llegarían a nacer. Qué mundo maravilloso sería este.

Mi hermana aparece en el salón con los ojos encogidos y la mano haciendo de visera.

—¿Ya estás aquí?, ¿qué veis?

—La reina de Inglaterra se está muriendo, el próximo soy yo.

—Si lo sé me quedo en la cama. Tú, ¿has traído algo rico para mí?

—Hay cucuruchos.

—Quiero bacalao.

—Bacalao, ni hay ni voy a darte.

—Yo me tomaría un cucurucho.

—Sí, tú vas a ser el próximo, pero, morirte, con las botas puestas —responde mi hermana sin mirarlo.

Me levanto y voy a la cocina a por dos cucuruchos. Qué bien hice en no casarme.

De repente se ha puesto de moda decir vecina.

Buenas tardes, vecina, ¿qué le pongo?, dice la panadera que no tendrá más de veinte años. Qué calor hace aquí dentro, vecina, se queja y con razón porque a su espalda está el horno. Aquí tiene el cambio, vecina. Adiós, vecina. Muchas vecinas son para unas galletas de vainilla que me pidió mi cuñado.

Vecina, ¿tiene un eurillo suelto que dejarme?, dice Nandy, y me vuelvo sorprendida. Muchacha, ¿tú también? Pues eurillo no tengo, solo el cambio que me devolvió la vecina del pan, le digo. Estoy por ofrecerle las galletas.

Ceno con culpabilidad, pero me pongo un vermú.

Estaría bien beber sin ansia, pero cuando vuelvo de casa de mi hermana me bebería un tonel.

De camino al ordenador ya le he pegado un lingotazo. Mientras me siento, se enciende y abro el chat, ya me lo he bebido. Me levanto a ponerme otro. Me consuelo diciendo que soy una bebedora social. Si no voy a chatear, no bebo. Bebo porque sé que hay alguien al otro lado, y estoy segura de que Vremya también bebe mientras me escribe. Tengo que preguntarle.

Aunque lo ideal sería beber sin beber, libar, acercarse el vaso a los labios y dejar que solo se mojen, que el vermú se vaya gastando por el simple roce de mis labios.

Me viene la imagen del sedimento que deja una gota de agua en una estalactita.

Eso es. Libar no es, pero se parece.

No sé si contárselo a Vremya. Me tomará por loca. Me tomaría porque hoy parece que no está. ¿Se habrá muerto? Muera Vremya, muera harto. No rima. Tengo que dejar de beber. Bah.

Vremya ha estado en Benidorm. Se ve que ha comenzado la temporada baja, si es que eso en Benidorm existe.

Sí que te has tomado en serio la jubilación, le digo. Dice que ha visto cosas. Dice que no piensa volver.

«Yo estuve de joven. Un viaje de estudios paralelo que monté con unas compañeras porque el presupuesto no nos daba para ir a Londres.»

Yo tampoco volvería, si acaso para morir. Sería como morir en un aeropuerto, en un lugar aséptico lejos de cualquier nostalgia, donde nada me recuerde a nada que ame y me duela dejar atrás, y donde un soniquete de fondo me arrullara como un mantra.

Eso no se lo digo, vaya a tomarme por vieja loca y mañana no se conecte.

«No me ha parecido un mal lugar para morir, fíjate lo que te digo, una de esas noches, en un garito, con música de los ochenta», ha escrito como si me hubiera leído el pensamiento.

Me entran ganas de apagar el ordenador y correr hacia él, y en la carrera ir desprendiéndome de los años como Forrest Gump se desprendía del armazón de sus piernas, y aparecer en la puerta de

su casa con veinte años menos, y decirle, vámonos a Benidorm y muramos allí mirando todas esas luces que no son nuestras.

La Tere ha vuelto. Se alegra de verme. Se ha cortado el pelo sin gracia, pero está mejor que antes. Me cuenta que ha estado en casa de su hermana un par de meses y que su hermana no está bien. Tiene una depresión bipolar, dice. Hay que estar encima para que se tome las pastillas. Hay días que no se las toma y desaparece, y ahora ponte tú a buscarla. Como es bipolar, puede estar en el polo norte o en el polo sur. Se ríe.

—Hablando de otra cosa, ¿ha visto usted las caderas que ha echado el Papa?, pues que tenga cuidadito que ya lo han sentado en una silla, y de ahí al otro barrio (que suyo es). ¿Y la reina de Inglaterra? No sé si escribir a Londres para pedirles disculpas —baja la voz—, porque le pedí una cosa a santa Rita y, como siempre se lo cobra todo, se ha llevado a la reina de Inglaterra. Así que, ya sabe, no le pida nada nunca.

—¿Y se lo cumplió?

—Ni eso.

Dejo a la Tere en el primero, subo a casa y me encuentro un folleto en el marco de la puerta. Otras veces lo dejan sobre el felpudo. Los más creativos en el pomo de la puerta, como esos cartelitos de no molestar de los hoteles.

Pues molestáis.

De: Noelia_No
Para: Casas Home
Asunto: Publicidad

Buenos días:

Agradecería que advirtiesen a sus comerciales de que no dejaran publicidad en el marco de las puertas ni sobre el felpudo.

Si una falta de casa unos días y el dichoso papelito sigue ahí, es reclamo para cacos.

Existen buzones en el portal. Gracias.

Mi cuñado desconfía de todo. Les suelo dar buenas noticias, por comentar algo. Por ejemplo, les cuento que ahora casi todos los productos anuncian en letras llamativas que no llevan aceite de palma. Falta que sea verdad, dice.

Mi cuñado está obsesionado con la buena alimentación.

Da igual lo que le diga, ya sea que van a subir las pensiones o que el Papa ha anunciado que el infierno no existe. Él siempre responde: falta que sea verdad.

A mi hermana las buenas noticias no le interesan. Desde niña le ha gustado el morbo. Si el teléfono sonaba a primera hora de la mañana, ya sabía que era ella.

¿Sabes quién se ha muerto?, decía, y la imaginaba en su casa con los ojos muy abiertos, sonriendo.

Me encantaría que algún caballo se desbocara, ha dicho hoy de pie, con las manos apoyadas sobre el mueble como una esfinge, mirando a un palmo la tele. Era el funeral de Isabel II.

Si alguien me preguntara si he viajado, le respondería que no.

Ordenando cajones en casa de mi hermana, he encontrado postales que le envié.

He visto mundo, pero no tengo sensación de haber viajado. Siempre lo hice con una reserva de hotel y billete de vuelta. Nunca me fui a la aventura, llegar a la estación, tomar cualquier tren y a partir de ahí dejarse llevar.

Paul Bowles decía que si uno se separa de sus maletas deja de llamarse viaje. Él solía viajar en barco. Me gustaría poder preguntarle ahora que se viaja con equipaje de cabina. Razón no le faltaba. Viajar es otra cosa. Sinónimo de vagabundear en el mejor de los sentidos. Llegar a una ciudad sin conocer el idioma, sin plano, y dejarse guiar solo por la intuición.

Mi hermana se ríe cuando le leo lo que escribí, siempre tonterías.

—¿De dónde dices que la mandaste?

—De Roma.

—Vaya con la viajera —dice con los ojos cerrados.

Yo no digo nada. No le digo que los viajeros de verdad no mandan postales.

Cuento veinticuatro. Cada cual con su móvil. Yo he traído un libro. No estoy leyendo ni pienso hacerlo, el libro es mi acompañante, lo uso de parapeto para que nadie me hable. No tengo ganas de hablar. Lo que me gusta de las salas de espera es mirar con disimulo a cada paciente, imaginar por qué está allí. No veo a nadie con herida alguna. Nuestros males son internos. Hoy no tenía que venir pero me dolía mucho el ojo y me he asustado. Me hago vieja.

Dos no paran de toser; uno se ha sacado las chanclas, puesto la planta de los pies en el suelo y se ha dormido; una pareja recibe wasaps constantemente anunciados por una voz mecánica y cantarina: tehaaaescritounwaaasap.

La gente de oftalmología por aquí dice un celador (¿la gente?).

Lo seguimos por el pasillo sin ganas, arrastrando los pies, incluido el tipo de las chanclas. Pasamos a otra sala de espera más pequeña y menos ventilada. Al pasar por los ascensores me he fijado en que a uno de ellos lo cruzaba un aspa roja y la palabra SUCIO. No parecía algo provisional. No sé por qué me ha hecho gracia y he buscado una mirada cómplice, pero todos los demás penitentes miraban al suelo.

Si alguien me preguntara, eh, tú, mujer soltera de ochenta y tres años, ¿qué es lo que más echas de menos de no tener marido?, respondería sin dudarlo, una mirada cómplice.

Pocas veces he venido a urgencias y siempre me he sentido culpable, parece que si no vengo cubierta de sangre no tenga derecho a estar aquí, pero el ojo izquierdo me está dando problemas. Un día vi doble. Agaché la cabeza para meterme un zapato y ahí estaban, mi hermana y mi cuñado, dos veces cada uno.

Ahora mismo lo último que necesito es tener el doble de lo que sea.

Veamos. Una señora entabla conversación con la que tiene al lado. Empieza por lo fácil, el calor (qué ramplona eres, mujer). Después le habla de sus hijos, sus nietecillos (así les llama), aunque es demasiado joven para tenerlos. Le cuenta penurias bajando el tono a modo de confidencia. En realidad no cuenta nada especial, necedades en voz baja para que parezcan intimidades. Sé lo que estás haciendo, mujer tramposa, y no me gusta.

Efectivamente, cuando llega el turno de su confesora, le pregunta con cara de pescadilla congelada si la deja pasar antes. Y la otra, más boba todavía, la deja.

Tenía razón la hermana del Tete cuando dijo que hay listos porque hay tontos. Con lo que no contaba doña Falsa es con que la auxiliar

lleva una lista y un orden, y al ver que no era doña Incauta sino doña Sinvergüenza, la ha devuelto a su asiento.

¡Viva la justicia poética y la Seguridad Social!, he estado a punto de levantarme y gritar, pero no quiero volver a ver doble.

La que sí pasa antes es una enfermera a la que guiaba otra del brazo. Al desinfectar nosequé le ha caído alcohol en los ojos. Así que cuando llaman al chico de los pantalones tobilleros y mocasines sin calcetines, le dice que pase ella antes. La verdad es que no veo a nadie demasiado grave. Ni siquiera lo mío tiene importancia.

A ver, que levante la mano quien haya venido porque se sentía solo y hace tanto tiempo que no tiene un día libre que no sabe qué hacer con él.

Eso me han entrado ganas de preguntar, pero he cerrado los ojos. Tengo sueño.

Me han puesto gotas, ya, cuatro veces.

Cuando los abro solo quedamos tres. Llega un señor muy mayor con bastón (lo sientan en una silla de ruedas). Los auxiliares cuchichean. Ha venido solo y no sabe ni cómo ha llegado ni a qué ha venido, dicen.

Mejor cerrar los ojos para siempre.

Ya son tres horas. No me importa. Estoy sentada, estoy bien. En los hospitales siento paz. Todos los hospitales deberían llamarse De la Paz, ¿verdad, muchachito sin calcetines? No soy aprensiva, no siento que por los pasillos pululen virus pandilleros. Solo pienso en esta falsa luz que sabe acompañar y en estos falsos enfermos de urgencias. Hemos venido por una leve molestia, nadie tiene un hueso roto, una herida abierta. No sé qué voy a decirle al médico cuando llegue mi turno.

Me voy, ya está. Me levanto decididísima para marcharme a casa y, en ese momento, me llaman a consulta.

—San Javier, buenos días. Qué raro verte aquí solo.

—Ahora vendrá Marcos.

Lo noté triste. Miraba el café con leche como si fuera un pájaro muerto sobre la mesa. No dije ni pío. Siempre temo pecar de indiscreta y al final resulto fría. Lo raro es que solo me pasa con las personas que me importan, y Javier me importa. A las que no me importan les pregunto casi con descaro.

Me senté y levanté el índice para indicar al camarero, señalando el café con leche, que me trajera uno. Me arrepentí de inmediato. ¿Y si no era café con leche? Bah.

—He ido al cementerio —dijo al fin.

Me cuenta que hacía mucho que no iba al nicho de su madre, meses, que antes iba su hermana a darle un repaso a la lápida, que él se daba cuenta cuando iba, que ella iba sin decírselo y él tampoco se lo decía.

Casi se me escapa preguntar por qué no iban juntos pero, ya, para qué.

Dice que ha ido porque era el cumpleaños de su madre, que hubiera cumplido noventa, pero que cada vez que va se da cuenta del sinsentido, que si fuera religioso habría rezado algo breve, si creyera en otra vida le habría contado algo, que solo una vez le dijo pensando para sus adentros, Pili se ha muerto.

Sinsentido, sí, esa es la palabra. Ese sinsentido que nos hace tan humanos, ese deseo de creer que hasta los más ateos guardamos en un recóndito pliegue del cerebro, el deseo de creer. No por esa vida eterna prometida, rodeados de ángeles y esas mandangas, no, por el deseo de una mínima posibilidad de que los que han muerto nos oigan para poder decirles cuánto los queríamos, los queremos,

cuánto los echamos de menos, ese consuelo del, mira qué día más bonito hace hoy, o darles noticias, aunque no sean buenas, como que Pili ha muerto, porque sea como sea a una madre hay que informarla de que su hija ha muerto. No, no es deseo de cantar aleluyas ni gaitas, no, es solo para poder hablar con los muertos sintiendo una remota posibilidad de que nos oigan.

Todo eso quería decirle pero dije:

—Vaya.

—Pero salvo ese día, todos los demás solo limpio un poco la lápida, me quedo un rato de pie y no sé en qué pensar, y solo pienso en qué debería pensar mientras estoy en plan ceremonioso delante de la lápida de mi madre, y pasados unos minutos me marcho.

—¡Mira, ahí llega don Marcos! —digo con una alegría totalmente fuera de lugar.

Los muertos nunca acaban de irse. Ahí están tus abuelos, tus padres, asomando de vez en cuando la cabeza. Sus advertencias, su amor. Los sientes pegados a la espalda observando y juzgando cada paso que das.

Eso pienso al escuchar a un tipo que ha ido a buscar pareja a un programa de la tele. Cuenta que desde que murió su mujer no ha podido estar con nadie más. Seguro que mientras estuvo casado fantasearía con otras mujeres. Después no pudo. Quizá piensa que ella lo mira mientras desnuda a otra.

¿Dónde se colocarán los muertos para espiarnos? Quizá ese tipo la imagina pegada al techo, como las estrellas fluorescentes de las habitaciones de los niños. Cuando esté sobre otra, ella solo verá mi culo peludo, arriba y abajo, arriba y abajo, pensará. Esas cosas

habría que hablarlas antes. Decir, en caso de una fatalidad haz lo que quieras en nuestro colchón, prometo no mirar.

Los muertos nunca acaban de irse, le digo al tipo de la tele en voz baja pero lo suficientemente alto para que me oiga, como hacía la tía de Tom Sawyer. La vida es una cosa muy rara, le digo, y apago.

La vida me recuerda al perro de mi sobrina, que da bocados al aire intentando cazar una mosca inexistente.

Marcos y yo estamos al sol con los ojos cerrados. Sabía dónde encontrarlo, tengo una hora libre y he decidido pasarla con él, así, sin hablar.

Hoy he tenido que remeterme la blusa para que no se me cayera la falda. He adelgazado cinco kilos desde que voy cada día a casa de mi hermana. Antes iba, pero a otro ritmo y, sobre todo, sin preocupaciones.

Primero pensé que era estrés. Después, las carreras que me doy. Hoy pensé por primera vez que tenía algo malo. Un cáncer de algo.

Y me puse a llorar, a llorar mansamente, con rabia pero mansamente.

Y no lloraba por el sufrimiento que iba a causar a mi familia, ni por no saber quién iba a cuidar de mi hermana (¿acabaría en una residencia por mi culpa?). Tampoco me importaba el hecho de morir. Mi llanto, mi rabia, era por mí, exclusiva y egoístamente por mí, por si me decían que me quedaban dos meses de vida no poder vivirlos a mi gusto, en casa, saboreando cada minuto en soledad. Nada de eso. Tendría que seguir yendo a casa de mi hermana y fingir que estaba bien. Tendría que pasar los dos últimos meses de mi vida aparentando normalidad sin poder disfrutar de una armoniosa y serena despedida del mundo.

Habría quien decidiera gastar todo su dinero en viajes, comilonas y espectáculos, qué sé yo. Yo no, yo desconectaría el teléfono, cortaría los cables del timbre de la puerta y hasta del portero electrónico, y me encerraría en casa a releer, a mirar por la ventana, a hacer nada, absolutamente nada. A esperar.

Ojalá mueran antes que yo, pensé mordiéndome de culpabilidad el labio inferior hasta el punto de hacerme una herida.

—Marquitos.

—Mal empezamos. ¿Qué?

—Nada. Iba a contarte una cosa, pero creo que hay cosas que no se pueden decir ni en confesión.

—Mejor, mucho mejor.

Tengo ganas de perder el tiempo.

Los cursis, a dedicar un rato a no hacer nada le llaman ganar el tiempo. Según qué día podría estar de acuerdo. Hoy no, hoy voy a perderlo a conciencia buscando cosas en internet, fobias a cosas raras o maletas que midan 40×30×20 para viajar (cuando viaje) sin tener que pagar ni un céntimo de más por excederme un centímetro.

Qué ganas tengo de viajar. Pero viajar de verdad, sin separarme del equipaje, sin enviar postales, sin comprar un imán para la nevera, sin saber cuándo voy a volver. Si es que vuelvo.

Viajar con el billete de vuelta comprado no es viajar. Eso le dije a un tipo que me presentaron. Yo siempre viajo con boleto redondo, dijo, y casi se me sale el café por la nariz. ¿Boleto redondo?, repetí yo atragantándome. Era de México. Si quería presumir de viajado, mal.

Como mi hermana no viajaba por culpa del rancio de mi cuñado, compraba perfumes Avon con forma de figuras como si fueran souvenires. Feísimos todos. El peor, el frasco de un futbolista que daba miedo, grima y pena, no sé en qué orden. El aroma del hombre de hoy, optimista y moderno, diría el anuncio. Mi cuñado. Optimista y moderno. Ya ves tú.

Qué pena todo, qué idiotas éramos, cuántos sueños teníamos.

Un gato ha muerto. No encuentro otra explicación a que junto al contenedor amarillo haya un transportín, dos comederos, un rascador y una bolsa de arena sin estrenar.

Como soy de esa generación que lo aprovecha todo, siento la tentación de llevármela aunque no tenga gato. ¿A quién podría dársela? A Nandy. Nandy podría venderla.

Ay, Nandy. Como se pasa el día al sol entre los coches, le regalé una crema con filtro solar que me dio la dermatóloga, porque dónde voy yo ya evitando nada. Al día siguiente me contó, contentísima, que se la había vendido a la gorda por un euro. No sé quién es la gorda ni me importa, pero esa crema, en farmacia, mínimo veinte.

Acarrear, ¿cuántos?, ¿tres, cinco kilos de arena para que Nandy se saque un euro? Bah, termino antes dándoselo yo. Ten bonita, de parte de un gato, esta es la herencia que te ha dejado.

En el semáforo, frente a mí, una madre con su hija de la mano. Se la agarra con firmeza. Mira a la niña varias veces como si quisiera comprobar que sigue ahí, que no se le ha escurrido y se la han cambiado por otra. Ese miedo que nace del amor. Seguro que es hija única.

Espera, ¿y si no es un gato el que ha muerto?, ¿y si es una niña que tenía un gato, y su madre no soporta ver al animal correteando

por la casa en vez de ver a su hija?

Luego dirán, mira esa vieja loca cruzando cuando le da la gana. Lo que me vuelve loca de verdad es estar aquí parada, pensando disparates que me amargan el día.

Me cuenta Javier que la otra noche salió por Torremolinos y que echó en falta los bares a los que iba de joven.

—Pero si eres muy joven.

—Tú ya me entiendes.

Le conté que Torremolinos en mis tiempos ya estaba de moda, que si no ibas a ciertos bares ni eras moderna ni eras nada. Me acordé de una amiga que se había encaprichado con un tipo que estaba, no canijo, *espirituao*.

—Yo no sé ni dónde lo conoció. Se citaron en un bar que era una barra con cuatro taburetes. Al fondo había un guitarrista feísimo. Esto para la guiri rubia, decía y venga a tocar. Fatal, tocaba de pena. Y yo con el pelo afro tan teñido y aquel atuendo. Un chaquetón de borrego. Más seria que un ajo. Parecía la señorita de compañía de mi amiga. Y el whisky por el lavabo. Imagínate cómo sería el bar de estrecho que, estirando el brazo para atrás, lo tiraba por el lavabo. Y un whisky y otro, que yo os invito, decía el camarero. Y yo venga a tirarlo. A tirarlo pero despacito para que no pensara, mira la borracha esta. Nos invitó también a su casa, un chalet en una urbanización de categoría, dijo.

—¿Y fuisteis?

—¡Qué va! Mi amiga quería seguir esperando al *esmirriao,* pero yo le dije que me iba, que si quería se quedaba ella sola. Y nos volvimos a casa.

Nos quedamos callados. Marcos tiene razón cuando dice que no sé contar historias. Pero a Javier parece no importarle, porque sonríe satisfecho. Por eso él es santo y tú no, Marquitos, por eso.

Se ha hecho costumbre que los jueves (mi día libre) a las seis quedemos en el bar.

Marcos siempre se retrasa. Don Marcos estará rezando, solemos decir. Y san Javier ríe con ganas (rezando es eufemismo de cagando).

—Hoy he pensado que nunca he pasado un día entero en pijama, ¿no te gustaría?, imagina pasar todo el día, aunque fuera solo un día, en pijama, pasearte por la casa con el vaso de café del desayuno, y dejarlo en cualquier sitio sin pensar en que dejará cerco, quitarle hojas amarillas a alguna planta, acercarse hasta la ventana, apoyar la frente en el cristal y mirar, mirar aunque no quieras ver nada, y así todo el día, y por la noche volver a la cama que sigue sin hacer. Igual no poder hacerlo me viene de mi madre que, cuando me dejaba la cama sin hacer, me decía, cuerpo triste, entraste por donde saliste. ¿No te gustaría pasar un día entero en pijama?

—No lo sé, pero yo soy antipijama, sobre todo sobre todo sobre todo si hay visita. Yo iba a casa de mi exexexexcuñado, y el tío estaba ahí en pijama, y yo no lo entendía. Me parece tan vulnerable alguien en pijama... Sobre todo esos muy elásticos que se pegan mucho al cuerpo. Uy, quita quita. Yo el pijama no lo uso ni para dormir. Me pondré sucedáneos de pijama, vale, pero pijama, nones. Un pantalón corto, una camiseta y a volar. Y cuando me levanto, aunque vaya a estar en casa, me cambio a unos pantalones distintos. Me gusta esa gente de las películas que cuando se levanta se viste como si fuera a salir a la calle. Yo no llego a tanto. Y tampoco dejaría en cualquier lado el tazón del desayuno. Al menos

no mucho rato. Pero sí, pegar la cara a un cristal, sí, y mirar la calle. Como decía una señora que conocía, ver la gente de pasar. Es algo que me gusta. Me gusta mucho mirar por las ventanas. Yo creo que la culpa es de que en Bilbao vivía en un piso interior. Un primero. Mi cuarto tenía una ventana pero no se veía nada porque era de cristal translúcido. Recuerdo el día que fui a casa de mi amigo Ángel Ramón, y tenía una ventana en su cuarto que daba a un ojo de patio muy grande, compartido por varios edificios de la misma manzana, y le dije, podría quedarme aquí sentado mirando por la ventana todo el día. Doce años tenía yo.

Mi pregunta era casi retórica, pero la respuesta de san Javier me ha dejado... Cada vez me gusta más este chico. No sé qué decirle.

—Pero ¿tú cuántos excuñados has tenido, muchacho?

—¡Ni te cuento!

Nos reímos. Aparece Marcos.

—¿De qué os reís?

—De la gente que vive en pijama.

—¡Yo, yo! ¡Qué placer!

A Marcos le ha faltado bailar.

Los Goris se han separado. De repente me da no sé qué llamarles así, los Goris.

Él se ha ido. Esta mañana ella lloraba. Me recordó a eso que hacen las palomas, esa especie de arrullo repetido y lastimero.

A partir de ahora no sé qué voy a hacer cuando vaya al baño. Como en estos pisos todo se oye, aprovechaba sus broncas para hacer mis necesidades.

Me da pena. No volveré a llamarle la Gori. Le llamaré Paloma.

—Buenos días. Antes de que me lo preguntéis, hoy es domingo.

—¿Has traído algo rico para mí?

—He traído lacón, pero es comprado, a ver qué tal está.

—Me da igual, mejor, menos trabajo, ¡qué rico!

Mi hermana se ha vuelto muy infantil. Cada vez que dice su frase estrella, ¿has traído algo rico para mí?, se me cae el alma a los pies. Si la tuviera, que ojalá, porque lo que se me cae es más pesado y doloroso que el alma.

La vida de mi hermana se reduce a zampar y dormir. Antes seguía un concurso después de comer. Ahora ni eso. Se lo pongo y cierra los ojos. Ella dice que no está dormida, pero lo está. A mi cuñado le pasa lo mismo. Lo veo roncar antes de comer.

Míralo, la siesta del carnero, pienso. Y cuando tengo que dar palmas para que despierte porque son las tres, me dice que no estaba dormido.

Hoy soñé con mi vecina. Alguna vez le he preguntado a mi hermana si sueña, si recuerda los sueños. En general no, pero dice que una vez soñó que se probaba unas gafas que eran para mí.

Casi me echo a llorar. Mi hermana sueña conmigo. Casi me echo a llorar.

—¿Os acordáis de aquella película, *Los Palomos?*—digo mientras pongo la mesa.

—Me suena remotamente.

—Yo no me acuerdo de nada. Tengo la cabeza perdida. ¿Has traído flanes de café?

—Sí, Eduardo, hay flanes.

—Pero ¿de café?

—Que sí.

—*Los Palomos*. Me suena. ¿Qué comemos hoy?

—Lacón.

—¡Qué rico! Esa película que dices era en blanco y negro.

—Sí. Me he acordado porque hoy he soñado con mi vecina. Se llama Paloma.

—¿López Vázquez se murió?

—Sí.

—Me caía bien. Yo creo que no le dieron todo el mérito que se merecía.

—Es verdad.

—¿De quién habláis?

—Tú no sabes quién es, Eduardo. Un actor.

—A mí el cine nunca me ha interesado.

—Pero de algo te sonará. ¿No te suena aquello de padrino búfalo o cuando se perdió Chencho? Lloró toda España. Es como si me dices que no sabes quién es Chanquete.

—¿Quién?

—Otro actor, Eduardo. Este hombre cada día está más tonto. ¿Qué comemos hoy?

—Lacón.

—¡Qué rico!

—Pero es comprado.

—Mejor, menos trabajo, ¡qué rico!

No sé descansar. Me despierto con los hombros rígidos, miro el reloj y pienso, me quedan equis horas para coger el bus. Equis horas dan para mucho. Habrá quien sepa usarlas bien. Yo me aturrullo. Con lo tranquila que era. Ahora me cepillo los dientes mientras orino, estiro la cama mientras bebo el café, como en dos bocados una rebanada de pan mientras riego las macetas. Y así todo.

Podría hacerme un horario. Mejor un decálogo, una lista, algo.

Eso voy a hacer, un decálogo, y lo pondré con un imán en el frigorífico.

1. No hacer dos cosas a la vez.
2. Desayunar sentada.
3. Reposar el desayuno con los ojos cerrados.
4. Poner la casa en orden, habitación por habitación.
5. Volver a cocinar.
6. No mirar el reloj cada cinco minutos.
7. No anticiparme a posibles problemas.
8. Relajar la cara cuando voy por la calle para que nadie note mi monólogo interior.
9. Procurar no llevar permanentemente un monólogo interior.
10. Saber que es mejor hacer que pensar.

Mi sobrino es un cielo. Por las noches le pongo un mensaje y le doy el parte. Ayer le conté que habíamos comido lacón del súper y que no estaba mal para un apuro, que lo pasamos bien, que hablamos de López Vázquez y después pasamos la tarde buscando películas antiguas en el móvil.

Mi sobrino se acordaba de Chencho. Esta tarde, al llegar a casa de mi hermana, veo una hoja bajo un imán, en el frigorífico, un fotograma en el que se ve a López Vázquez atado y amordazado por sus ahijados.

Mi sobrino ha escrito con rotulador rojo: Te quiero, madrina búfala.

Ya nadie se pone la mascarilla. Solo hay un cajero que la lleva. Y ese viejo, tan viejo como yo, que se deja la nariz fuera. Yo antes cortaba

un trozo de papel, lo impregnaba bien en el gel y se lo pasaba al asa del cesto. Un día olvidé hacerlo, me di cuenta al cabo de un rato, y desde entonces no lo hago.

Decían que nos iba a costar volver a ser como éramos, que no íbamos a saber abrazarnos, que viviríamos para siempre con miedo. Tururú. Los psicólogos se equivocan más que los economistas, que ya es decir. El ser humano tiene una capacidad de adaptación colosal. Yo misma, a mis ochenta y tres años, me paso las noches delante del ordenador, viendo ciudades y museos.

Esta noche cenaré pescaíto frito y estos tallarines de arroz, porque voy a pasear por el bosque de bambú de Kioto.

Mientras la señora que va delante de mí saca con parsimonia de su propio carrito todo lo que ha comprado, observo la cara de sueño de la cajera. No bosteza de milagro. La señora, sin que nadie le haya preguntado, explica que no usa las cestas del supermercado por higiene. La cajera ni se inmuta. Si llega a ser la morena que se pinta la raya del ojo como si fuera un boquerón, le habría soltado lo suyo, que si se cree que no limpian las cestas cada noche antes de irse a casa, que las cestas están más limpias que su carro... En fin.

—Qué, sueño, ¿no? —pregunta un tipo grandote que solo lleva magdalenas, refrescos y un paquete familiar de toallitas húmedas.

—Ya mismo acabo, a las tres *pa'casa*.

—Te habrás levantado a las seis.

—A las cinco y media, que a las seis tenemos que poner el dedito —dice, y hace que pulsa algo en el aire.

¿El supermercado no abre a las diez?, ¿para qué tienen que poner el dedito a las seis?, le pregunto con la mirada. No contesta, claro, sigue pasando con desgana lo que la señora va poniendo en la cinta.

—Pues me vas a tener que dar una bolsa, niña, porque no me va a caber.

Todos miramos a la señora y nos preguntamos, pero ¿no lo ha sacado todo de su carro hace un momento? Cierro los ojos y niego con la cabeza por todo a la vez, por el cansancio de la cajera, por la pésima dieta del tipo grandote, por la ineficacia de la vieja del carrito. Me entran ganas de sacárselo todo de nuevo y decirle, señora, ¿es que nunca ha jugado al Tetris?; me entran ganas de decirle a la cajera, niña, vete *pa'casa,* que se me dan muy bien los números y ya sigo yo cobrando; me entran ganas de decirle al grandote, ten, hijo, te cambio las magdalenas por estas pijotas que te vendrán mejor, y usa el bidé, hombre, que es más ecológico; me entran ganas de sentarme en el suelo y echarme a llorar.

Tantas precauciones todo este tiempo atrás, entro en el ascensor con una vecina, estornuda, salud, gracias, y a los tres días dolor de garganta, fiebre y cansancio. Eso o el grandote de las magdalenas, cualquiera sabe.

Hoy no podré ir, le digo a Eduardito. Gripe o el virus. Voy para allá, dice. Antes de que me dé tiempo a rechistar, ha colgado.

Al rato aparece con varias bolsas. Qué exageración. Cuando me levanto del sillón, me detiene con gesto de guardia urbano. Veo que las deja en la cocina. Lleva mascarilla azul sobre mascarilla blanca. Hasta guantes lleva.

Me dice desde la entrada que ha dejado un par de test, que si sé hacérmelo. Le respondo con un gesto de no te preocupes. No me atrevo ni a hablar. Llámame, dice señalando el teléfono.

Me acerco y, por la mirilla, veo que se ha quitado las mascarillas, los guantes y lo mete todo en una bolsa hermética.

El test dio positivo.

—Pues ya sabes, positiva del todo, tómate estos días como si fueran vacaciones.

—Sí, como cuando era niña y me quedaba en la cama dibujando.

—Exacto —se ríe.

Me tumbo vestida sobre la colcha. Si entrara alguien pensaría que está en un velatorio de pueblo. Mejor me pongo el pijama. Me lo voy a poner sentada porque parece que se me va el cuerpo. Y ahora, qué. Pues lo de todos los días, que pareces tonta. Lo de todos los días antes de tener que ir por obligación a casa de tu hermana.

¿Y qué hacía yo antes?

He pasado mala noche, tiritones y pesadillas. Hoy te quedas metidita en choclera, hubiera dicho mi madre.

No soy capaz. Voy a ducharme para sentirme menos miserable.

Como le dije a Javier, me gustaría pasar un día entero en pijama, pero por otra parte nunca he comprendido a esas personas que lo hacen. Qué desidia. Síntoma de vejez, recuerdo que les dije a mi hermana y a mi cuñado la primera vez que los vi sin vestir por la tarde. Ni caso. Así han seguido hasta el día de hoy. Los enterrarán en pijama. Con lo presumida que fue siempre. Todos los viernes a la peluquería, las uñas pintadas, tacones de diez centímetros. Qué pena todo.

Después de la ducha me he quedado tan floja que no me apetece nada. Estoy por decirle a mi sobrino que me compre un pijama de seda, que quiero sentirme Madame Butterfly. Vendría al vuelo pensando que he perdido la cabeza. Creo que me ha subido la fiebre.

Mi hermana llevaba en el ajuar camisones de seda. Y peinadores. Y sábanas bordadas. Hasta una colcha de organdí que solo usó una

vez para que las vecindonas vieran lo primorosa que tenía la casa. Todo debe de estar amarilleando en un altillo.

Menudas tardes se pasó la pobre borda que te borda. Sábanas de hilo que había que planchar y hasta almidonar. No me extraña que comprara las de flores en cuanto inventaron el tergal.

Pero un pijama de seda tipo kimono, para estos casos, no estaría mal.

Tengo que preguntarle a mi hermana si usó los peinadores alguna vez. Qué prenda más tonta. Aquella especie de capita sobre los hombros para que al peinarte los pelos no fueran a la ropa. ¿Qué mujer tendría tiempo para todo ese requilorio? Yo no lo tenía. Me duchaba y salía volando cada mañana. Las mañanitas, otra prenda absurda. ¿Para qué?, ¿para ir de la cama al váter? Bah.

Las mujeres vivían en casas de muñecas.

Duchada, pijama y dientes limpios. Y aquí estoy, sin saber qué hacer. Desayuna, mujer, desayuna, a ver si recobras fuerzas. Pues sí, venga, como si estuviera de vacaciones. Voy a desayunar como en los hoteles, voy a hacer café, zumo, hasta un huevo pasado por agua voy a ponerme. ¿Dónde habré metido el huevero? Otro objeto inútil, el huevero. En las peliculitas de los domingos los usan mucho. Se levantan y ya tienen la mesa preparada. Los hueveros nunca faltan. Aquí está. Alguien me lo trajo como souvenir de Holanda. Había dos, pero solo queda uno. Nunca lo he usado. Bueno, sí, como medida para hacer mayonesa. Pero hoy te voy a usar para lo que fuiste concebido, amigo mío. Hoy voy a tomarme todo el tiempo del mundo, no voy a desayunar a lo pavo, voy a sacar el mantel y a sentarme a la mesa como si fuera la protagonista de una de mis peliculitas.

—Buenos días hermana, ¿cómo vais?

—Muy bien, ya ves, las once y nos acabamos de levantar, como los millonarios. La niña nos ha dejado la comida y se ha ido. ¿Tú cómo estás?

—Mejor, en cuanto dé negativo me tenéis otra vez ahí dando la lata.

—Sin prisa, que estoy la mar de bien sola.

—Atiende, Eduardo quería una afeitadora y me ha dicho tu niño que llega hoy.

—¿Cómo?, ¿que va a venir una mujer a afeitarlo?, de eso nada, es que no le abro la puerta.

—Que no, que la lleva Amazon.

—Ni Amazón ni Amazona, aquí no entra nadie.

—Que es un paquete.

—He quedado a la altura del betún.

Colgamos.

Por la tarde llama mi hermana.

—Que Eduardo quiere hablar contigo.

—¿Qué tripa se te ha roto, cuñado?

—Estoy fatal, hoy está siendo un día espantoso.

—¿Qué pasa?

—La afeitadora ha llegado. No sirve para nada.

No esperaba menos.

Mi sobrino sabe que me aburro y me envía vídeos de los años ochenta. Hoy uno de Mecano.

No me gustaban nada, pero cualquier canción antigua remueve algo que no sabes qué es, no es que te guste, es que te recuerda algo que perdiste, escribe mi sobrino.

Te gustan porque te has hecho viejo, iba a decirle, pero mejor le voy a enviar cuatro muñecos riéndose y varios corazones.

Como sabe que la tele no me gusta (solo las peliculitas de los domingos), mi sobrino me ha enseñado también a ver la radio en el ordenador. El pobre quiere que me entretenga y que además esté al día. No quiero que te quedes atrás como mis padres, dijo una vez.

Es raro ver a la locutora con los auriculares y todos esos papeles sobre la mesa. No va maquillada. ¿Sabrá que la vemos? No sé yo si me va a gustar esto. La mitad del encanto de la radio es el misterio, y aquí no hay misterio. Además, tengo la sensación de estar mirando por una cerradura, de estar haciendo algo malo, pero no puedo dejar de mirar.

No hay mayor placer que, sin salir de la cama, estirar el brazo, tomar un libro y leer. No hay mayor lujo.

Mi sobrino vino ayer a limpiar y ordenar. Se quedó a dormir. Ya le he dicho que si doy negativo, salgo. Ha cerrado los ojos y negado con la cabeza.

A Eduardito no lo quiero, lo adoro, pero me da que no está bien de la cabeza. Anoche, el muy papafrita, bajó la basura envuelto en mi bata rosa. Lo que me falta es que lo haya visto algún vecino. En fin.

Hoy lo veo pasar desde la cama, preparándose para marchar al trabajo. Se para.

—¿Te hace falta algo? —La puerta lo enmarca, el plato y la taza del desayuno en una mano.

—Nada, gracias, hijo.

Y me sorprende que esté exactamente igual que en esa foto con siete años, el día de la comunión, sosteniendo una vela.

Aparece una vez más para decir adiós. Lleva chaleco verde y cartera negra (las dos cosas heredadas de su padre). En esta casa somos de guardar, pienso y miro a mi alrededor. Ojalá pudiera guardar también esta luz. Esta maravillosa luz.

En cada litro de KasFruit hay dos kilos y medio de naranjas exprimidas. KasFruit, puro zumo 100 % según Real Decreto 667/83 publicado en el BOE.

Esos sí que eran anuncios. Como los mítines de Anguita, siempre hablaba con números y dando datos concretos. Con un hombre así sí me hubiera casado.

Tampoco hace falta que me mandes tantos vídeos de antiguallas, le he dicho a Eduardito. Por no hacerle desprecio, los veo y le respondo una mano amarilla con el pulgar levantado. Quién me ha visto y quién me ve. Cualquier día le mando la caca con ojos.

He leído que el diseñador se suicidó al ver que lo usaban mal, que en realidad era un helado de chocolate. No me creo nada que lea en internet. Por ejemplo, se armó cierto revuelo porque dijeron que iban a desaparecer las gomas Milan verdes. Ya ves tú la noticia. Pues ya hay quien vende sus gomas del colegio por seiscientos euros. Lo peor es que hay quien las compra.

En el costurero tengo una y en el cajón de la mesa de la cocina otra. Se las ofrecí a Eduardito, pero no mostró interés.

Hoy salí. Como soy curiosa, al pasar por la copistería pregunté a ese señor tan antiguo qué era esa historia de las gomas.

—Un cebo, señora. Todavía me entra algún chiflado preguntando por ellas. Y no crea que son niñatos, no.

—Nostálgicos.

—Necios, por no llamarles otra cosa. A ver, ¿cuándo se ha hablado de esas gomas?

¡Nunca! ¿Qué se apuesta a que dentro de nada dicen que vuelven a fabricarlas? ¿Y qué cree usted que va a pasar?

—Que vendrán a comprarlas como locos.

—Ahí lo tiene. Mire, yo antes hacía fotocopias del DNI, cosas serias. Ahora me traen cada cosa... Yo soy un avanzado, no crea que soy un ludita, cuando salieron las primeras máquinas ahí estaba yo, el primero, pero tanto avance, tanta tecnología, ¿y para qué la usan? Estamos creando adultos infantilizados, manipulables. Estamos creando, me lo va a permitir —baja la voz—, gilipollas de categoría. Qué pena.

—Pues sí, qué pena. Si mi querido Julio levantara la cabeza.

—Pues si su marido levantara la cabeza, perdone que le diga, se volvía a morir.

«¿Por qué nunca nos reímos cuando nos hacemos cosquillas a nosotros mismos?»

Este Vremya no se cansa de provocarme.

Me he levantado al baño y he aprovechado para tomarme un paracetamol.

Cuando he vuelto he escrito Simic.

«¿Lo has buscado en Google, querida?», ha escrito él.

No me ha parecido elegante decirle que la palabra cosquillas me provocó un repentino nerviosismo y tuve que ir a orinar, que he tardado más de la cuenta porque al cambiar el rollo de papel higiénico se me ha escapado rodando. No he tenido ganas de decirle que he pillado el virus después de estar tres años esquivándolo, que todo me sabe a corcho, que todavía no he recuperado el olfato, que me duele todo, y que me siento idiota y culpable, que me siento triste y cansada, que me siento sola y vieja (no sé si en ese orden), que estoy tan agotada que preferiría morirme, pero no puedo siquiera desearlo porque no puedo hacerle esa faena a mi hermana, que solo encendí el ordenador para distraerme un poco.

Tampoco he tenido ganas de explicarle que detesto profundamente a las personas tramposas. Y, todavía más, a las desconfiadas.

«No lo he buscado en Google, querido», he respondido, y me he desconectado.

Adiós, mi querido Vremya, adiós para siempre, vete con viento fresco a hacerte cosquillas a ti mismo.

A veces me siento culpable pensando que deberían morir mientras duermen, sin sentir dolor alguno. Hasta he echado cuentas de cuándo es posible que mueran y qué edad tendré yo. He pensado en cuántos años me quedarán para vivir sin carreras de un lado a otro.

Demasiado vieja.

Esa es la respuesta a todas mis preguntas. Demasiado vieja.

Acabo de mandar a la porra a ese tipo del chat. He perdido el gusto, el olfato, el disfruterío y el sentido del humor, UAV.

Don Marcos ha tardado en responder. Estaría rezando. Finalmente ha escrito: «Lo de perder el sentido del humor y el disfruterío me ha

preocupado, incluso me ha resultado alarmante, luego lo he pensado mejor y he llegado a la conclusión de que nadie, ni siquiera el virus más insidioso, será capaz nunca de arrebatártelos. Déjalo correr por ahora, permite que la frustración se muestre si asoma impaciente, y sacrifica la elegancia si hace falta, no pasa nada, a veces toca agachar la cabeza, reconocerse humanos, y no comprometemos nuestra dignidad si dejamos pasar (eso sí, mostrando con velada burla una genuflexión irónica) el enfado o el lamento. Pronto volverás a reírte de este mundo tan raro. Es inevitable. UAV».

Y por cosas así quiero tanto a don Marcos. Mi Marquitos.

La ciencia es para los curiosos, dice una científica en la tele.

—Ya lo has oído.

—No sé de qué me hablas.

—No empecéis, que es la hora de la siesta y quiero echar una cabezada.

—Pues que te las das de científico y tú no eres científico. Tu curiosidad va solo encaminada a darte a ti mismo la razón, no te haces preguntas, condicionas las preguntas para llegar a lo que tú quieres demostrar, que es indemostrable.

—Que algo no se pueda demostrar no significa nada. Tú no haces más que decir que hay cosas que suceden porque sí. Los porquesí solo dejan patente nuestra ignorancia.

—¿Me estás llamando ignorante?

—Tómatelo como quieras.

—¿Os queréis ir a la mierda los dos un poquito? —dice mi hermana quitándome el mando de la mano y apagando la tele.

—Hija, tampoco es para ponerse así.

—¿Qué ha dicho?

—Nada, que nos ha mandado a la mierda.

—Qué barbaridad.

—Me tenéis frita. Sois dos imbéciles. Ni sois científicos ni sois filósofos ni sois nada, sois dos imbéciles que en vez de disfrutar de lo que tenéis, de cualquier cosa —hace un barrido en el aire con el mando en la mano— os empeñáis en querer convencer al otro, ¿de qué?, a estas alturas, ¿de qué? Vivid y dejadme vivir. Ten, busca una peliculita tonta de esas tuyas o lo que sea, pero que no os oiga en un rato.

Mi cuñado cruza los brazos como si tuviera cinco años. Yo enciendo la tele sin rechistar, voy pasando canales.

—Doris Day y Rock Hudson. ¿La dejo?

—Por mí no la pongas, total, no la veo.

—Tú a callar, Eduardo. Y tú déjala, pero baja el volumen que quiero dormir.

Mi hermana está perdiendo la cabeza. O al revés, ha empezado a usarla. No me gusta que se disguste ni se ponga tan vulgar, pero, por otro lado, que se enfrente al tonto de su marido me gusta. Aunque, a buenas horas, ¿ya, para qué?, ¿ahora va a soltarle todo lo que no le ha dicho en cincuenta años? Bah.

Doris Day, ejemplo de mujer que sabe lo que quiere: casarse. Embajadora del celibato, leí una vez. Pues se casó cuatro veces. Hay que ver lo que nos vendían. Para rubias me quedo con Frances Farmer. A esta siempre le vi cara de pepona y dientes de caballo. También me parece demasiado enérgica, casi masculina, cuando camina con los brazos arqueados y separados del cuerpo como si fuera un pistolero. Pero qué tipito cuando sale de la cama y se extiende crema en las piernas mientras suena de fondo *Pillow Talks.*

Míralo, luego dice que no ve. Se la está comiendo con los ojos. No me extraña. Qué cinturita en ese vestido blanco a juego con la

estola de piel. Y qué bien les quedan las turquesas a las rubias.

Comprendo que algunos hombres se vuelvan locos, pensé cuando vi a Marcos mirar de reojo a las rubias del bloque de al lado.

Insistió en acompañarme a casa aunque era mediodía.

Si yo tuviera veinte años también estaría al sol, no paseando contigo, pensé. Mentira. Nunca sentí tanta seguridad como para ponerme bikini. Aparentaba ser moderna, eso es todo. Minifaldas quiero y no puedo. También tenía un bañador amarillo de toalla que no se secaba nunca. Lo compré así para que no transparentara. A las compañeras les decía que hacía *topless* en Torremolinos, pero que no se lo contaran a las monjas porque podía quedarme sin trabajo, y quién iba entonces a mantener a mi madre. Menudas trolas les metía.

Pero mira, ahí están ellas tomando el sol sin la parte de arriba aunque estén en una piscina comunitaria. Qué envidia me dan.

—La envidia ¿era un pecado capital?

—Era y lo sigue siendo.

—Y capital, ¿por qué?

—Porque genera otros pecados.

—Guapas, ¿eh?

—No sé de qué me hablas. —Don Marcos se limpia algo inexistente de la suela del zapato en el bordillo de un alcorque.

—Y la mentira ¿qué dices que era?

—Bueno, y tú ahí ¿qué llevas?

—Pues un táper, ¿no lo ves?

—¿En la mano?

—No encontré una bolsa. Además, qué más da, a mí ya no me da vergüenza nada. —Él negó a modo de reprimenda—. Pues mira, te has quedado sin croquetas, que es lo que llevo. No iba a tirar lo que sobró del pollo asado.

Y de repente me soltó, no sé a cuenta de qué, una perorata sobre que debería dejar de intentar salvar a mi familia, que bien podría haber dejado aquellos restos para el perro de mi sobrina, que siempre estaba aprovechándolo todo.

Seguro que también dejaste croquetas para tu hermana, dijo con los ojos muy abiertos. Te matas para nada, ¿te crees que van a agradecértelo?, tu hermana y tu cuñado morirán, ¿también vas a hacer croquetas con sus restos?, ¿y los otros?, tus queridos sobrinos, ¿sabes qué harán?, en cuantito te mueras se comerán tus ahorros como ya se habrán comido las croquetas que dejaste para tu hermana.

Me pareció que hablaba sin ton ni son. De repente se dio la vuelta y desapareció.

Me quedé temblando, mirando el táper. Dudé si tirarlo.

¿Hacer croquetas con los restos de quién?, este hombre ha perdido el oremus.

Respiré hondo y eché a andar con el táper bien sujeto. De tirarlo nada. Tirar comida es tirar dinero. Pero Marcos tiene razón. Los sobrinos. A veces eso me come por dentro porque sé que mis ahorros, en manos de Martita, durarán tres días. No sé si podría nombrar tutor a Eduardito y que le asigne una mensualidad para que no se lo gaste todo de golpe. Pero, claro, para eso Martita tendría que ser tonta del todo y solo es medio tonta. Le preguntaré a Javier, que seguro que sabe de estas cosas.

Marcos me escribió por la noche para pedirme disculpas. Venía algo (¿algo?) alterado del urólogo. No dijo nada más.

He congelado las croquetas, hay para los dos, cuando quieras te invito, respondí.

Y él escribió :) a modo de respuesta en vez de usar un emoticón.

Qué viejos somos, Marquitos, qué viejos somos.

—Holaaa, he vueltooo. ¿Qué, qué tal vais?

—Hoy ya es el cuarto día.

Miro a mi hermana, a ver si me entero. Entorna los ojos y tuerce la boca como diciendo, ni caso. Mi cuñado repite la frase. Mi hermana salta.

—Bueno, ya está bien. Hoy es el tercer día, no el cuarto. Pero como si fuera el decimoquinto. Ahí no se va a quedar, ¿se ha quedado alguna vez?, nunca. No aprendes de la experiencia. Siempre lo mismo, qué pesadez y qué mal gusto, no tienes más tema que si has hecho caca o no. Qué aburrido eres, Eduardo.

—En vez de una mujer cariñosa y comprensiva, mira lo que me ha tocado.

—¿Quieres que te responda? —Mi hermana le hace los cuernos—. Cariñosa y comprensiva, dice. ¿Y tú?, ¿tú qué das?, ¿sabes cómo se llama lo que das?, egoísmo. Para recibir hay que dar algo. No me hagas hablar.

Justo ahora que son dos viejos se lo está soltando todo de golpe. Le hago señas con las cejas, con la cabeza, con las manos.

Ya, hermana, ya.

No somos superhéroes, dudamos, sudamos

Esperamos el autobús bajo la marquesina, apretujados, buscando la sombra.

Una chica anima a alguien por teléfono diciéndole que lo más normal del mundo es sentirse así.

No somos superhéroes, dudamos, sudamos, le dice en voz baja.

Ha añadido sudamos para quitar hierro, para que quien esté al otro lado del teléfono se ría. Seguro.

Le tomo el consejo como si fuera para mí. Estoy por darle un abrazo, pero no recuerdo si hoy me puse desodorante.

Oh ooh, señor Colón, fíjese cómo está el mundo, oh ooh, señor Colón.

—Vaya mañanita llevas, pareces *Discos Dedicados.* Además, eso no es de tu época.

—Te la he oído a ti muchas veces.

—Porque la cantaba Pepolo.

—¿Qué Pepolo?

—Pepolo y Quiquito Pernas, dos niños que iban a mi academia, ¿qué será de ellos? La canción estaba de moda y Pepolo le cambió la letra. Él cantaba: En el bar Colón, hay unos helados, pero en cambio son mocos amasados, oh ooh, el bar Colón.

—Hija, qué asco.

—Lo mejor de todo era que el bar Colón era de su tío. Y ¿te acuerdas de aquel hombre que iba por las calles tocando música? —Mi hermana hace una circunferencia en el aire—. Movía la manivela y sonaban sevillanas. No, tú no habías nacido. Decía: Me gusta

Carolina y olé, con los pelos colgando y olé, parece un angelito y olé, de esos que van volando. —Ríe a carcajadas—. El pianillo, le llamábamos. No, tú no habías nacido. ¡Que viene el pianillo! Y todas las niñas salíamos a la calle detrás de aquel hombre a bailar —ríe sin parar—, y yo sacaba aquellos palillitos de dos gordas, muy endebles, y tocaba, taca taca taca ta. ¡Que cante la Marta, que cante la Marta!, decían las niñas, ya ves tú cómo cantaría, con lo delgada que estaba. La endeblita, me llamaban. De lo que sí te acordarás es del cine Los Pinos. Día sí, día no, ponían películas de Alan Ladd, ¿tampoco te acuerdas? La gente decía, hoy ponen una del chulo los pinos.

—¿Chulo por qué?

—Porque era muy chuleta y muy bajito. También decían, ayer vi una película del gato *Periquito*. Y era Mickey Mouse, que ni era un gato ni se llamaba *Periquito*. —Ríe, tose.

La risa de mi hermana.

Me gusta verla así, espabilada y contenta. Menos mal que se le ha olvidado la bronca de ayer con Eduardo.

Me levanto para llevar los platos a la cocina, la oigo reír mientras saco las uvas del frigorífico, las lavo, las coloco en un plato hondo. Cuando vuelvo está dormida.

—Hay plátanos, uvas y flanes. Vosotros diréis.

—Yo no tengo ganas de nada, he comido sin ganas.

—¿No quieres postre?

—Bueno, ya que lo has traído, me tomaré medio plátano y un flan. ¿El flan es de café?, si no es de café, medio plátano y unas uvas. ¿Las uvas son sin hueso?, si tienen hueso, un plátano entero.

—Hermana, ¿tú qué quieres? Marta...

—Pensándolo mejor, ya que lo has traído, el flan. Me lo tomo aunque no sea de café.

—¡Calla, hombre! ¡Marta, Marta!

Mi hermana no está dormida. Mi hermana está muerta.

Mi hermana murió de risa.

Tanto que si cuidado con la sal, con las grasas, que se olvide del bacalao, las anchoas, las aceitunas y el chorizo, que si las legumbres viudas y los huevos mejor pasados por agua. Y al final, Pepolo, Quiquito Pernas, el pianillo y el gato *Periquito*.

Les dije a mis sobrinos que prefería no ir a la misa.

—Claro, no te preocupes.

—Tampoco voy a ir al entierro.

Sus caras. Su gesto idéntico con la boca entreabierta, a punto de hablar pero no.

Había olvidado cuánto se parecen.

—Hace tanto que no os veía juntos que había olvidado cuánto os parecéis.

—¿Que qué?

—Que hacía tanto que no os veía juntos...

—No, que cómo que no vas a ir al *enterro.*—Eduardito se da cuenta de que ha dicho *enterro,* aprieta los ojos, menea la cabeza.

Supongo que me tienen por fuerte. No lo soy, soy cobarde. Oír una retahíla de sandeces más que manidas de un cura que jamás conoció a mi hermana me daría casi igual, pero ver cómo se la llevan en una caja... No quiero verlo. No me aporta nada. No me aporta nada bueno.

—Tía, a ella le gustaría que la acompañaras en estos duros momentos. —Ya tardaba en salirle la telenovela a la niña.

Qué manía con adjudicar deseos a los muertos, ella habría querido, seguro que le hubiera alegrado... Y el peor de todos: a ella le gustaría. Le gustaría, ¿cuándo?, ¿ahora?, ¿muerta? Bah. Para qué dar explicaciones.

—No voy a ir. Además, alguien tendrá que quedarse con vuestro padre. Se miran.

—Yo había pensado en Ramón.

—Niña, Ramón que vaya contigo, así te sentirás más arropada, ¿a que sí? Yo prefiero quedarme. No le deis más vueltas.

A Martita le brillan los ojos, se le ponen redondos y dice, como recién salida de un vodevil, que le parece una linda manera de presentarlo en sociedad (¿linda manera?, ¿presentarlo en sociedad?, pero ¿de qué sociedad habla?, ¿quién se cree que va a asistir al entierro?).

—Mira, me parece muy bien —le digo a la vez que le doy un apretón cariñoso en el brazo.

—Ay, tía, gracias, es que no os he dicho nada hasta ahora, pero Ramón y yo estamos muy enamorados, es el hombre de mi vida.

Eduardito y yo evitamos mirarnos. Le noto las ganas de reír a carcajadas.

—Me alegro mucho, hija, me alegro mucho. —Y otro apretón que hace que con un jipido se eche a llorar y me abrace mientras asegura, en sílabas entrecortadas, ser la mujer más feliz del mundo.

Mis sobrinos tenían sus obligaciones, así que me quedé a dormir en casa de mi hermana. No quería que mi cuñado pasara la primera noche, sin ella, solo.

Casi no cenamos, un poco de pan con queso, medio plátano cada uno.

Parecíamos un matrimonio de posguerra.

Pasó toda la noche diciendo en bucle, no puedo dormir (cierra los ojos), yo me tomaría una pastilla (ya has tomado una), no me ha hecho nada (no puedo darte otra), no sé qué hacer (reza), no sé si levantarme (pon la radio flojito), no puedo dormir (respira hondo). Y vuelta a empezar.

A las cinco me pidió una tila. Matarratas le hubiera dado.

Por la mañana me dijo que estaba agotado. Le dije que, durmiera o no, tenía que cerrar los ojos y aguantar la noche aunque solo fuera por no molestar a los demás. Eso o tomar un antidepresivo. Reconoció que tenía los nervios desquiciados, pero un antidepresivo le afectaría al vientre.

Me pidió perdón varias veces por haberme dado la noche.

Que te zurzan, pedazo de egoísta, pensé. Pero cuando alguien pide perdón me desarma.

Hace ya tiempo me dijo que él no era de mucho rezar, pero rezaba cada noche para no despertarse. Entiendo que desee morirse, eso que hace no es vivir (de la cama al sofá, del sofá al cuarto de baño, del cuarto de baño al sofá y del sofá a la cama). Por otra parte, entiendo que lo tema. El temor al dolor, a encontrarse solo en ese momento, a que haya algo después y no sea bueno, a que no haya nada.

En el fondo, ¿quién quiere morirse? Por muy mal que nos encontremos, por más que no podamos con nuestro cuerpo y con nuestra alma (quien la tenga), por miserable que sea nuestra vida, ¿quién quiere morirse?

—Mala cara te veo —dice Javier.

—Es que anoche dormí (es un decir) en casa de mi hermana por no dejar a mi cuñado solo. Me duele todo.

—Perdona, es verdad, ya me contó Marcos. Siento mucho lo de tu hermana. Deberías hacer pilates. —Cambia de tema y se lo agradezco—. Un día, hace años, me hicieron sentarme en un balón rojo enorme y, al hilo de una música estilo tibetana, decir omm mientras apretaba el suelo pélvico. Lo más duro fue aguantar la risa que me atenazaba.

—Y quieres que yo lo haga.

—Igual a ti no te da risa.

Ha dicho atenazaba, se nota que se ha puesto nervioso. Atenazar es un verbo raro. Yo atenazo, tú atenazas...

—¿Fuiste a votar? —interrumpe mis pensamientos—. Yo, como no sabía a quién, pensé en votar en blanco, votar nulo, no votar. Al final le regalé mi voto a mi hermana, que no puede votar la pobre. Así que he votado lo que mi hermana hubiera votado.

Eso me cuenta san Javier, sin drama, en un tono casi neutro. No sé si por ser del norte o porque de verdad es un santo.

—Hoy tocó un caso bonito, bueno, bonito..., entiéndeme, ¿te lo cuento?

—Claro.

—Una pareja (hombre, mujer), jubilados, Campbell de apellido (como las sopas), integrados lo justo, ya sabes, mucho *good morning,* mucho *very nice,* mucha sonrisa, pero hasta ahí. Muere la mujer (mientras dormía), papeleo, y se descubre que eran hermanos. A ver, que según los vecinos nunca vieron (ni oyeron) cosas raras, ni arrumacos en público ni nada, y que lo mismo en privado tampoco, ojo, pero se formó cierto revuelo. Incineran a la pobre mujer. Hasta ahí todo normal. Alguien dice que un par de días antes el hombre había salido solo varias veces (cosa que nunca

hacía), que esa misma noche se oyeron ruidos, y que eso va a ser violencia de género. Se corre la voz, empiezan a inventar, que si él ha heredado tanto, que si a veces subían chicas a su casa, en fin, fantasías animadas de ayer y hoy. Tanto crece la bola que la policía empieza a investigar, van a casa de los Campbell y encuentran al pobre hombre muerto en su sillón. Que también te digo, si lo llegan a encontrar vivo, entre que la mujer era ya cenizas y él tenía más de ochenta años... Me gusta leerles casos así a mis alumnos. Me gusta dejarlos temblando, pensando si de verdad existe el crimen perfecto.

—¿Y existe?

—Podría ser. Sobre todo a esas edades. Si alguien tan mayor muere en su casa, es raro que se pida autopsia.

—¿Y hay una edad límite para ir a la cárcel?

—Si eres mayor de setenta no vas a chirona, salvo que la condena sea igual o superior a dos años.

—Ya.

—¿No estarás pensando en matar a don Marcos? ¡Dinerito, dinerito! —lo imita, se ríe.

Nunca le había preguntado a qué se dedicaba. Le pega mucho dar clases. Ahora sé por qué lleva ese maletín. Ahora también sé a quién acudir si necesito un abogado.

He querido evitarle a Eduardito el mal trago de encontrarse con las cosas de su madre. Martita dejó claro que no quería saber nada del tema. Llévatelo todo, dijo. Al ver mi gesto de estupor añadió que era demasiado doloroso para ella. Demasiado tarde, niña, se te ha visto el plumero, estuve a punto de decirle.

Los olores que dejan atrás los muertos. Eso sí que es doloroso, percibir el perfume de mi hermana al abrir su armario, los cajones,

su bolso. En una lata de caramelos de café con leche encontré un montón de notas. Apuntaba en tiras de papel cada dato que oía y le parecía interesante.

Frasquita Larrea, escritora, madre de Fernán Caballero. Electroencefalografista, palabra más larga.

Restaurante Chino Formosa. 30 de noviembre de 1979. Mesa 7. 4 rollos, 1 arroz tres delicias, 1 chop-suey, 1 cerdo agridulce, 1 ternera curry, 1 agua, medio Campo Viejo tinto, 2 plátanos miel, 1 manzana miel, 1 tarta helada. 2.420 pesetas.

Mira que guardar la cuenta. Recuerdo que me invitaron a comer, los restaurantes chinos estaban de moda. Fue una encerrona, mi cuñado quería emparejarme con un compañero de trabajo.

No sé por qué mi cuñado siempre tuvo ganas de que me casara. Quizá temía que de vieja me incrustara en su casa. Mi hermana, sin embargo, jamás me animó a casarme. La pobre ha muerto creyendo que no he tenido novios. Y no es que haya tenido secretos con ella, pero esa parte me la he guardado. Un día, que me ayudaba en la cocina, casi lo estropeo.

Qué mal huele este estropajo, dijo. A lo que yo respondí que cualquier cosa sucia y húmeda acababa oliendo a semen.

La cara de mi hermana.

Ni yo dije más ni ella siguió indagando. Por eso siempre nos hemos llevado bien.

Anoche pusieron *Los puentes de Madison* en la tele. La dejé de fondo aunque no me ha gustado nunca. Lo que menos me gusta es la escena del beso, vaya birria, ¿eso es un beso?, y me acordé de un novio que no sabía a nada, como Clint Eastwood en esa película, que parece no saber a nada. Hay hombres huecos, y Clint Eastwood está hueco.

Guárdate de los ojitos azules, decía mi madre. Ay, hermana, te has ido y no te conté que tuve un novio con los ojitos azules. Mamá tenía razón.

Qué joven y qué ganas de piel tenía. Aquel muchacho larguirucho con el que salí varias veces, con el que me metí en la cama de sus padres y del que me quedé embarazada. Hasta que he visto al melgacho de Clint Eastwood no me he acordado de él. En realidad no me acuerdo, su cara se me ha borrado del mismo modo que él borraba mi cuerpo con sus manos. Eso sentía cuando me tocaba, que me estaba borrando. Placer poco. Si no estás enamorada el sexo es solo gimnasia.

Supe que estaba embarazada en la cocina, mientras quitaba las tazas del desayuno. Noté una aguja al rojo vivo clavárseme en el vientre y humedad caliente entre las piernas. Fui al baño, vi aquel grumo rojo oscuro en la ropa interior y lo envolví en papel higiénico. Nunca más, pensé. Nunca más, repetí en alto, y lo tiré al váter.

Nunca me atreví a contárselo a nadie, solo a una compañera de clase. Su padre era ginecólogo y me hizo el favor de llevarme a su consulta.

Nunca más.

Sí, hermana, sé cómo huele el semen y a qué sabe. Sé lo que es el sexo, pero no sé lo que es el amor. Quizá el amor, cuando se pudre, también acaba por oler a semen.

Otra nota de mi hermana, arrancada de una libreta:

A las 11:30 llamó el primo, se creía que eras tú, le aclaré que era yo, que tú no estabas. Me dijo que se alegraba también de hablar conmigo, yo le dije que no lo había reconocido porque hacía mucho tiempo que no hablaba con él. Dijo, sí, tú te creerías que con esa

voz sería un notario o uno de Hacienda. Le dije, sí, para sacarnos dinero. Se rio. Notarás que estoy afónica, y dijo, pero tienes la voz muy bonita. Él tan amable como siempre. O sea, que nos echamos piropos los dos. Ya me dijo que había recibido los papeles, para que lo supieras. Luego hablamos de otras cosas, que cómo estaban por allí, que no estaban mal, por aquí lo de siempre... Se dio cuenta de que mi carnet estaba caducado y esperaba que no le dieran importancia.

Ya no recuerdo qué papeles serían. La nota nunca llegó a mis manos.

Donde me he derrumbado ha sido con una cuartilla doblada en la que, probablemente, con mucho entusiasmo comenzó a apuntar las cosas que más le iban gustando cada mes. Solo apuntó las de enero. Yo creo que mi hermana no se permitió soñar nunca o solo soñó ese mes, en enero de 1958.

—Tu mujer soñaba despierta. Mira esto. —Le tiendo la cuartilla a mi cuñado pero no la coge.

—Yo lo tiraría todo.

—Mira lo que pone.

Leo en alto:

Año 1958, enero. Me han gustado las siguientes cosas:

- Las conchas con mucho limón.
- Escuchar la radio nueva por las mañanas.
- Sentarme al sol en el jardín.
- Me gusta tener el pelo limpio.
- Quedarme un día entero en la cama.
- La música de Beethoven.
- El color amarillo para un traje de verano.
- Unos zapatos de ante color canela.
- Los caramelos de limón.

- Quedarme en casa por las tardes en el brasero.
- Elder Barber.
- Canción de amor por Catalina Valenti.
- El pequeño ruiseñor.
- *Casta Diva.*

—Del 58. ¿Qué te parece? Lo escribió estando soltera. Mi cuñado no dice nada.

Mi hermana no apuntó más ese año. Hay más intentos de llevar un registro de las cosas bonitas, cuartillas con cuadrículas hechas por ella, numeradas a lápiz y con algún signo, una cruz o una circunferencia en la esquina superior derecha, que a saber qué significan. Pero nada, siempre llega un día en el que abandona. Hasta para soñar hay que ser constante.

—Mira, también hay agendas, ya de casada. Apunta cuando los niños tenían fiebre, las medicinas que tomaban, cuando iban a recogerte al trabajo... Las agendas las dejaré donde estaban, a Eduardito le gustará conservarlas. Y esta cuartilla de enero del 58, si no te importa, me la quedo.

—Yo lo tiraría todo.

Y yo te tiraría a ti por la ventana. Qué asco te tengo. Ya podrías haberte muerto tú, pedazo de carne con ojos. Qué asco, pero qué asco te tengo.

Mi hermana perdió su anillo favorito una semana antes de morir. Lo buscamos por toda la casa, abrimos cada cajita, cada cajón, rebusqué entre los cojines, barrí debajo de todos los muebles (por los que no entraba el cepillo pasé el palo). Aparecieron caramelos, huesos de aceitunas, pastillas de distintos colores, bolígrafos secos, imperdibles, incluso pesetas.

Aparece un osito del tamaño de un dedal, con flequillo y cara de susto.

—¿Y este quién es?

—Anda, mira dónde estaba. Era el favorito de los niños, siempre peleaban por él en Navidad.

—¿Los niños? ¿Desde cuándo no limpiáis en esta casa?

—Si has venido a criticar, te vas.

El anillo no apareció. Tampoco creo que fuera su anillo favorito. Cuando algo se pierde se convierte en extraordinario por arte de magia. También pasa con las personas.

Cuando mi hermana murió, le saqué todos los anillos y se los dejé a Martita en un cenicero de plata que tenía en la coqueta. Uno salió rodando y se metió debajo de la mesita de noche. Y allí debajo, haciendo equilibrio sobre el rodapié, estaba el otro anillo, el que no encontramos. Me lo puse. Demasiado grande. En el índice me quedaba bien.

Una vez leí que llevar un anillo en el índice indica fuerza. Ojalá fuera verdad.

Adoro a Eduardito, pero tengo ganas de estar sola. Me he ido moviendo para que me siguiera, hasta la entrada. Al pasar por la cocina, entra (¿para qué?).

Tía, a partir de ahora se acabaron las faldas rectas, los jerséis de cuello alto y los chalecos, que pareces una Marguerite Duras de marca blanca. Prométemelo.

Eso ha dicho mi sobrino tomando mis manos entre las suyas, allí los dos de pie, como si fuera a sacarme a bailar, como si yo tuviera que prometerle que nunca más voy a ahogar gatos recién nacidos en un cubo. Vamos, vamos. Tanto drama a cuenta de qué. Pero es

verdad que hace un tiempo ya me preguntó si no tenía más ropa, y le dije (medio en broma, medio en serio) que me inspiraba en la Duras, en lo que ella llamaba uniforme M.D. Ella no sé el porqué, yo por comodidad. Mi armario se reduce a varias blusas casi iguales, jerséis de cuello vuelto, un par de faldas rectas y un chaleco gris marengo que va con todo. Rancia hasta más no poder, lo sé, pero no me gusta tener que pensar cada mañana qué me pongo. Total, para donde voy.

Con tus pocos kilos puedes permitirte llevar vaqueros, ahora son cómodos, los hay hasta de licra.

Eso me ha dicho. Así que le he dado unos golpecitos en el dorso de la mano (por no darle un sopapo) y le he respondido que ya iremos viendo.

Licra, ¿a mis años? Hasta ahí podríamos llegar. Este se cree que ahora que su madre ha muerto me voy a volver loca y voy a usar vestidos de gasa o camisetas de leopardo, y me voy a apuntar a bailes de salón.

Lo único que me apetece es estar quieta y callada, con las piernas sobre la mesa que tengo delante del sofá, dejar que la habitación se vaya oscureciendo hasta que no se distingan los muebles, no ir encendiendo luces, reconocer el camino hasta la cocina o la cama a tientas.

Vivir a tientas. Eso es lo único que me apetece.

—Bueno, ya iremos viendo.

—Bueno, pues me voy, ¿qué hora es?

—Voy a mirar —abro la puerta de uno de los muebles de la cocina —, las dos pasadas. Vete a comer, anda.

Mi sobrino pestañea varias veces. Es su manera de preguntar (¿en morse?) por qué tengo el reloj junto al azucarero.

Le explico que nunca me gustaron los relojes de pared y menos en la cocina (por pulida que seas todo acaba por llenarse de grasa), así que compré un despertador normal y corriente, pero como se escuchaba por las noches lo metí en el mueble.

—Así mato dos pájaros de un tiro. No lo oigo y no se ensucia.

—Ya.

—Es como tener un reloj de cuco, pero al revés, ¿entiendes? —No se entera—. ¡Yo soy el cuco!, yo soy la que se asoma y dice, las dos pasadas.

Se ha reído por compromiso.

Se fue hace más de media hora y sigo riéndome cada vez que lo pienso.

¡Yo soy el cuco!

Mi hermana decía que yo tenía la cabeza llena de pájaros por culpa de los libros. Lee revistas como yo, distráete un poco. Eso me decía.

¿Cómo le regalas este libro al niño?, me dijo al abrir la puerta. Estaba en la entrada con él en la mano. Yo no podía escuchar lo que decía, solo me preguntaba cuánto tiempo llevaba allí, en pie, esperándome.

—Me ha dicho Eduardo que esta colección es pornográfica.

—Es un libro precioso, a mí me gustó mucho.

—Pues te lo llevas. Y deja de meterle a mi hijo ideas raras en la cabeza.

—¿Que lea es una idea rara?

—No me hagas hablar.

—Habla, habla.

—¿De qué te han servido tantos libros? No me hagas hablar.

—No, dilo. ¿Qué pasa?, ¿que no soy más que una solterona a la que los libros no le han servido para nada?, dilo.

Cogí el libro y me fui.

¿Un libro pornográfico *El mal de la muerte?* Madre mía. Volví a leerlo al llegar a casa. Seguro que no le habían echado un ojo ni por curiosidad.

Me llamó por la noche, como cada noche. Para ella la vida era eso, un teatro, hacer como que nunca pasaba nada. Quizá sea lo más inteligente, porque es verdad que la vida sigue. Yo no iba a dejar de ir a su casa, ni a dejar de quererla.

Me contó una tontería (quizá para romper el hielo). Limpiando el fluorescente de la cocina se había acordado de aquella vecina a la que se le había casado el hijo.

—¿Cómo se llamaba?

—Pacho.

—Eso, Pacho.

El hijo era ya fondón, pasaba de los cuarenta, pero al fin había encontrado novia.

Que me han dicho que se ha casado tu hijo, enhorabuena, le había dicho mi hermana. A lo que la madre del recién casado había respondido que sí, y que vivía en una casa preciosa digna de una revista de decoración, y había añadido con gran alboroto: ¡Qué lámparas tiene mi Pacho!

Las dos reímos a carcajadas. La risa limpia de mi hermana. Después nos dimos las buenas noches.

Me quedé pensando en Pacho y en Marguerite Duras, en si ella también se hubiera reído. La risa contra el mal de la muerte. La risa contra todo mal.

Para todos tus males te doy la risa, dijo Rabelais. Pensé y me dormí.

Han puesto una barbería donde estaba la tienda Tupperware.

Me gustaba esa tienda. Nunca entré. No puedo quejarme. Cierran tiendas y digo, qué pena. Pero jamás entré en ninguna. Es como quien no vota y protesta.

Me gustaba la tienda de táperes porque me recordaba a mi hermana, a mi hermana de joven. Mi hermana quiso ser moderna (o parecerlo) y en cuanto salieron los platos de cristal dejó de usar vajilla de loza. Las sábanas que había bordado para el ajuar se quedaron amarilleando en un cajón, y empezaron a dormir en sábanas estampadas.

Cuando comenzaron las reuniones de táperes, mi hermana se apuntó la primera. Ofreció su casa (aun siendo la anfitriona compraba más que nadie). Una vez me dijo que sabía que no iba a usar nada, pero aquellos chirimbolos en su cocina la hacían soñar. Así les llamaba, chirimbolos. Imaginaba excursiones con la tortilla en el táper color ladrillo, la ensalada en el verde (tan hermético). La vida (interior) de mi hermana siempre ha sido un misterio para mí. Una vez me regaló una bandeja alargada que contenía tres bandejas pequeñas. No ocupa nada, dijo entusiasmada, como si esa fuera su mejor cualidad. Pensaría que yo hacía guateques.

Ahora, cada vez que paso por delante de la barbería miro a sus nuevos dueños con rencor y los culpo de que los sueños de mi hermana (herméticos como los táperes) no se hayan cumplido.

Voy al trote. Y no solo cuando voy por la calle, también en casa.

Me cepillo los dientes a toda velocidad mientras orino, mastico pan tostado mientras estiro las sábanas, hago tres, cuatro cosas a la vez,

y todas las hago mal. Limpio el polvo de media mesa y paso a la tele, después la otra media, dejo el paño en cualquier sitio y barro alrededor de la cama, después barreré debajo, y después nunca llega porque vuelvo cansada, y qué más me da lo que ahí se cueza. Mi casa es. Bah.

Me paro en mitad de la acera, me aparto para que no me atropellen esos que van con la nariz pegada al móvil. Cierro los ojos. Me digo, voy a respirar hondo y voy a seguir caminando despacio porque no voy a ninguna parte, solo camino porque necesito caminar.

Se acabó la prisa, ya no tengo que llegar a mi hora, todas las horas son mías. Las mañanas son mías. Las tardes, las noches también. Ya pasaron esas noches en las que me despertaba a las cuatro de la mañana y me iba a la cocina a quitar los platos de la cena por si en cualquier momento sonaba el teléfono y tenía que salir corriendo. Ya pasaron esas noches en las que me duchaba a las seis de la mañana por si sonaba el teléfono a las siete. Vivir pensando que va a sonar el teléfono.

Maldito siglo de timbres, melodías ratoneras y notificaciones.

Cuánto me gustaría poder quitar el teléfono. Igual lo quito y que Martita se apañe con su padre.

Solo necesito silencio. Solo deseo silencio.

Pensé que al morir mi hermana mi vida volvería a ser la de antes. Qué poco me conozco.

¿Cómo vas a dejar a tu cuñado por mucho que pienses que mal rayo lo parta? Eso me dije al calzarme (que cada vez me cuesta más). Ay, hermana, voy a acabar saliendo a la calle en zapatillas, ¿te imaginas?, qué vergüenza pasarías en el otro mundo, me negarías, a

esa no la conozco de nada, le dirías a san Pedro que estará ahí contigo, digo yo. Ay, hermana, no me he vuelto loca, es que en algún sitio te tengo que colocar, porque se me hace raro todo esto. Podría armarte un altar, como hacen los japoneses, poner una foto tuya rodeada de algunas de las cosas que te gustaban, ¿qué te gustaba?, no eras caprichosa pero algún objeto te gustaría más que otro.

En su bolso encontré una caja de cerillas con unos pendientes dentro, tres limas de uñas, un lápiz, comprimidos de nitroglicerina, un papel amarillento donde apuntó:

Santa Croce

Dante

Galileo Galilei

Trattoria

Carbonara

También unas bragas negras, dos caramelos con la envoltura gastada, dos piedras, pegamento para la dentadura y un tenedor de postre.

Una vez le pilló la lluvia en la calle, entró en un bar a resguardarse y vio que se le había deshecho el cardado. No se lo pensó, cogió un tenedor y se peinó como pudo. Eso me contó al cabo del tiempo muerta de risa.

Seguro que este es el mismo de aquel día.

¿Por qué seguir llevándolo en vez de llevar un peine? Ahí está. Conocer a alguien por lo que lleva en su bolso. Un tenedor en vez de un peine.

Ahí está.

Por eso no puedo salir en zapatillas a la calle. Porque aunque no crea en nada, ni mi hermana tenga todavía un lugar donde yo la sepa a salvo, sé cómo era, cómo es todavía aquí conmigo.

No hay nada más bello que lo que nunca he tenido.

Mira que se dicen tonterías en las canciones. Eso canturreo para mis adentros mientras observo cómo mi cuñado se come en cuatro bocados un cucurucho de vainilla. Si supiera que es el último, lo comería más despacio. Tampoco sabe que le salvé la vida hace poco.

Al morir mi hermana, dijo que para él ya no tenía sentido seguir viviendo. No me lo esperaba. ¿Estás bien?, le pregunté. A lo que respondió que no, que no se encontraba muy allá, que le tomara la tensión y le pusiera el termómetro. Ya me parecía.

—Tienes la tensión mejor que yo.

—Bueno, bueno, no tanto, no tanto...

Después siguió con la misma retahíla de quejas de siempre, como si no hubiera pasado nada, como si sus hijos no estuvieran en ese momento incinerando a su madre. Me levanté como un resorte por no darle un bofetón y abrí uno de los cajones del mueble, por hacer algo.

—¿Qué buscas?

—Nada. Esto. —Saqué lo primero que vi, un tarro de cristal con tapa de rosca lleno de perlas y botones.

—¿Qué es?

—Me parece que es uno de los tarros de la yogurtera.

—Aquí nunca hemos tenido yogurtera.

—Cómo que no, os la regalaron cuando os casasteis. Me acuerdo porque me dio mucha envidia. Siempre quise tener una.

—Llévatela, aquí no vamos a usarla.

—Es solo uno de los tarros, dentro hay botones y perlas.

—¿Perlas?, qué tonterías dices.

Qué ganas de estamparle el tarro en la cabeza.

Mientras iba separando perlas de botones, le conté que hace muchos años los paquetes de arroz traían una perla de regalo.

—No son buenas, mira —raspé una con los dientes—, ¿ves?, resbala, no es buena.

—No entiendo nada de lo que dices. No me encuentro bien, ¿me tomaste la tensión?

Ni le contesté. Enhebré la aguja más fina que encontré y según ensartaba las iba contando. Cuarenta y nueve. Él seguía murmurando, que a qué hora se habían marchado sus hijos y que cuándo iban a volver, que si se había acordado alguien de comprar su pan.

—He hecho una pulsera, ¿te gusta?

—No la veo, he perdido mucha vista. ¿Y dices que son buenas?

—Cómo van a ser buenas, ya te he dicho que son las perlas del arroz. Es curioso que mi hermana las guardara, pensé que era más práctica, que no quería trastos.

—¿Trastos?, abre el mueble del cuarto de la plancha que te vas a hartar de trastos. Ve, ve, ya verás. Te doy permiso para que lo tires todo.

A ti sí que te tiraba yo, pero por las escaleras. Qué hombre más antipático.

¿Cuarenta y nueve perlas? Cuarenta y nueve horas te doy de vida, mamarracho. Y cuando te mueras me quito esta pulsera y la entierro contigo.

Pasé dos días malos. Por un lado deseaba que se muriera, que nos dejara en paz. Por otro no quería ese peso sobre mi conciencia. A punto estuve de contárselo a don Marcos, pero se habría burlado de mí diciendo, mira por dónde, doña Nocreoennada ahora resulta que es supersticiosa.

Rompí el hilo y metí las perlas del arroz en la caja de la costura. Por la mañana, cosa rara, me llama.

—Ven cuando puedas, tengo que contarte una cosa.

—Déjate de misterios. Dime.

—Ayer creí que me moría. De repente me entró mucho frío, pero un frío raro, una corriente eléctrica, y sentí que se me iba la vida. ¿Estás ahí?, ¿me escuchas?

—Sí.

—Fue muy raro. Hoy Martita sale.

—Luego me paso.

Cómo decirle que no tenía nada de raro, que yo misma había ideado un plan (perlas del arroz mediante) y que diera gracias a que todo hubiera quedado en un escalofrío y una corriente eléctrica.

Y aquí estamos, él con lo que queda del cucurucho y yo cantando para mis adentros canciones tontas para no pensar. Lo peor de las canciones es que tienen música y, con música, cualquier disparate que digan se incrusta en el cerebro para siempre.

Ojito con las canciones tontas, que cuando te quieres dar cuenta eres una sinsorga que habla con frases hechas, decía doña María, la vecina de mi madre que era de Vitoria.

Nada más amado que lo que perdí.

Pues eso sí es verdad, mira.

Mi hermana, cuando estaba hablando (en la cocina, mientras hacía la cama) y se daba cuenta de que nadie la escuchaba porque la habían dejado sola, a eso, le llamaba hablar en seco.

Cuántas veces me acordé de la tía de Tom Sawyer, que hablaba bajo, pero lo suficientemente alto para que la oyeran los muebles.

Ahora me pasa a mí.

Cuánto te echo de menos, hermana, cuánto.

Hoy tengo ganas de salir a la calle, entrar en una papelería y pasar un buen rato eligiendo una libreta, manosearlas todas y acabar comprando cualquiera, la más barata. También compraré un bolígrafo. Se lo pediré a la dependienta cuando ya me haya cobrado y dado las vueltas, como si en el último momento, justo antes de salir, hubiese recordado que también necesito un boli. Ese no, el otro, el de al lado, sí, ese, pero solo si es de gel, porque los de tinta acaban haciendo bola, le diré. Si hay cola me demoraré aún más.

Hoy tengo ganas de fastidiar al mundo.

Después buscaré un bar con terraza y me sentaré al sol sin importarme el calor ni un futuro cáncer de piel. Futuros a mí. Bah.

Pediré una cerveza. ¿Cuáles tiene, señor camarero? Y después de escuchar cómo recita las dos o tres marcas habituales, pediré un sombrita descafeinado de máquina. Y si escupe en mi taza, plim. Aunque seguro que me toca un camarero amable, de esos que tienen abuela y la adoran, y pasará por alto mi impertinencia.

Siéntate conmigo, muchacho, le diré, y cuéntame cosas. Háblame de si ya desde niño querías ser camarero o esto lo haces para pagarte los estudios y en realidad quieres ser *il primo ballerino* del Bolshói, porque facultades no te faltan. Con qué gracia te mueves entre las mesas manteniendo el equilibrio de esa bandeja hasta arriba de jarras de sangría. La sangría es la bebida del olvido, ¿lo sabías, aspirante a divo? Eso dijo Vilallonga en una película de Fellini. Cuántas historias ajenas acumulamos, ¿verdad? Vete, muchacho, vete a bailar a otras mesas, que yo tengo cosas que hacer.

Y abriré el cuaderno y me dispondré a escribir una lista de todas las cosas que quiero hacer a partir de hoy.

Viajar.

Eso escribiré, probablemente, influida por todos esos seres de piel rojo salmonete que me rodean.

Señora Salmonete, ¿por qué viaja usted?, ¿para qué venir desde tan lejos para beber vino con gaseosa? Veo que ha pedido arroz. Si quiere arroz de verdad vaya a la Marisquería Miguel o venga a mi casa, que se va a chupar los dedos y las cabezas de las gambas, porque esas birrias que hay en su plato no fueron gambas ni cuando estaban vivas.

Escribiré viajar, y seguramente ya no sepa qué más poner. Viajar dónde y para qué, con lo bien que estoy en mi casa mirando lo limpio y ordenado que lo tengo todo.

Bueno, mejor será que recoja la bandeja del desayuno y me duche, vaya que aparezca mi sobrino y me pille en pijama con los pelos de punta.

Qué lástima que no me guste ir de tiendas, ni la cerveza, ni hacer listas, ni hablar con desconocidos. Hoy habría sido un día estupendo.

Mi sobrino vino ayer por la mañana. Nada más abrir la puerta me miró el pelo como si esperara encontrar piojos.

—¿Te lo has lavado?

—Nada más levantarme. Ya sabes que los jueves y los martes me lavo la cabeza.

—Perfecto —dijo, y se sentó muy serio frente a mí, me puso delante dos billetes de tren—. Aquí tienes, uno de ida y otro de vuelta. Este papelito lo entregas al llegar al hotel, y esto es una entrada para el teatro de la Zarzuela. ¿No te gustan tanto los *Kindertotenlieder?,* pues los vas a escuchar en directo.

Me pilló por sorpresa. No supe qué decir. Asentí. Después me ayudó a hacer la maleta. Y aquí estoy, en el AVE, camino de Madrid.

Ha tenido hasta el detalle de sacarme la plaza en el vagón silencio para que pueda ir leyendo o incluso dar una cabezada. Dice que no es solo un regalo adelantado de cumpleaños, que es por haber cuidado siempre tan bien de todos.

Escribí a Marcos, le conté del regalo de mi sobrino, pero que no me iba tranquila. Nunca me voy tranquila a ningún sitio. Además, no estoy bien, tampoco mal. No sé cómo estoy.

Me respondió de inmediato.

«Siento lo de tus trastornos, espero que vayan remitiendo del todo y te dejen más o menos tranquila, también espero que el tema de tu familia no te perturbe demasiado, siempre puede uno desmarcarse, apartarse sin culpa, es algo que practico cada vez más. Como te he dicho alguna vez, solo quiero estar tranquilo, si lo pienso, no pido mucho más. Estaría bien tener el ánimo necesario para cultivar algo por ahí adentro, escribir o algo parecido, pero lo único que me apetece últimamente es jugar al ajedrez en internet partidas rápidas a modo de desmarque, de retirada, una detrás de otra. Estoy exhausto, esa es la verdad, cansado de estar cansado. También me ha dado por ver *House,* esa serie con un médico tan listo y tan pesimista. Siempre me han caído bien los pesimistas cínicos talentosos, elaboran algo con su decepción, con su enfado, y aunque me niego a enfadarme con el mundo, reconozco su elegancia y su contundencia, hay algo en ellos que me complementa, que me anima incluso. Disfruta de tu viaje. UAV.»

Bajé al teatro andando. Calculé mal y me sobró media hora. Cuando espero siempre tengo la sensación de que alguien piense que estoy haciendo algo malo. En este caso, me dio por pensar que algún policía de paisano creyera que era una reventas. Me aparté y

observé al público. Poca juventud. Los de mi edad llegaban en taxi, tardaban en salir, se formó cola, pero ningún taxista protestó. Así debe de ser cada vez que vienen, seguro que todos se conocen, tendrán abono. Se ve que hay otras vidas.

Y aquí estoy, en mi localidad, dispuesta a disfrutar.

Cortinas muy rojas. Les sobran los flecos demasiado dorados. Lámpara exageradamente grande con cuentas de cristal como puños. Qué barbaridad, si se descuelga mueren aplastadas más de veinte personas. La coronan veinte velas falsas. Una está fundida. Esa bombilla apagada soy yo, yo en el mundo, que estoy y no estoy a la vez.

Cuando han aparecido el pianista y el barítono, todos han aplaudido. Mira que si lo hacen mal vais a tener que tragaros esos aplausos.

Trajes negros sobre camisetas negras. La del pianista demasiado escotada. Zapatos de charol. El piano de cola también parece de charol, y las ruedas garras de animal demasiado doradas, a juego con los flecos de las cortinas. Cuando se han puesto a lo suyo, yo ya solo podía pensar en la vela fundida o apagada o las dos cosas. Y encima me ha parecido que el pianista tiene el culo bajo y no he podido aguantar la risa de perro pulgoso cuando su amigo se ha puesto a cantar. Me he marchado antes de que acabara, molestando a toda la fila. Bah.

A Eduardito le diré que me ha encantado, no voy a decirle que lo único que deseaba era salir de allí y meterme en la cama. En la mía. Volver a mi vida aburrida de mujer que no sabe disfrutar de nada que no sean su casa, su calle y su vida monótona. No sirvo para vivir, para eso que llaman vivir. Quizá he nacido para mirar por la ventana cómo viven los demás.

El silencio de los hoteles no es silencio. ¿Cómo podríamos llamar al silencio de los hoteles?, ¿prudencia?, ¿vergüenza?

Siempre hay quien habla por teléfono a gritos, da carcajadas, cosas que quizá en su casa nunca se habría permitido, o jadea exageradamente o da portazos al salir y entrar. Gritar y gemir es una manera de reafirmarse, de dejar claro que estás viviendo algo especial. ¡Boom!, estoy aquí. Una firma en el aire.

Esas voces parecen llegar de otro lugar, casi de otra vida, quizá esa chica con acento italiano no está al otro lado de la pared, quizá se alojó en esa habitación hace cien años y es solo su eco el que sigue habitándola, quizá cuando corro la butaca para mirar hacia el balcón ese chirrido no es mío, ya fue y yo tampoco estoy aquí.

Mi sobrino dijo que iba a gustarme. No veo el porqué. No es que no me guste, pero no le veo nada especial, quizá por las cortinas moradas a juego con mi maleta, quizá porque del aplique sale un brazo flexible que puedo orientar hacia el libro para leer mejor por la noche, o porque el jabón del lavabo es del mar Muerto. Ay, Eduardito, eres un enigma como tu madre.

Le agradezco mucho este fin de semana de hotel. Desconecta, dijo, y yo hice la broma de mirar hacia atrás, hacia mi orondo culo, por si salía un cable con enchufe. Lo pilló a la primera, qué listo es. Qué suerte tengo. Quienes me dicen que no saben lo que me he perdido al no tener hijos no tienen ni idea.

Y qué distintos son a pesar de ser mellizos. A Martita jamás se le ha ocurrido regalarme nada, ni en mi cumpleaños. Bah.

Se está bien de viaje. Antes no era tan común viajar, ni siquiera dormir fuera de casa. A mi sobrina los fines de semana no le veíamos el pelo. Dormirá con una amiga, decía mi hermana. ¿Con una amiga?, espabila, mujer, que Martita tiene ya cincuenta años.

Muy pocas veces dormí en casa de nadie. Quizá para algún examen en casa de aquella chica tan seria, la hija del ginecólogo. Nunca me gustó dormir fuera de casa. Además, mi hermana era un auténtico tostón. Menuda retahíla: nena, lleva dos mudas por si acaso aunque solo vayas a pasar una noche, y no te olvides del perborato. Tenía la obsesión de que pudiera manchar la cama si de repente me venía la regla. Si no me toca. Pues por si acaso, que nunca se sabe, si por nervios o lo que sea manchas, no vas a dejarle a esa pobre chica una sábana desgraciada de por vida. Ea, perborato a la bolsa. Mi hermana es que todo lo estudiaba, veía los peros y buscaba soluciones anticipadas. Ya me gustaría ser así, pero como la tuve a ella, que casi fue mi madre, nunca me fijé en esas cosas. Por ejemplo, no pensé que haría tantísimo calor y las blusas que he traído son de manga larga. Sin embargo, eché un paraguas.

Cuando Marcos me dijo que lo único que le apetecía era echar partidas rápidas de ajedrez, recordé que durante un tiempo llevó en la cartera la foto de un maestro ajedrecista al que adoraba. También, que en esa época solía ir con un amigo a un restaurante griego. Me lo contaba con pasión. El dueño era capaz de leer el futuro en los posos del café.

Pero ¿los creyentes necesitáis de supersticiones y adivinos?, le preguntaba yo con sorna.

Le escribo tumbada en la cama (enorme) de esta habitación de hotel. Me responde de inmediato.

«El maestro de ajedrez se llamaba Tamas y el tipo del restaurante griego tenía clase. Recuerdo que mi amigo y yo inflábamos deliberadamente nuestra admiración por él, casi como una broma, y sosteníamos tanto tiempo la broma que se nos iba de las manos y

terminaba endiosado, tenía gracia. Me gustó tu relato, cómo recuerdas que te lo conté, tiene además el encanto añadido de lo lejano, de lo antiguo. Ahora podemos contemplar tranquilos aquellos que éramos, como quien se detiene a observar un par de peces extravagantes en un acuario. UAV.»

Esta noche quiero soñar con peces. Esta noche quiero ser un pez extravagante sin memoria.

Hogar, dulce hogar.

Mientras removía el café con un palito de bambú que me traje del hotel, me acordé de un día en que una compañera me preguntó qué podría comprar su hermana para remover el café de la máquina de la empresa donde trabajaba.

—Algo de usar y tirar. Seguro que se te ocurre algo, tú que tienes tantas ideas.

—Palitos de polo.

Antes vendían bolsas de palitos de polo para hacer manualidades. En el colegio, cada año, las alumnas hacían cestos muy rudimentarios. Una niña presentó un molino de viento. Las aspas incluso giraban. Además de un sobresaliente, la monja que daba plástica se lo expuso durante todo el curso en la balda donde estaba la Virgen. Cambió el florero por el molino que, ni por asomo, había hecho aquella niña. Qué manía le cogí. Mientras paseaba entre los pupitres vigilando un examen le dejé caer, felicita a tu padre. Se bloqueó. Sobresaliente en molinos de viento, pero ese trimestre suspendió matemáticas. Justicia poética.

Usar y tirar, qué barbaridad. Ahora todo es reciclable, se ha puesto de moda el bambú. Si cierro los ojos y hago un recorrido por mi casa, veo un cepillo de dientes (tan suave que lo uso para peinarme

las cejas), bastoncillos para los oídos, pinzas para sacar el pan del tostador sin quemarme y esta mesa. Pocas cosas me parecen. Ah, y una ramita de dos milímetros de diámetro y poco más de una cuarta, que tengo en el vaso de los bolígrafos.

Si alguien tuviera que deducir cómo soy mirando las cosas que hay sobre esta mesa, acertaría. De izquierda a derecha, una foto de mis sobrinos (los tres; hice un *collage* con dos fotos de Eduardito), un vaso vacío (con restos de vermú), un libro, el portátil que me trajo Eduardito y un cacharro de barro de cuajada reciclado en vaso para los bolígrafos.

El portátil es lo peor. Que nadie hable mal de mi Eduardito delante de mí, pero ya podía haberse estirado un poco y comprarme uno nuevo. Para lo que lo va a usar con este tiene de sobra, pensaría. El portátil me gusta, hasta le puse nombre, faber2: faber porque significa artesano y 2 porque era mi segundo ordenador. Pero está viejo y se calienta. Así que le he puesto cuatro patas con cuatro tapones de envases de Omeprazol que traje de casa de mi hermana y, en verano, si veo que se calienta mucho, en ese hueco, a la izquierda, le pongo un platillo con cubitos de hielo. Funciona, pero se deshacen volando. Una noche se me volcó el plato. He comprado unos cubitos de plástico monísimos, de colores. Además me sirven para no aguar el vermú. Todo son ventajas.

La mesa es el único mueble moderno que hay en la casa. También me la regaló Eduardito. Se ha empeñado en que esté en el mundo (según sus palabras), que vea cosas, que me adapte, que sea moderna. No tiene ni idea, pero no le digo nada. Tengo claro que soy más moderna que él. Tendríamos que sentarnos y hablar.

Oye, ¿tú a qué le llamas ser moderna? Ser moderna ahora no tiene sentido ni gracia. Moderna yo, que en los sesenta decidí trabajar y no depender de nadie, y opinar en voz alta, y hasta ser

sicalíptica si encartaba. Porque en los sesenta término medio no había, eras ama de casa o sicalíptica. También estaban las yeyés, pero tarde o temprano acababan siendo amas de casa.

¿Moderna?, ¿por tener un escritorio de bambú y haber chateado por las noches con un tipo que podría ser mi hijo? Bah.

A veces pienso en quién es mi verdadera familia. Mira que quiero a mi sobrino, pero antes que a nadie, a quien le dije que ya estaba de vuelta fue a Marcos.

No tardó en responder:

«Bienvenida. Vaya, parece que los dolores también habían hecho reservas para el viaje, mala suerte, o no, al menos estabas en otro sitio, puede que los dolores y la rutina hubiesen sido una combinación aún más penosa, quién puede saberlo. Espero que hayan pasado, que te visiten menos. Recuerdo que mi abuela campesina, con su sabiduría natural, decía que a los dolores no hay que darles calor, ella hacía como si no estuvieran y se terminaban largando, buscando calor en otra parte. Yo de pequeño admiraba esa parte de mi abuela, parecía que desafiaba al mismísimo destino. Con el tiempo ese recuerdo me ha ayudado a soportar mis propios dolores, procuro no hacerles caso, aunque hay una parte de mí que aún se pelea con ellos, que los tiene demasiado en cuenta, no he llegado a alcanzar aquel desprecio heroico de mi abuela, pero sí al menos cierto desdén. Y eso me ayuda. UAV».

La estación está en obras, las máquinas de billetes ahora a la derecha, y dos chicas con polo corporativo ayudando a los guiris. Las puertas automáticas no funcionan y nos dejan entrar sin pasar el billete. A ver cómo sales luego, pienso que me diría mi hermana

anticipándose a las desgracias. Pero mi hermana ya no puede decirme nada.

Llevo un libro, siempre llevo un libro, pero hacía tanto que no tomaba el tren de cercanías que mirar por la ventanilla es todo un acontecimiento.

Frente a mí una pegatina. Plazas máximas 111, sentadas 63. El 111 parecen tres personas de pie. El 63 no me dice nada. Así que esto es lo que uno hace cuando no tiene nada que hacer. Leer letreros, mirar el paisaje.

—¡Cuidado, una avispa! —dice una señora, y todos miramos al suelo.

—Es una abeja —intervengo.

Un chico dice que nadie la mate, que están protegidas, y la abeja sigue lentamente su camino ante la mirada recelosa del resto de los pasajeros.

Se me encoge el estómago, se me encogen los pulmones. Cuando llegue a la última parada, dejaré que se bajen, haré un cucurucho con una hoja de papel, meteré a la abeja dentro y la sacaré del vagón.

Leo un rato para no pensar.

Cuando el tren llega guardo el libro, cierro el bolso y me bajo. En la escalera mecánica me acuerdo de la abeja.

Hace sol, un sol que no pica ni molesta, acompaña.

Esa abeja no se ha quedado bajo los asientos, la llevo entre los pulmones, zumbando, queriendo escapar.

Hoy salí con tiempo. Me di una vuelta antes de llegar a casa de mi hermana. Hoy salí a respirar.

Ya no sé respirar en la calle. Me duele hasta el sol.

Busqué sombra en la perfumería. Jabón extrasuave de rosa. Envuelven cualquier cosa en papel marrón imitando a estraza y lo compras. Como cuando en un restaurante le añaden a cualquier cosa, de la abuela. Lo pides. *Sushi* de la abuela. A ver quién es el primero.

Al pasar por la tienda de disfraces y artículos de broma he entrado decidida, llamada por la voz cantarina de la dependienta que le decía a un señor, con pinta de notario, que podría tener para esa misma tarde el disfraz de Maestro de las Sombras de su talla.

Una vez dentro no he sabido qué hacer. Me he acercado a las tazas con mensajes que estaban al fondo, para ganar tiempo, para pensar qué iba a pedirle cuando me preguntara qué deseaba. Una taza al peor cuñado del mundo.

—¿Qué desea?

Deseo ser feliz. ¿Me diría también que puede tener para esa misma tarde una felicidad de mi talla? Veo en el mostrador un bol de cristal enorme lleno de cacas.

—Una caca, por favor.

—¿De qué color la quiere? —Me tiende dos, una en cada mano.

—Esa, la más clarita.

—Sí, es más realista. Para su nietecillo, ¿verdad?

—Sí.

Desde que murió mi hermana no uso mi llave. Llamo al timbre. Se me hace raro, pero llamo al timbre. La llave la llevo siempre encima, por si acaso.

Martita me ha abierto inmediatamente. Estaba con el bolso puesto. Ha salido como los toritos cuando pasan por Estafeta. A punto he estado de tirarle a la cabeza la caca de plástico.

Mi cuñado ahí, roncando. El que no iba a durar ni dos días. Dice que no es mucho de rezar, pero todas las noches pide no

despertarse. Yo más, te lo aseguro, cuñado. Ojalá no despertaras. Tú ahí, roncando, y yo aquí sabiendo que mi hermana, tu mujer, las cenizas de lo que fue, están en una urna en el cuarto de la plancha esperando no sé a qué. La próxima vez que venga a sustituir a tu hija no tendré una caca falsa en el bolso, tendré otra cosa.

Encontré un sobre con fotos en el cajón de la coqueta. Con fotos y prospectos de medicamentos, tiritas y resguardos de quinielas.

—Eduardo, ¿tú echabas quinielas?

—¿Yo? ¡Jamás! ¡Qué barbaridad!

—Oye, que tampoco te he preguntado si pedías limosna. —Qué hombre más antipático y más imbécil.

—¿Qué tienes ahí?

—Nada, quinielas y fotos.

—Ya.

—Fotos tuyas, de carnet.

—A ver. —Coge la lupa—. Sí, estas me las hizo «Francis», el fotógrafo. También nos hizo el reportaje de boda. No hace mucho, una señora me dijo que yo de joven había sido muy guapo y que seguía siéndolo.

¿No hace mucho?, ¡si no sale desde hace años! Me está mirando de reojo, no me mira con la lupa de milagro, está esperando que yo le diga, sí, eras guapísimo, un adonis.

—La de Marta de novia la tuvo en el escaparate más de un mes. ¿Te acuerdas?

—Si quieres, puedes llevarte las fotos.

—¿Tus fotos de carnet? —Se me ha escapado la risa—. Lo que sí me voy a llevar son los resguardos de las quinielas, de recuerdo.

La boca se le ha quedado a medias.

Ahí te dejo rumiando, tonto del bote. Lástima que mañana no se acuerde de nada.

Decir, no puedo más.

Ser humilde, darle la razón al cuerpo. Escuchar algo más que los latidos en la nuca cuando se queja.

Decir, quiero que te mueras de una vez.

Ser humilde, darle la razón a la sinrazón. Escuchar algo más que esa voz que te susurra, ponle a este imbécil un cojín en la cara y acaba con esto de una vez por todas, shh, solo será un momento, cuñado, así, ¿lo ves?, no era para tanto.

Decir adiós.

No decir ni adiós.

Volver a casa satisfecha, sin abrir la boca.

Hace mucho, Marcos me recomendó una serie. No me gustan las series, alienan, pero tengo más tiempo libre y le hice caso.

Al principio muy bien, a la mitad empezó a incomodarme y al final me ha deprimido. Marcos dice que debería encontrar algo que me salvara de la rutina, algo solo mío, una burbuja rutina antirrutina.

—He empezado a ver esa serie que me recomendaste.

—¿¡Y!? —pregunta entusiasmado.

—No te ofendas, pero, a pesar de conocerte, me ha sorprendido que siendo cura veas series, y más una serie así.

—¿Una serie así? Es una maravilla. ¿No te ha gustado?

—Llevo solo seis capítulos. Los actores buenísimos, el guion estupendo, pero...

—Ya estamos.

—¿No tienes la sensación de que todo lo reducen a algún trauma con los padres y al sexo? También me llama la atención cuando un

personaje le dice que para qué seguir hurgando en algo que le hace daño. No te hablo ya de la serie, te hablo de nosotros, no de nosotros, de las personas, no de los personajes, te hablo de la vida. ¿Tú crees que merece la pena hurgar en algo que nos hace daño?

—Pues una cosa es que algo haga daño y otra que duela, muchas veces el daño ya está hecho, y sí, destapar la herida duele, pero hay ocasiones en que la herida puede tratarse, podemos ayudar a que cicatrice mejor, incluso podemos ayudar a que la cicatriz luzca orgullosamente, como un símbolo de fortaleza o de crecimiento. De hecho, las heridas más peligrosas son las que no dan la cara, las que no duelen —hace unas comillas con los dedos—, esas son las que condicionan nuestras vidas desde las sombras y duelen al salir a la luz, de hecho el dolor es la luz, eso es, el dolor es la luz, aunque no siempre es oportuno encender la luz, eso es algo que el psicoterapeuta tiene que meditar con cautela.

—Vaya.

—¿Qué?

—Nada, que eso de que el dolor es la luz me ha sonado muy cristiano.

Y Marcos me mira con cara de don Marcos.

Le ha faltado decir, hija, te perdono porque eres tonta.

Anoche, cuando salía para casa, me pareció ver a Martita entrar con alguien. Suelo dejar a mi cuñado en la cama con la radio puesta, para que se distraiga, aunque dice que no la oye porque está sordo, que la música le deprime. ¿En qué quedamos? Bah.

Antes la esperaba hasta la hora que hiciera falta, pero ahora que no está mi hermana vengo menos y me voy antes. Si es tan tonto como para levantarse de la cama solo y partirse la cabeza (ojalá),

allá él. Mi sobrina me asegura (como si me importara) que es muy puntual y que llega a los cinco minutos de que yo me haya ido.

Anoche, no sé el porqué, volví la cabeza al llegar a la esquina y la vi entrar a toda prisa del brazo de alguien. ¿Ramón? ¿Lo mete a dormir en casa? La sien izquierda empezó a latirme, me temblaba el estómago. Marta, pensé, cómo se va a poner Marta. Y de repente, sudor frío y un vacío inmenso bajándome de la nuca a las tripas.

Miré el reloj, llegué por los pelos a la parada.

Me senté al fondo, cerré los ojos. ¿Qué podría pasar?, ¿que mi cuñado se enterara de que la niña metía a un hombre a dormir con ella y le diera un soponcio?, mejor, igual era la solución a todos los problemas, a los de Martita y a los míos, porque ahora mismo mi único problema es Eduardo. Verlo a él vivo y a mi hermana muerta se me hace insoportable. Ya lo dijo la pobre, tanto quejarse de todo y la primera que se va a ir soy yo.

Llamo al niño para decirle que he llegado bien. De Ramón (o quien fuera) no digo nada. Qué buena eres, tía, dice Eduardito antes de colgar.

Alma de cántaro. Es más probable que tu padre se caiga estando conmigo que solo. Solo no habría nadie que le diera un buen empujón.

No sigo yendo a casa de mi hermana por mi cuñado, lo hago por mi hermana, por las cosas de mi hermana. De momento la niña no ha movido un dedo, todo sigue igual. Ya doné su ropa y vacié algunos cajones, pero esa casa no tiene fin. Cuando descubrí que mi hermana apuntaba cosas en agendas y hojas sueltas, sentí un Diógenes extraño. No quiero que nada suyo se pierda. Me lo voy llevando a casa poco a poco, cada papelito, cada hueso de aceituna bajo la cama. Puede que después lo tire todo, pero antes tiene que pasar por mí para descubrir algo más de ella, algo nuevo más de

ella, algo que no me contara. En realidad no sé qué busco, qué espero encontrar.

A veces pienso que sería mejor dejarlo todo como está, prender una cerilla y lanzarla sin mirar atrás. Lanzar una cerilla a esa casa con todo dentro.

Con mi cuñado dentro.

No puedo ver a mi cuñado. Por más que lo miro, que intento encontrar algo positivo en él, no puedo.

No sé cuándo empezó esta tirria. Si Marcos quisiera psicoanalizarme, hipnotizarme incluso, quizá diera con ese día, ese momento fatídico, en el que metió la pata por primera vez. O quizá nunca hizo nada y fue a mí a quien se le torció la mirada.

No es malo ni bueno. Es tonto. No es que no sea inteligente, es que es tonto. No sé si lo pensé siempre o es desde que nos vemos día y noche.

Quizá no sea tonto y solo sea viejo. Él tampoco me traga, seguro.

Aquí llega la sabelotodo, la vieja loca esta, dirá. Aunque en el fondo sé que le gusta que ande por aquí, verse rodeado para que lo atiendan. Su harén particular. A la niña tampoco la traga, pero me jugaría los dos brazos a que daría algo por que las tres (las dos) hubiéramos estado siempre sentadas a su alrededor, a su servicio, embobadas. Voy a fregar los cacharros y así no pienso.

—¿Vas a la cocina?

—Voy. ¿Quieres algo?

—No, nada.

—Voy a quitar los platos.

—Cuando vuelvas, si no te importa, me traes un vasito de agua.

—¿Algo más?

—Pues si está fría, mejor. Si no está fría no le pongas hielo, que el hielo hace que sepa mal, como a pescado. Y si puede ser en una de esas jarritas... Los vasos se me resbalan.

—A sus órdenes, majestad —digo, y me alejo andando hacia atrás sin darle la espalda, aguantando la risa al ver su gesto de estupor.

¡Lo que me faltaba por oír!, ha dicho Marcos con voz de don Marcos. No te pongas así, he dicho yo, pero él ya había colgado.

Era broma, le escribiré luego. Aunque algo de verdad había. ¿Tan malo es que le haya preguntado si podría hipnotizarme?

Más humildad, Marquitos, más humildad.

Nunca había comido tortilla precocinada. No está mal para un apuro. Aunque no me ha sentado bien, noto cierto temblor.

Tengo taquicardia estomacal, le diría a la doctora si me preguntara.

La doctora no suele recordarme de una vez para otra. Solo voy a que me renueve la medicación (para esa depresión que no tengo), una vez al año me hago unos análisis y adiós muy buenas. Mi consulta no dura ni cinco minutos.

No pienso ir más. ¿Qué más me da saber si tengo las arterias duras o el azúcar por las nubes?, ¿para qué saber con ochenta y cuatro años, que cumplo hoy, si voy a durar dos días o dos años más? Bah.

Vi en una serie a una chica que, como celebraba sola su cumpleaños, le ponía una vela a una magdalena. Le puse una vela a la tortilla.

Igual he comido cera y por eso me tiembla el estómago.

No me ha dado tiempo ni a decir buenos días. Antes de abrir la boca mi sobrina ya estaba metida en el ascensor. Esta niña tiene ruedas en los pies.

—Buenos días, cuñado. He traído cangrejos.

—Falta que no estén chiguatos.

—Mira, para que te rías. Tu niña me preguntó ayer, porque sin calculadora no sabía, que si la bombona costaba diecinueve noventa y le daba al butanero veinte euros, cuánto le dejaba de propina. ¿Qué te parece?

—Pues me parece una tontería. No hace falta calculadora, diecinueve noventa son las ocho menos diez —lo ha dicho muy serio, no está de broma.

Tú sí que estás chiguato. Tenía que perder la cabeza algún día y se ve que ha sido hoy.

Fundido en negro.

Al despertar, es lo primero que he dicho.

¿Fundido en negro?, ¿por qué? Va a ser un mal día.

Si te dices eso, acabará siéndolo.

No era el día, era yo tropezando con todo a cada paso, con cada palabra que me venía a la mente.

Al abrir un cajón, las pastillas, todas esas pastillas acumuladas durante tanto tiempo.

No hay nada más fácil que hacer que te receten pastillas.

Fundido en negro si me las tomara todas ahora mismo, una tras otra, despacito. Eso no va a pasar. Todas esas pastillas nunca han sido para mí.

De joven pensaba que el ajedrez se estaba perdiendo algo conmigo. Yo, la mujer capaz de anticipar cualquier jugada.

Cuando empezaron los primeros achaques me dije, el primero en caer será Eduardo. Por edad era lo lógico. Los niños serían mayores, con la vida resuelta, y a mi hermana le quedaría una pensión que para ella sola bastaría. De todos modos, tenía yo la idea de que juntas lo pasaríamos mejor. Me iría a vivir a su casa, que es más grande, alquilaríamos la mía y con eso pagaríamos a una asistenta cuando yo ya no me valiera.

Cuando vi que Martita no acababa de resolver su vida, o la resolvía solo a ratos, nueva apertura: mi hermana al cuidado de Martita y yo sustituyendo a la niña de vez en cuando.

Nunca pensé que mi hermana fuera la primera en caer. Estaba cantado. En sus cajones encontré varios electrocardiogramas y en su bolso nitroglicerina.

Una vez me recetaron una pomada para las hemorroides y al leer el prospecto vi que llevaba nitroglicerina. Me sonó a explosión de dibujos animados. Recuerdo que llamé a mi hermana y nos reímos.

Hermana, si mañana me encuentran muerta porque me ha explotado el culo, no sufras que me he muerto muy a gusto, le dije.

La risa de mi hermana.

Esa risa limpia de quien no teme a la muerte.

Yo tampoco temo a la muerte, pero no me río así, mi risa es la risa del que se conforma. Mi risa no es limpia. Mi mente tampoco, por eso maquino jugadas que no me han servido. Me sirvieron en su momento para calmar la desazón, el desasosiego de ADN que me ha tocado e intento disimular con humor, con desdén. Por eso, si me preguntaran qué me define, diría que el desdén, este falso desdén. Decir, bah, porque no se me ocurre palabra mejor para resumir y definir la vida.

¿Quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿adónde vamos?, decía la canción y se equivocaban. ¿Qué somos? Esa es la única pregunta, y

cada cual debe encontrar su respuesta, porque no hay una respuesta que satisfaga a todos.

Yo sé quién soy y lo que debo hacer.

Cada cual atienda su juego. Otra canción. En las canciones está el sentido de la vida. De la vida de cada uno, no de la de todos. Por eso mi cuñado es un imbécil. Si con la edad que tiene no se ha dado cuenta de que no hay una canción universal, es que no se ha enterado de nada. Allá él. He intentado animarlo, hasta comprenderlo. Nada. Mi hermana fue más lista y a todo le dijo que sí. Yo he seguido luchando, ¿para qué? Pero se acabó. No había previsto que mi hermana fuera la primera en morir, ni que Martita se lavara las manos. Así que me toca mover.

Cuñado, esta noche jaque mate.

Pasé sola mi cumpleaños. El de mi hermana es hoy.

Sería hoy.

Le he propuesto a Eduardo celebrarlo juntos. No ha dicho nada. Sé que le parece una estupidez más, pero no ha dicho nada. Al final va a ser verdad que está triste, que la muerte de mi hermana le ha afectado. No lo sé.

He preparado lasaña. Hasta he comprado vino. También preparé bizcochos borrachos (solo dos para que no sobre nada), el suyo bien empapadito. He machacado las pastillas, he puesto la mitad en su parte de la lasaña y la otra mitad en su bizcocho.

Levanto la copa.

—Venga, por Marta. Con este vinito verás como hoy duermes de maravilla.

—Falta que sea verdad.

Que amaneciese muerto no sorprendió a propios ni a extraños. Nadie investiga la muerte de un viejo.

Cenamos demasiado, tomamos hasta vino, cómo iba yo a imaginar... Bla, bla, bla. Lo incineramos.

Él no era partidario, pero lo incineramos.

Como pongas una caja sobre la mesa acabará llenándose de porquerías, decía mi madre.

Compré esta caja por cinco euros en un mercadillo solidario. Bah, pensé, no necesito más trastos, la regalo en cuanto tenga ocasión. Pero aquí está, sobre la mesa sin dar un ruido y, día a día, se me ha hecho indispensable. Que si una aguja enhebrada, un clip, el nombre de un medicamento, un botón, una chincheta. Ya nadie usa chinchetas.

El botón es del chaleco de mi cuñado. Me dijo que no pensaba ponérselo más porque no llegaría vivo al invierno. Me dijo que cuando mi hermana muriera no iba a durar ni dos días. También, que no entendía cómo había personas que podían vivir en una cama, sin moverse, que si eso le pasara a él se quitaba de en medio. ¿Cómo? Atragantándose a propósito.

Ni los momentos eternos, masculló para nadie con los ojos cerrados. No dijo más. No sé dónde entró antes de irse para siempre, quizá en el saco de todo lo que pudo hacer y no hizo.

Ahora, al abrir la caja de cinco euros y ver el botón de su chaleco, he pensado que los cobardes llaman momentos eternos a eso que les hubiera gustado que pasase y no se atrevieron a hacer que pasara. Supongo que a unos, esa bombilla de diez vatios alegrando

de algún modo la memoria de lo que pudo haber sido, les servirá de consuelo. A otros, de poco o para deprimirse aún más.

Coso el botón al chaleco, casi con ira, mientras lloro.

Javier siempre parece estar alegre.

Me gusta viajar en coche y me gusta conducir, dice. Son siempre mis vacaciones favoritas. Hemos estado hablando, mi novia y yo, de las vacaciones. Cuántas dudas, pero una buena opción es hacer eso que luego uno nunca hace. Coger el coche y tirar hacia el norte, un día en cada sitio. Sin plan, sin hoteles reservados. En fin, improvisar. La idea me gusta, dice, y me mira esperando mi aprobación.

Su novia. Es la primera vez que dice que tiene novia. No he sido capaz de preguntar más. Hijos no tienen, eso seguro.

Pero este chico ¿qué hace tomando café conmigo, con Marcos? Creo que le doy pena, que piensa, esta vieja, tan vieja y tan sola, vamos a echar la tarde del jueves con ella y su amigo el cura. O que ha hecho una promesa. O que está expiando pecados y yo soy su penitencia.

Entré en el autobús con las llaves de la casa de mi hermana en la mano. Me creo que así llego antes.

Suelo quedarme de pie al fondo. Me gusta que piensen, mira la vieja, qué joven. Hoy no, hoy me he sentado en uno de esos asientos color granate para embarazadas y señores con muletas. Al menos no son de color oro viejo. Oro viejo, mira, así debería llamarse la tarjeta dorada.

He visto a un tipo poniéndose gotas en los ojos mientras esperaba el semáforo. Otro, de mi edad, caminando muy rápido con una

camiseta de Nocilla. Una madre muy joven mira ensimismada el móvil mientras empuja el carrito de su hija, mientras su hija intenta meter los dedos entre las ruedas del carrito. Una señora repasa con el índice los cupones a través del cristal de la caseta de la Once, los repasa y después se lleva el dedo a los labios.

Alguien pulsa para bajar en la parada de mi hermana.

Lo que es la costumbre. Pienso en su casa vacía, en todos esos objetos huérfanos.

Guardo las llaves en el bolso y continúo el camino mirando al suelo.

De: Adelfa_No
Para: Supermercados
Asunto: Decepcionada es poco

Estimada Mariluz:

Ha pasado mucho tiempo y, una vez más, vuelvo con disgusto a casa.

Ya en otra ocasión me he puesto en contacto con este departamento para hacerles una observación, más que una queja. Todas las veces (no una ni dos, todas) que he comprado un artículo en oferta me han cobrado en caja el precio habitual. La primera vez lo dejé pasar, la segunda me molestó un poco y reclamé los diez céntimos (para estupor de la pobre cajera).

Como ya no me fío, levanto el cartelito blanco y memorizo el precio habitual del artículo. Hoy no necesitaba aceitunas ni salsa picante, pero las he comprado porque siempre me han gustado los experimentos, eran las tres de la tarde y no había nadie. A pie de caja he repasado la cuenta y, efectivamente, me habían cobrado los

precios habituales. Se lo he dicho a la chica con la mejor de mis sonrisas. Ella, con la suya, ha llamado a la encargada que ha ido diligente a comprobar las ofertas.

Amabilísimas ambas, me han devuelto el importe pagado de más y me han pedido mil disculpas. Han hablado entre ellas, esto lleva pasando toda la mañana. Toda la vida, he querido añadir, pero bastante tenían con su zozobra. Yo pediría a las puertas de cada supermercado un monumento a la cajera, porque las pobres aguantan carritos y carretones.

Preferiría que no ofertaran nada.

No se preocupe más por mí, duerma tranquila, le aseguro que no volverá a recibir una sugerencia/queja. El supermercado tampoco volverá a recibir un euro más por mi parte.

Saludos.

Cada vez me meto en la cama antes. Abro las piernas y los brazos. Si alguien me mirara desde la luna pensaría que soy una estrella de mar. Una estrella de mar feliz. Feliz no soy. Quizá lo sea, pero no me siento feliz. No es que no sea feliz, es que me siento infeliz.

Te da pena todo, me dijo Marcos hace tiempo.

Pues sí, me da pena todo. Me da pena la ausencia de mi hermana y me doy pena hasta yo, tan mayor, tan sudada, tan sin ganas de moverme. Me da pena haber perdido el brío y hasta la suavidad de la piel. Qué desperdicio la suavidad de mi piel. Hasta eso he llegado a pensar, yo, que siempre he dicho, bah, a todo eso del amor y del sexo.

Hoy echo de menos estar en el norte. Me gusta la sobriedad del norte. Me gusta por las hortensias, aquí no prosperan. Me gusta el norte porque seguro que pueden dormir tapados en verano.

También me gusta por esa antigua costumbre de comunicar a las abejas, antes que a nadie, vuestro amo ha muerto.

No sé si será cosa espiritual o práctica. Si será para que produzcan más miel para endulzar la pena o más cera para las velas del difunto. En cualquier caso, hablarles a las abejas o a los muertos me parece fascinante.

Hoy parecía yo, caminando ligera por la calle como si tuviera veinte, treinta, cuarenta años menos, con esa levedad que da no tener obligaciones ni preocupaciones. Las preocupaciones se han acabado porque solo quedo yo. La naturaleza hará lo que quiera conmigo. Los genes son míos, eso sí. Aquí los tienes, vida, te los sirvo en bandeja.

Hoy mi única preocupación era la ropa tendida. He buscado el sol, lo he mirado a los ojos y le he soplado tres veces por hacerle un hueco entre las nubes.

No vayas a lloverme ahora, le he dicho señalándolo con el dedo, y he salido sin paraguas.

La felicidad debe parecerse mucho a esto, a dejar la ropa tendida y salir sin paraguas un día nublado.

Cierra Calzados Hinojosa después de ciento tres años. Qué pena. Tampoco puedo protestar, no sé si alguna vez llegué a comprar algo.

Las tiendas de toda la vida han ido desapareciendo, quedan pocas o ninguna.

¿Cómo pudieron permitir que desapareciera la Cosmopolita? Los camareros llevaban chaleco. Creo que tampoco entré nunca.

El centro parece un parque temático, ¿de qué?, de tontez.

En esta otra zapatería han puesto un letrero en el expositor: EL OTRO PIE DENTRO DE LA TIENDA.

Ya mismo me cierran a mí también. Yo sí que tengo, no uno, los dos pies más fuera que dentro.

Mientras espero a Marcos y a Javier, aparece una niña y se sienta en una de las sillas de la mesa de la izquierda. Los pies no le llegan al suelo. Coloca las manos en los brazos de la silla metálica, orgullosa, eufórica, como si fuera un trono, como si así nadie pudiera robársela o ella misma se la acabara de robar a alguien. La niña es china. Después llega su madre, una rubia muy guapa y muy bien vestida. Por sacarle algún defecto, tiene gesto de búho.

Mami, siéntate aquí, he cogido mesa, dice con apenas cuatro años. Mami.

Y la madre le pasa la mano por el flequillo, se lo echa hacia un lado. Pronto habrá que recortarlo, dice, y la niña asiente.

Mami.

Y por más que mis sobrinos me hayan llamado abuela alguna vez después de pedírselo muchas veces, nadie me ha llamado mami.

Y de repente un vacío que no se llena ni con este sorbo largo de tónica. Y de repente una colonia de erizos de mar en la garganta. Y toso. Y de repente madre e hija me miran.

Mami.

Y justo en el momento en que me levanto para irme a casa antes de que lleguen, aparecen Javier y don Marcos.

—A la paz de Dios —dice Javier con cara de guasa.

—Pero ¿ya te ibas? —protesta Marcos.

—No, no —vuelvo a sentarme—, hola, hola.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. La tónica, que se me ha ido por el otro lado. —Toso sin ganas.

—Hacía ya que no nos veíamos..., ¿qué te cuentas?

—Nada, poco. Estaba pensando si empezar una colección de algo, por ejemplo de búhos.

Hemos acordado que los martes comeremos juntos. Los tres, sin Ramón. A Marta le costó encajarlo, hizo cuatro pucheros, pero cuando dije que yo invitaría se le pasó todo.

Desde que murieron sus padres la llamo Marta, y a Eduardito, Eduardo. Como hacía calor les dije a mis sobrinos que mejor comiéramos en casa.

—Pero en la mía —dijo Marta muy resuelta—, quiero que veas lo bonita que está ahora, la he redecorado.

La suya. Eduardo, que es más tonto que bueno, le ha dejado la casa a su hermana. Suponemos que vive con Ramón, pero ni estamos seguros ni nos atrevemos a preguntar.

He quedado con el niño en que él llevará vino y yo helado. La casa está mejor, pero ha perdido personalidad.

Mientras esperamos a que traigan la comida (la niña la pidió, porque de guisar poco), miro fotos de mi hermana en un álbum. Están colocadas de cuatro en cuatro con esquinas adhesivas. Se ve que se tomó su tiempo. El álbum es de piel con un marco dorado en bajo relieve. Se lo regalaría alguien cuando se casaron, porque no imagino a mi hermana comprando algo así. Las fotos son pequeñas, en blanco y negro, con los bordes dentados. Las páginas de cartulina negra le dan un aire melancólico. Si mi hermana supiera que el perro se ha comido una esquina del álbum, lo mataba.

Qué joven era mi hermana y qué mayor parece.

Hay una foto en la que posa sobre uñas de león sosteniendo un cigarrillo. Qué artificial y qué guapa. En otra lleva una chaqueta con

el cuello de piel y un collar de perlas. Otra en un andén, con tacones de aguja y un abrigo enorme que le llega casi a los tobillos. La generación de mi hermana quería parecerse a sus madres. La mía todo lo contrario. Decir no era moderno. Decir no nos definía.

Viendo estas fotos me arrepiento de no haber dicho sí a todo.

—¿Estás bien? —Me pone la mano en el hombro.

—Sí, hijo, aquí, mirando el álbum de tu madre. Qué guapa está. ¿Puedo quedarme con alguna?

—Las que quieras.

—Con una ya tengo.

Elijo la del andén.

Ahí se quedan esas cuatro esquinas blancas, custodiando un hueco en mi pecho.

Tu corazón es como una piedra cubierta de musgo, nada la corrompe.

Nunca escuches a Battiato si estás un poquito triste, porque acabarás identificándote con todo lo que dice.

Pobre Battiato.

He visto su casa y sus tierras, y de pobre nada. Digo pobre porque está muerto y ya no puede disfrutar de un buen vino o de los atardeceres que se ven desde su finca, ni de sus propias canciones.

Y bajó el sol a decir que no. Come hierba donde quieras. Y estarás bien.

Solo recuerdo frases sueltas de esa canción que mi sobrino cantaba hace años, cuando venía a tomar café y, antes de irse, dejaba la cocina recogida. Mientras lavaba y secaba las tazas,

cantaba y hacía que bailaba, porque baile no era. Yo lo miraba desde el taburete. Él de espaldas con el grifo abierto todo el tiempo, pero no le decía nada porque verlo así me hacía feliz.

Y si pudiera elegir saldría de la bolsa del canguro, cantaba y yo me reía.

¿De qué te ríes? De ti saliendo de la bolsa de un canguro. Y así todo.

Ninguno de nosotros estamos hechos con frío, terminaba la interpretación señalándome con el dedo todavía con espuma y el estropajo en la mano.

Si hoy me preguntaran qué imagen me llevaría a la tumba, sería esa. Mi Eduardito señalándome con el dedo después de fregar los cacharros y cantando cosas raras como, llena su cama de todas las ganas que tiene de llenarla.

Pero esa era otra canción.

Mira esa chica. Qué decidida y qué mona, con esos bucles naturales. Ea, a la playa, con su sombrilla y su butaca plegable, como debe ser.

Tendrá la edad de mi sobrina, solo que ha decidido no teñirse el pelo. Yo tenía de joven unas gafas de sol parecidas, de mariposa se llamaban. Me entran ganas de pararla con cualquier excusa.

Hola, muchacha, ¿dónde has comprado esa butaca?, es que estoy pensando en darme unos bañitos y ya no tengo edad para tirarme en la arena, bueno, tirarme sí, pero a ver quién me levanta después, le diría. Ella reiría por compromiso, pero seguro que acababa por hacerlo sinceramente y hasta me invitaba a que pasáramos la mañana juntas.

¿Cómo te llamas?, no, deja que lo adivine, ¿Virginia?, pero eres tan mona que igual te llamo Princess, que es más chic.

—Señora... ¡Señora!

—¿Eh?

—Señora, que casi se la lleva por delante ese patinete, qué barbaridad, ayer igual, ¿es que aquí están todos locos?

—Ay, hija, gracias, iba distraída. Tú no eres de aquí.

—Tenga cuidado —dice con media sonrisa, negando con la cabeza.

—Gracias, Princess, hija, muchas gracias.

Al escuchar eso de Princess, a mi Virginia se le nubla la cara y quizá el día, me mira por encima de sus gafas de mariposa y se aleja a paso ligero, al trote, hacia la playa, pensando que en el sur estamos todos locos.

Otra mañana libre. En vez de salir, me quedé un buen rato abstraída en la minúscula trama de las cortinas. Llevan ahí desde que compré el piso. Los primeros meses eran color mantequilla, ahora son blancas.

Las ramas del jazmín hacen sombras chinas. A veces cuelgo algún trapo fuera, sin necesidad, solo por jugar a *La caverna* de Platón. Me gustan las sombras en movimiento. Todas lo son mientras la Tierra gire. Es cuestión de saber esperar.

«Samsa se acerca a la ventana de la que fue su casa con una taza entre las manos. *The Burger Meet Point,* lee y tiembla. Volver da frío.»

Cierra el libro. *Samsa era vegano*. Buen título. Igual me hago vegana yo también, piensa y deja una lima de uñas como marcapáginas.

Va a la cocina a prepararse un té. Espera junto a la hornilla a que el agua hierva. Espera como esperaba hace años, no como durante estos últimos meses de carreras, de hacer cuatro cosas a la vez. Espera y espera hasta que el agua hierva. Busca un paño, lo dobla, lo usa como manopla. Nunca le gustaron las manoplas, le recuerdan a los payasos. Vierte el agua. Espera unos minutos más. Después toma la taza entre las manos y, como Samsa, se asoma a la ventana. Da un sorbo. Una mueca. La vida, piensa. Qué poco necesitamos para saber que estamos vivos. Simplemente que un sorbo de té nos queme la lengua.

Ojalá me dolieran las muelas

Cuando murió mi hermana pensé que volvería a ser la que era. Pero ¿quién puede? El vacío de las mañanas me pesa físicamente, el tiempo es un globo muy fino cargado de aire muy denso. El temor a que estalle me hace temblar. ¿Párkinson? No, miedo. Respondería si alguien preguntara. Pero ¿miedo a qué?

Cuando me siento así de perdida voy a sitios familiares, que me acojan, como esa tienda irlandesa de ropa en tonos pastel para irlandeses jubilados que viven en la costa.

Ayer me probé gafas de sol. Por no salir con las manos vacías acabé comprando una toalla de bidé. Al salir, todo me pareció más oscuro. Me había dejado las gafas de sol puestas. Bah.

No he dormido bien. He soñado con mi hermana. Y aquí estoy, temblando.

Desde que murió tiemblo todo el tiempo. Tiemblo por tonterías. Suena el teléfono y tiemblo. El primer tono me provoca una punzada donde acaba el esternón, a pesar de que ya ninguna llamada pueda ser una mala noticia. Aunque ¿se acaban alguna vez las malas noticias?

He empezado a ir a la compra a las cuatro de la tarde, cuando solo hay reponedores en el supermercado. No ver a nadie, no cruzarme con nadie, maldecir a cualquiera que me diga algo más que hola. A cuántos les habré deseado la peor de las muertes solo por preguntarme cómo estaba. Cada vez que voy al baño, antes de pulsar el botón de la cisterna, escupo al agua. Eso para ti, por preguntar. Eso para todos los que seguís vivos.

He corrido todos los visillos. El paisaje me duele. Me estoy acostumbrando a este velo de niebla falsa, a ver solo los contornos

de la vida que sigue sucediendo ahí afuera.

Pensé que me vendría bien aislarme, recobrar mi vida. Se lo he dicho a mi sobrino y le ha parecido bien. Solo Marcos ha quedado en enviarme cada noche un mensaje de tres letras (UAV), al que yo debo responder como prueba de vida.

Prueba de vida. Miro a mi alrededor. ¿De qué vida?

Hermana, no sé qué querrías, no sé adjudicarles deseos a los muertos, ¿cuál sería tu deseo para mí? Hermana, esta semana iré a verte.

—El martes quedé con un chico que fue alumno mío —cuenta Javier —. No lo veía desde hacía, mínimo, veinticinco años. Se me hizo extraño ver cómo resumíamos nuestras vidas en diez minutos. Recordé cómo era de niño, y le veo ahora... ¿Hubiera firmado la vida que tiene? No lo vi contento, lo vi conformado.

—Y tú, ¿estás contento?

—Mi resumen era parecido al suyo. Sin embargo, yo sí estoy contento con mi vida. Pero eso ¿cómo se resume?

—No se puede.

—No se puede.

—Marcos, ¿tú estás contento con tu vida?

—A mí no me metáis.

—Estoy pensando que me gustaría tener una foto vuestra, juntos —digo de repente.

—Es raro pero cada vez que alguien la palma y ponen su foto en el periódico, pienso que esa persona, en el momento de la foto, no sabía que esa imagen iba a trascenderle. Supongo que esa podría ser la foto que miraras cuando estemos muertos.

—Yo no pienso morirme antes que ella. —Marcos apura el café, como si así diera la conversación por zanjada.

—Y yo espero que me sobreviváis los dos.

—No sé cómo te las apañas que siempre me fastidias el café. —Deja la taza con rabia sobre el plato.

—Usted perdone. Olvidaos de la foto.

—No, no, yo quiero hacérmela, nos la hacemos, ¿verdad, Marcos?

Marcos se levanta para ir al baño. Va a ser verdad que lo he fastidiado. No era mi intención, era una petición inocente.

—Mira, olvida lo de la foto.

—No, no, yo quiero hacerla. Sin que se dé cuenta, voy a ponerle los cuernos a Marcos. ¿No te has fijado en que se están perdiendo los cuernos en las fotos?

Al llegar a casa pensé que si se hacían esa foto me gustaría estar en ella. Los tres, en el café de siempre. Estos días atrás estuve revolviendo en los papeles de mi hermana.

¿Qué encontrarían de mí si revolvieran en los míos? Poca cosa. No apunto nada, no tengo agendas ni diarios, confío en mi memoria. Fotos de viajes y de algunas fiestas de fin de curso. A pesar del tono nostálgico que les dan las esquinas redondeadas, pensé que había tenido una buena vida.

Me gustaría que entre esas fotos estuviera la de los tres, una foto actual a todo color con las esquinas puntiagudas. Una foto en la que sonriera, en la que en ese momento estuviera pensando, he tenido una buena vida.

A pesar del cansancio y el dolor de este último año, eso no ha sido más que una parte pequeña de todo lo que ha sido y puede ser mi vida. Todavía estoy a tiempo.

Voy a intentar de nuevo, otra vez, por enésima vez, arreglarlo. Voy a intentar ser feliz.

Mientras me acerco al nicho, pienso en la madre de Javier, ¿dónde estará el suyo?

Al final las urnas con las cenizas acabaron en el nicho de mi madre. Yo me hubiese quedado a mi hermana, pero mis sobrinos decidieron que descansaran los tres juntos.

Si hoy Javier me preguntara si me duelen las muelas, le diría, me duele todo menos las muelas.

Es la última vez que vengo. ¿Para qué?, si nunca les dejo flores ni limpio nada.

Leo sus nombres en alto como si nombrarlos así, en alto, sirviera para algo.

Hoy les he contado que las gafas son robadas, que aquí fuera hace sol y que ya se puede salir a cuerpo.

A cuerpo.

Al decirlo me he sentido avergonzada y culpable, por ese orden. También se lo he dicho. Mira que deciros que se puede salir a cuerpo, a vosotros, tenéis que disculparme, a veces no estoy segura de si he pensado algo o lo he dicho en alto.

Ahí te quedas con mamá, hermana. Ahí te pudras, cuñado. Sed buenos.

Me gusta donde estáis, rodeados de árboles. Dicen que los árboles se comunican entre sí, ¿qué pensarán de nosotros al vernos pasar?, seguro que se ríen de nuestra ropa, de nuestra prisa, seguro que se dan un codazo a su modo diciendo, mira esos, qué tontos, huyendo de la lluvia, del sol, siempre huyendo de lo que no volverá, ¿tendrán sentido del humor esos cipreses o serán tan serios como aparentan?, ¿les gustará vivir tras la tapia del cementerio o preferirían correr calle abajo hasta el mar, para saber lo que es correr, para saber lo

que es el mar?, ¿de qué sabrán los árboles?, ¿aprenderán algo de los muertos?, ¿hablarán con ellos como hace Javier con su madre, como hago yo con vosotros?

Yo tampoco sé mucho. No sé cómo sería mi vida con raíces, cómo sería vivir a la intemperie, dejarse mojar, mecer, dar sombra y oxígeno, dejarse llenar de pájaros que cantaran por mí, ser nido, dar vida.

Dar vida.

Me pregunto qué me fallará antes, la cabeza, las piernas o el corazón. Antes de eso me quito de en medio, no quiero ser una carga para nadie.

De todos modos, tengo que escribir dos notas cuanto antes, lo que quiero que se lea en mi funeral y, sobre todo, arreglar lo de Pascual. No sé si para eso una nota será suficiente. A estas alturas, ¿qué otra cosa podría hacer?

Pensaba dejárselas a Marcos para que se las diera a mi sobrino en su momento, pero Marcos también tiene un pie en el otro barrio. Mejor se las dejo a Javier, que, además, es abogado.

Para leer en mi funeral:

Aquí estáis, los que estéis.

Ha llegado el día. Llegó su hora, suele decirse, ¿por qué?, llegó su minuto, su segundo, en todo caso, su clic, porque la muerte es un clic.

Da igual, quería dejar unas palabras solemnes, pero no me salen ni muerta (espero que alguien sonría con este chiste malo).

Lo primero, que nadie sufra. He sido feliz, aunque no me creáis, más que cualquiera de vosotros. Supe sacarle partido hasta a las

sombras y a los fantasmas que las habitan (aunque todos sepamos que no hay fantasmas más allá de nosotros).

No sufro por irme porque ya empezaba a dolerme todo, y la cabeza (la buena cabeza) puede esfumarse de hoy para mañana. Como dejo esto escrito todavía en mis cabales, no sé si la habré perdido ni a quién debo dar las gracias por cuidarme hasta hoy (espero no haber dado mucha lata).

Tuve amigos, tuve amor, tuve amigos. Por ese orden, como dice el poeta Javier Fernández Rodríguez que decía Goytisolo.

Si tengo que dejar alguna recomendación, unas sabias palabras (supongo que es lo que se espera de un muerto): Leed, leed mucho.

Leer es lo más parecido a vivir dos veces, a ganar una vida extra. Qué digo dos veces, mil millones de veces, una por cada libro, por cada personaje que améis (incluso odiéis). Leer da la oportunidad de ponerse en el lugar del otro, de entrenar la empatía. Sin empatía, mejor no haber nacido. Todos los males del mundo radican ahí, en la falta de empatía y en esas tazas que venden con mensajes obscenos como «Prioridades de este año, yo».

Ah, y reíd. Para todos tus males te doy la risa, dijo Rabelais. No lo olvidéis, reíd, a ser posible morid de risa.

Si estáis aquí, los que estéis, es porque seguís vivos. Pues vivid, respirad hondo y vivid. No como si cada día fuese el último, como si cada día fuese el primero. Recordad a Giacometti, congelado en una foto, cruzando la calle bajo su gabán, bajo la lluvia, una y otra vez, todas las veces. Eso.

Si estáis aquí, los que estéis, ya sabréis que no creo en nada, mucho menos en otra vida, pero por si me llevo una sorpresa y me convierto en fantasma penitente prometo no espiaros, si acaso os enviaré noticias de alguna manera, sin sustos, para que sepáis que estoy bien.

Gracias por haberme acompañado hasta aquí. Gracias.

Para entregar a Eduardito:

Mi querido sobrino, gracias por cuidar de mí todo este tiempo. A partir de ahora, que no estoy, la tarea será más fácil. Solo te pido que cuides de esa maceta tan vigorosa que tengo en la terraza. Sembré dos semillas de naranja amarga y fíjate cómo se han puesto. En esta vida todo da fruto, no te olvides de eso.

Tampoco olvides que he sido feliz a mi manera. Como lo fue tu madre, como lo hemos sido todos. A fin de cuentas, ¿qué es la felicidad si no saber que los que quieres están a salvo?

Mi querido sobrino, ahí te dejo a tu hermano, el que nació muerto y no fui capaz de enterrar. Ha estado viviendo conmigo todos estos años al fondo del congelador, detrás de los táperes y las judías verdes. Algunas veces he pensado, de esta salimos en los periódicos, pero, mira, todo ha salido bien. Siento cargarte con el muerto (nunca mejor dicho). Quizá ahora estés en *shock,* pero en unos días me entenderás y hasta te reirás porque creo que en algo nos parecemos.

Mi querido sobrino, sobre todo no sufras, él nunca ha sufrido. Nació muerto, lo lavé como os lavé a vosotros, le puse Pascual, le di un beso y lo guardé ahí. Le he hablado cada día durante todos estos años, le he contado lo guapo y lo bueno que eres, que tus padres, vuestros padres, estaban bien, a veces le he leído libros, el periódico, hasta sudokus hemos hecho juntos.

Todas esas veces que llegabas y me oías hablar, y me decías, ¿otra vez hablando sola?, a ver si voy a tener que encerrarte en un manicomio (y nos reíamos), no hablaba sola, hablaba con tu hermano. Si lo hubieras visto, tan chiquito, tan desnudo. Les dije a

tus padres que yo me encargaba (en eso no les mentí). Tenían tanta tarea contigo y con Martita que ni preguntaron.

¿Cómo iba a dejarlo solo en un nicho? Te vas a llamar Pascual y esta será tu casa. Eso le dije. Estos años nos hemos acompañado el uno al otro. Me gusta pensar que nos hemos comunicado como dicen que se comunican los árboles. Si yo tuviera raíces mi raíz sería él, el hijo que no tuve. Como erais iguales, verte crecer ha sido como verlo a él hacerse un hombre.

No te digo que lo conserves ni le hables ni le des demasiadas vueltas. Haz lo que creas conveniente. Incluso puedes ir a la policía y contarles que tu tía estaba loca.

Si en algún momento tienes el más mínimo problema no dudes en acudir a Javier, que es un santo.

Cualquier cosa que decidas hacer me parecerá bien.

Sobre todo no sufras, porque yo no he sufrido. Bueno, lo justo. Pero ¿qué sería la vida sin sufrir un poco? Bah.

Agradecimientos

Gracias a mi madre por enseñarme a vivir sin miedo, por no dejar de recordarme que un poquito de extravagancia nunca está de más y por enseñarme a respirar hondo cada vez que el techo del mundo se me cae encima.

Gracias a mi padre por traerme cada viernes cuentos troquelados y por irse cada noche con un libro a la cama.

Gracias a mis tías Encarna y Marimartín, por alimentar mi imaginación y llenarme los pulmones con historias surrealistas, por comprarme un columpio para mí sola, por leer conmigo tebeos de Rompetechos, por llevarme al cine y por dejarme revolver estanterías y cajones. Gracias por ser mis mayores fans.

Gracias a Francis Soler, Loli Pérez y Virginia Hernani por prestarme sus nombres y sus historias.

Gracias a Javi Martín y Marcos Jurdao por prestarse a este teatro de sombras, por su generosidad y sus *mails* salvavidas. Gracias a Pili Martín, *in memoriam*.

Gracias a Pablo de los Ríos por su lectura minuciosa y sus buenos consejos que siempre mejoran lo que escribo.

Gracias al C1, al C2 y al tren de Cercanías Málaga-Fuengirola, maravillosas cámaras de descompresión, que tanta paz y tantos grandes momentos me han regalado.

Gracias.

El mal de la risa
Isabel Bono

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Imagen de la cubierta: Fotografía del álbum familiar de Javi Martín

© Isabel Bono, 2026

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-1107-798-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Cita
Salí dispuesta a comprar queso
Todo cambia cuando algo cambia
No somos superhéroes, dudamos, sudamos
Ojalá me dolieran las muelas
Agradecimientos
Créditos